



*José Gregorio Hernández*

*Un milagro histórico*

*Novela*

---

*Raúl Díaz Castañeda*

**UNIVERSIDAD VALLE DEL MOMBOY**  
FUNDACIÓN FONDO EDITORIAL

1ª Edición. Octubre 2014  
1000 Ejemplares  
© Raúl Díaz Castañeda

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY  
Deposito legal: lf94620142002758  
ISBN: 978-980-7579-06-3

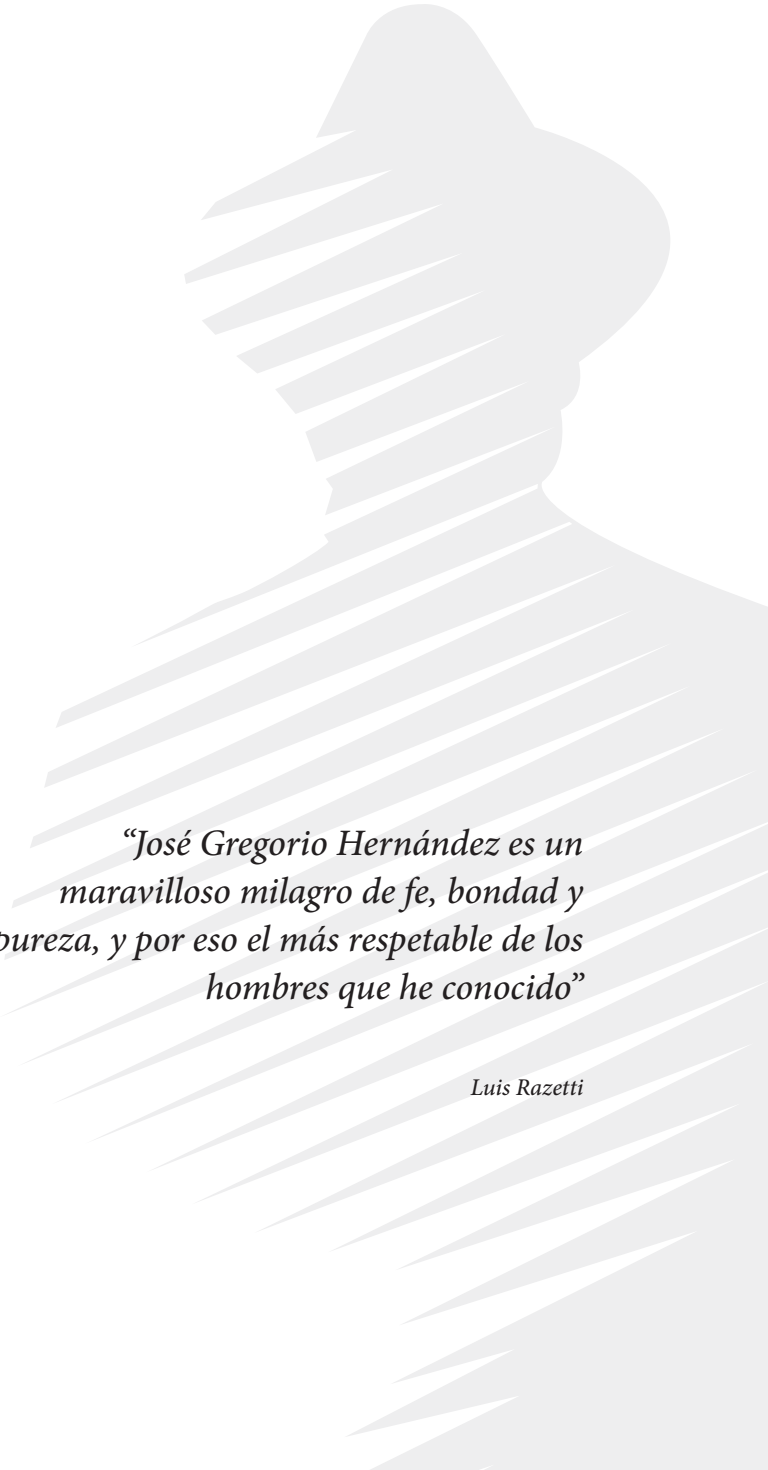
Diseño y Diagramación:  
Yohanna Albornoz / [yohannagraficas@gmail.com](mailto:yohannagraficas@gmail.com)

Corrección:  
Nepol Pan y Agua

Impreso en:  
Gráficas El Portatítulo C.A.  
[graficasportatitulo@gmail.com](mailto:graficasportatitulo@gmail.com)

*A mí  
y a mi esposa Irma,  
por creer ambos en mí.*





*“José Gregorio Hernández es un  
maravilloso milagro de fe, bondad y  
pureza, y por eso el más respetable de los  
hombres que he conocido”*

*Luis Razetti*



## *Presentación*

El Fondo Editorial de la Universidad Valle del Momboy tiene el honor de presentar esta historia novelada del Dr. José Gregorio Hernández escrita por Raúl Díaz Castañeda. Su interés además de la brillante prosa de su autor está en la detallada recreación del Venerable en su espacio y en su tiempo. Destaca la documentada visión de su relación con el otro gran sabio trujillano: Rafael Rangel.

Es esta una sustantiva contribución de nuestra Universidad, organización civil no lucrativa y de inspiración humanista cristiana, cuya Visión es “Ser una comunidad universitaria al servicio del desarrollo humanos sustentable”, al conocimiento de uno de los más importantes héroes civiles venezolanos.

Gracias al patrocinio del Fondo Editorial y de Francisco Fernández Galán tienen este libro en sus manos. Disfrutemos la belleza del lenguaje y aprovechemos la lección de este milagro histórico: José Gregorio Hernández.

*Profesor Francisco González Cruz  
Presidente del Consejo Superior  
de la Asociación Civil Universidad Valle del Momboy*



### *De una noticia:*

*Caracas, 21 de agosto de 1909*

*Ayer, en horas de la tarde, falleció trágicamente, al ingerir cianuro de potasio, el reconocido científico venezolano Rafael Rangel. Al comentar el infausto suceso, el bachiller Salmerón Olivares, discípulo del occiso, declaró que no se trataba de un suicidio sino de un crimen.*

---

### *De otra noticia:*

*Caracas, 30 de junio de 1919*

*Ayer, en horas de la tarde, falleció trágicamente, arrollado por un automóvil, el reconocido científico venezolano José Gregorio Hernández. Al comentar el infausto suceso, el doctor Temístocles Carvallo, sobrino del occiso, declaró que con el doctor Hernández desaparecía un sabio y un santo.*



## *1.- Cementerios solemnes*

Se suicidó el día anterior, viernes, a las 3 de la tarde. En el silencio de esa hora de la siesta, un alarido de muerte salió del laboratorio del hospital y, con rapidez de reguero de pólvora, rodó por las escaleras hacia el corredor, petrificó a tres estudiantes que esperaban para entrar, penetró los vapores de yodoformo de las salas de los enfermos, se metió en el quirófano, los patios y los árboles del jardín, salió y rodó calle abajo, hacia el centro de la ciudad, de Caracas, rozando el costado izquierdo del inerte Panteón, pasó frente a la catedral, se deslizó bajo las patas del caballo de Bolívar, entró al Capitolio y emergió por el otro lado para conmover los claustros y corredores de la Universidad, donde el doctor José Gregorio Hernández se puso las manos en la cabeza, rebotó a la calle y detuvo los brindis en los botiquines, infiltró las tertulias de las barberías y las tiendas, de los cocheros y las sirvientas; se desparramó entre los tarantines del mercado principal, ya en el cierre del día, apenas habitado por borrachos, locos, pordioseros y perros realengos y siguió y se propagó por todas partes. Los estudiantes volvieron en sí y volaron al laboratorio, escaleras arriba. Un azuloso

Rangel se sostenía de la puerta para no caer. “¿¡Qué tomó!?” Cianuro de potasio. Uno de ellos, Salmerón Olivares, reclamó justicia porque Rafael Rangel no era un suicida, dijo, sino una víctima.

Nadie rezaba. Los hombres entraban a la capilla, miraban el rostro oscuro del cadáver y salían a los patios y corredores, con los ojos humedecidos por el formol de Razetti, a esperar la hora del sepelio. Comentaban que había sido un crimen. Porque el Arzobispo no permitió que lo llevaran a la iglesia matriz, lo velaban en la capilla del hospital. El cielo había amanecido con nubes muy cargadas. Los relámpagos y los truenos eran cada vez más seguidos, más cercanos y más estruendosos; si se desprendía la tormenta tendrían que enterrarlo el domingo, y así fue, y no hedió porque Razetti lo había embalsamado con esmero de cirujano célebre. Faltaba mucho para el día de San Francisco, pero entre agosto y septiembre, lo temían todos, el cordonazo adelanta aguaceros descomunales, y el de ese día fue uno de los más grandes que jamás hubieran visto, un deslave gris, de trapos sucios, que bajaba a borbotones desde el Ávila, el cerro del fondo. Lo precedieron ráfagas de ventarrones fríos que estremecían las ramas de los árboles y cuereaban las candelas de los velones del féretro, que se recogían en la mecha hasta casi apagarse, y algunos sombreros mal puestos volaron y rodaron con la hojarasca. Viento de

agua. Ninguna corona de flores, quizás porque hasta muy tarde no se supo dónde sería velado. No se rezaba, no porque, en su mayoría, los que allí estaban fuesen ateos como el doctor Luis Razetti, o descreídos como había sido el occiso, sino porque con apenas dos mujeres y ningún cura no había sostén para las letanías; se hablaba en voz baja, y las pláticas daban vueltas a los méritos del difunto y a su decisión trágica de quitarse la vida, y la palabra crimen revoloteaba en la atmósfera friolenta de la amenaza de lluvia, con persistencia fúnebre de tara negra.

Una de las mujeres lloraba muy pasito, como queriendo pasar inadvertida, y dos niños, agarrados a su luto riguroso, la miraban. Hasta el día anterior, casi ninguno de los que allí estaban sabía de esas tres almas: Ana Luisa Romero, la compañera del que estaba en la urna, y sus dos hijos con él. Vivían detrás del Hospital Vargas, lugar de la tragedia. Para buscarlos fueron hasta allá los bachilleres Domingo Luciani y Diego Carbonell, rumiando la amarga negativa del ilustrísimo y reverendísimo Juan Bautista Castro, el arzobispo. La otra mujer era Matilde Alvarado Galavís, novia incansable del exiliado Pedro María Morantes, Pío Gil; estaba allí representando a su padre Francisco Alvarado, don Pancho, general de la Guerra Federal, muy enfermo pero con excelente memoria. Cuando las levitas fúnebres y las solemnes chisteras del señor Gobernador, el ciudadano

Ministro, el Inspector General y sus secretarios entraron a la repleta capilla a dar el pésame a la viuda, llamémosla así, algunos de los presentes recordaron que tenían que buscar algo afuera, o voltearon para responder a alguien que no los llamaba desde atrás, o tosieron hacia otro lado tras el pañuelo. Poco después el diluvio se adueñó de la ciudad.

Fue un entierro de pobre, rápido y sin mucho cortejo. Rápido porque las nubes de nuevo comenzaban a cuajarse sobre el Ávila. Ralo de gente porque el muerto dejó pocos amigos, de contar con los dedos de una sola mano, más bien admiradores de su ciencia, y unas deudas, no suyas sino del gobierno, pero cargadas a su cuenta. Y de puros hombres, la mayoría estudiantes, porque las dos mujeres y los niños, Ezequiel y Consuelo, se quedaron.

Caracas tenía pocos habitantes. Era la ciudad más grande del país, pero era pequeña, como el país. Y tenía poca gente por el hambre crónica y las muchas enfermedades. Tenía tres o cuatro periódicos pequeños, de poco tiraje. Los lectores de los periódicos eran pocos, porque pocos sabían leer. Valían pocos centavos, pero para la mayoría eso era mucho, y con ellos mejor un manjarete, una cocada o un vaso de guarapo que un borrón de tinta; además, era tan poco lo que daban a leer, que hasta regalados resultaban caros. Pasaban de mano en mano (pocas manos) y terminaban envolviendo

cosas en las pulperías, o de limpiadores de traseros en las pocas letrinas de la ciudad, hediondas a cárcel, a pollino de calabozo, aquella lata donde el prisionero hacía sus necesidades, que nadie retiraba en varios días. En los matorrales, donde esa mayoría se agachaba espantando cerdos y perros, privilegiaban esas zonas sagradas las hojas y las piedras, que nada costaban.

En ese lomo del siglo diecinueve al veinte, Caracas era una ciudad arruinada y enferma. Los poetas que la miraban con ojos de piedad o caña, la veían protegida por un “Coronado león, de cuyos rizos altivas crenchas visten el copete”, o la llamaban “Odalisca rendida a los pies del Sultán enamorado”, o “Sultana voluptuosa reclinada del Ávila”, por el cerro magnífico que le amuralla el mar, pero, pobre Dulcinea, tenía tan pocos lujos que llamarla sultana más que exageración era, con las babas del tonto, dárseles de enamorado para estar alegre. Con risueño cristal romántico, aquellos bardos veían ennoblecidos techos rojos, esbeltas blancas torres, un tenue velo colgado de la cumbre nebulosa del Ávila, y en la plaza, luminoso guerrero en bronce, la apolínea figura del Héroe, sin advertir que parecía ladear la mirada para ignorar la realidad cercana; afiebrados por las musas no veían los ranchos llenos de ratas, las purulentas llagas de los pordioseros clamando el beneficio del cardenillo, la mugre de las calles y los transeúntes, y en las noches de las grandes fiestas de los

gobernantes y los ricos, las manos implorantes de la plebe pidiendo las sobras del banquete: huesos de pavo, conchas de quesos holandeses o escurrimientos de brandy.

Sobre ese lento espinazo erosionado por mataduras de cien años, cabalgó una Venezuela arruinada y enferma, hasta 1935, cuando murió el último tirano. Así dijeron para seguir la costumbre, que se hace ley, porque varios habían sido últimos tiranos desde el Bolívar acusado por Pedro Carujo, altiva respuesta del insurrecto coronel para justificar su intento de asesinar la Historia, y no podían llamarlo sicario barato, porque hablaba y escribía en tres idiomas y era masón grado 18. Un país tan miserable esa Venezuela, que muchos años después, cuando Mussolini supo que se unía a los que le declaraban la guerra a su Italia poderosa, eructó un prepotente sarcasmo: “Dos millones y medio de sifilíticos, tuberculosos, palúdicos y muertos de hambre nos desafían desde el otro lado del océano”. Y ya el petróleo manaba.

Un fantasmagórico país de enterradores, oficio de poca paga pero de mucho ir y venir, porque en la vastedad de las endemias, hambre y guerra entre ellas, levantaban montañas de cruces las virulencias epidémicas. Hambruna de cien años. Guerra general de cien años dividida en dos grandes, que con fecundidad de rabipelados parieron innumerables guerritas. Nación levantisca, siempre

alzada, como las faldas de las bailadoras de joropo o las barraganas. Cuero seco que cuando se pisaba por un lado se levantaba por el otro, se quejaba el emperifollado Guzmán Blanco, uno de los últimos tiranos.

En ese país habitado por fantasmas de la guerra, a mil kilómetros de Caracas, en el arisco estado Trujillo (nido de culebras, decía el general Cipriano Castro), en Betijoque, nació Rafael Rangel el 25 de abril de 1877, el suicida del 20 de agosto de 1909, en Caracas, viernes, a las tres de la tarde, con una fulminante tableta de cianuro de potasio. Desde aquel somnoliento Betijoque donde el signo monetario era el huevo, lento caserío “estirado de norte a sur, como una mapanare agonizante”, atravesó caminos muy difíciles para convertirse en el primer investigador científico de Venezuela.

Y muy cerca de allí, en el rancherío de Isnotú, a no más de un tiro de chopo, en esa misma época, el 26 de octubre de 1864, nació otro raro, un talentoso creyente que atravesó caminos oscuros para ir a agonizar entre la ciencia y la santidad: José Gregorio Hernández, que también en Caracas, de manera violenta, domingo a las dos de la tarde, murió el 29 de junio de 1919, atropellado por el único automóvil que a esa hora atronaba la calle.

El cielo brillaba como nunca, y del Ávila, en su inefable colorido, ya plasmado muchas veces en los lienzos del

pintor Manuel Cabré, bajaban perfumes que no parecían de este mundo. Salió a visitar a una anciana enferma. Y en eso, en la asolada soledad de la calzada, de pronto, como un demonio desgarrado, el ruido del automóvil, un Hudson Essex, y el golpe mortal: cayó y se fracturó el cráneo, como pocos años antes en accidente parecido, el científico Pierre Curie. La noticia, infausta de verdad, como la de Rafael Rangel hacía diez años, corrió y anegó rápidamente todos los rincones de la ciudad, sus mejores lugares y las barriadas, quintas y ranchos, las iglesias, el seminario, el arzobispado y el hospital Vargas ese mismo día, y al siguiente la Universidad, las Academias, el Capitolio, el Concejo, las escuelas y el Palacio del último tirano.

El estupor se adueñó de los caraqueños, y corrieron ríos de lágrimas. Pero el entierro, no como el de Rafael Rangel, hacía diez años, fue multitudinario, solemne y lento, muy lento, como la procesión de un santo, pero quienes lo acompañaron hasta la orilla de la tumba, más que sus amigos eran los admiradores de su prestigio científico y de su rectitud, y los muchísimos agradecidos de sus favores, pacientes y dolientes, que comenzaban a llamarlo Médico de los Pobres, porque su único amigo íntimo, Santos Anibal Dominici, que en mala hora cambió la ciencia por la política, se anulaba en el exilio. Sífilis, tuberculosis, paludismo y hambre. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. A pesar de su soberbia sardónica, Mussolini

se quedó corto al descalificar a la pobre Venezuela, viva por mal enterrada, que le declaraba la guerra: detrás de la alambrada de los campos petroleros, una perra sarnosa obligada a ladrar. No estaba bien enterado el *Duce*. Pudo citar diez o doce jinetes más, un pelotón de hunos, todos con significativas zafras de muertos: anquilostomiasis, amibiasis, diarreas de todos los colores y hedores, amarillentas, verdosas, con moco o sangre; tétanos, Chagas, lepra, bilharziosis, fiebre amarilla, tracoma, leishmaniasis, filariosis; brotes de viruela, escarlatina, tos ferina y sarampión; epidemias de gripe y dengue. Enfermedades no menos aterradoras que la que motivó el suicidio de Rangel, la peste bubónica; ni las del alma, por las que tanto rezó José Gregorio Hernández. Sin contar los muertos del cometa, la langosta y el eclipse...

José Gregorio Hernández y Rafael Rangel. Dos destinos trágicos que dejaron muchas dudas. Allá en Caracas, donde se cruzaron.

-----

Le conté a mi abuela lo de José Gregorio Hernández y Rafael Rangel y le pedí:

--Hábleme de esa época.

La escucho otra vez, en la penumbra del tiempo:

--Sabíamos que tarde o temprano llegarían. Ese

día, como sucede antes de los terremotos y los eclipses de sol, el aire se volvió una mazamorra caliente que no se podía respirar, una tusa atravesada en el gañote. Los perros, como picados de pulgas, comenzaron a dar vueltas y a ladrar tristezas hacia el horizonte, hacia las primeras luces de la mañana. Después fue el estruendo. Un ruido extraño, como de hojas y ramas agitadas por un ventarrón. Fue creciendo, creciendo y creciendo, hasta casi reventarnos los oídos. Entonces las vimos.

Primero un humito, una manchita negra, borrosa, sobre la ceja lejana; después una nube de puntos vibrantes, y en cosa de minutos todo el cielo cundido de millones de bichos, y el aire lleno de una hedentina a cacho quemado. Fue como un eclipse: el sol, que a esa hora ya era muy brillante, se convirtió en una bola anaranjada, y después se cerró casi por completo: una oscuridad caliente y fétida cayó sobre las cosas. Los perros aullaban desesperados y las gallinas se recogieron como si hubiera llegado la noche. Corrimos hacia las casas, cerramos puertas y ventanas, quemamos hierbas, prendimos velas y lámparas y comenzamos a rezar implorando la misericordia divina, como cuando llegaban las montoneras revolucionarias. Era la langosta, la plaga bíblica; lo que nos faltaba. Un ruido tenebroso: una crepitación que estremecía el bahareque y la paja del techo. El aire, batido por millones de alas, se volvió ventarrón y silbaba y se metía por las rendijas

agitando las llamas de los santos. Principiaron a chocar contra las paredes, contra el techo, contra las tablas de las puertas y las ventanas; golpes breves, secos, de claveteo, de gotas de lluvia gruesa sobre el polvo reseco de meses. Como las ráfagas de guáimaras de las montoneras. Algunas lograron entrar por las ranuras: unas bichas grandes, metálicas, con las patas llenas de púas y con las tenazas de la boca trozando lo que encontraban. Zumbaban enloquecidas y saltaban sobre nosotros. Una pesadilla de loco. Las aplastábamos como podíamos y taponábamos las hendiduras. Varias horas. De repente todo cesó: el ruido, la vibración del aire. Un silencio que sonó como un trueno. Luego escuchamos dos nuevos ruidos juntos, pequeñitos, monótonos, multiplicados millones de veces: un tic nítido, y otro largo, acolchado, de lluvia suave: los mordiscos de las langostas en las hojas y lo que iba cayendo, una llovizna que dejó el suelo esterado de verdes. Todo el santo día. Encomendados a Dios esperamos encerrados que terminaran y desaparecieran. Igual que las montoneras. En la tarde los ruidos menudos fueron amainando hasta desaparecer, pero oímos otro, carrasposo, como si alguien moliera cáscaras de huevos. Con mucho cuidado nos asomamos a ver qué pasaba: era el roce de las langostas arrastrándose. Al día siguiente, con las primeras luces, se fueron como habían venido, con rapidez de montoneras, dejando atrás los conucos arrasados. La langosta atacó varias veces, pero la de 1912 fue la peor, de esa estoy

hablando. Un castigo; un nuevo castigo. El general Castro y el general Gómez para esa época habían acabado con las montoneras, pero Dios no quería que nos olvidáramos de Él... Antes se apareció el cometa, en el año 10. Ustedes saben que los cometas anuncian desgracias. Fue creciendo en la inmensidad de la noche, hasta que casi no cupo en el firmamento. Alumbraba tanto que no era necesario encender velas ni lámparas, salvo las de los santos. Las gallinas, desesperadas por aquella espantosa claridad, olvidaban el corral y seguían picoteando la tierra, hasta que caían muertas, agotadas por el insomnio, o tullidas por el tabardillo del sereno.

La cabeza del cometa, una piña encendida, era casi tan grande y brillante como la más grande y brillante luna llena que ustedes hayan visto jamás, y la cola, como la cabellera de la Sayona, que era catira ojos azules, zumbaba y estremecía los luceros. Mucha gente de esa época perdió la vista de tanto mirarlo, o quedó lela, porque también eso: cuando uno lo miraba no era fácil quitarle los ojos de encima; como un imán, como un vicio, como el general Gómez. A medianoche, cuando la gente y las cosas se aquietaban y quedaban a merced del silencio, empezaba el zumbido, un ruido que trastornó a mucha gente. La enorme cantidad de locos que en aquellos años recorría los caminos tirando piedras y dando alaridos, fue eso, pero el hambre y la miseria también enloquecían a la

gente, el estar todo el santo día sin hacer nada y con el estómago vacío, esperando lo que no habría de llegar, y sin embargo llegó. La gripe española fue otra de las muchas calamidades de aquellos tiempos, y la guerra mundial del 14, pero para nosotros la peor fue la dictadura de Gómez, y antes de Gómez y la langosta, la plaga de Castro y sus chácharos. Antes de esas epidemias se decía entonces que primero pasaba el Judío Errante, un hombre alto, flaco, encorvado, la nariz como un gancho y la barba muy espesa, con un sombrero puyudo hasta los ojos y envuelto en una capa gris; una sombra maldita que se perdía en la noche y dejaba atrás la enfermedad. Hubo miles de víctimas. Pasó muchas veces que una persona que el día anterior había estado haciendo sus cosas de siempre, de golpe decía me siento mal, la cabeza me va a estallar, se tiraba en la cama y comenzaba a temblar de fiebre y a torcerse con una tos seca que no se calmaba con nada, los ojos como dos brasas y un dolor en el pecho como si la estuvieran asesinando a puñaladas; se ponía azul y a las pocas horas era cadáver. Fueron tantos los muertos, que hubo un momento en que los sepultureros no tenían tiempo para enterrarlos como Dios manda, y varios de ellos, mientras echaban las últimas paladas de tierra sobre el cuerpo pelado del difunto, porque las tablas para urnas se agotaron, cayeron muertos a la fosa: en el afán de enterrarlos rápidamente para evitar el contagio, no se dieron cuenta que la gripe los había agarrado. Todo eso lo tengo vivo aquí (y se tocó

la cabeza canosa), como un clavo en el alma (y se tocó el pecho descarnado), pero de la peste bubónica nunca oí hablar nada en esa época. Y de José Gregorio Hernández y Rafael Rangel, tampoco”

-----

Se citaron para, al calor de unos tragos, hablar de Rafael Rangel y José Gregorio Hernández; siempre de los dos, destino de siameses.

--¿Qué día es hoy?

El periodista, don Guillermo Librero, lo miró amoscado antes de responder.

--Miércoles, ¿por qué?

Apartó la bocamanga y miró la hora en el Nivada.

--Miércoles, las cuatro de la tarde. Mira cómo está esto: no hay mesas disponibles, aquí en la barra no cabe una persona más, y los mesoneros están copados; en una ciudad de provincia, donde no se mueve mucho dinero: imagínate a Caracas en este momento, donde cualquier pelagatos carga chequera y *Master Card*... ¿Qué crees que está bebiendo esta gente?

--Whisky... No pueden ser menos que nosotros.

--No --lo contrarió el médico --, beben petróleo; petróleo a treinta dólares el barril. Somos multimillonarios...

--¡Aleluya! ¡Que viva la gozadera!

--...por eso a esta hora nadie está trabajando; no hay necesidad de trabajar. El ideal del ocio remunerado, que dice Úslar Pietri.

--Como canta el negrito del batey, “porque el trabajo para mí es un enemigo”.

--O la copla del pícaro: “A mí me llaman el tonto, / el tonto de mi lugar, / todos comen trabajando, / yo como sin trabajar”. País de Jauja, que dice Úslar Pietri... Garzoneas y ahí mismo, a flor de tierra, están las pepitas de oro, como en El Callao.

--¿El Callao? --preguntó Salvatore, sin quitarse de los labios el cigarrillo.

--Un pueblo de oro que se vino a menos. Hace muchos años, cuando en El Callao caía un aguacero, las gentes salían a las calles y los solares a escarbar en la tierra húmeda en busca de pepitas de oro, y conseguían. A eso lo llamaban garzonear; como los garzones en el río. Seguimos en la misma gozadera, señor Salvatore.

--¡*Mamma mia!*

--Cubagua también fue una gozadera al comienzo de la Conquista, el placer de perlas más rico del Caribe, señor Salvatore, y hoy es un cementerio de escombros. Y El Callao es una sombra. Y para allá vamos, porque no hemos sabido sembrar el petróleo como tantas veces lo ha aconsejado Arturo Úslar Pietri.

--¡Ah! El amigo visible. Sé quien es. Veo su programa en la televisión. Me gusta lo que habla --se entusiasmó el italiano.

--Úslar Pietri... Don Arturo... Hay que pesarlo con todo y aquello --dijo Guillermo--. Nació rico, y no parrandea, ni se ríe, ni nada. No bebe ni fuma ni profuma. Uno anda en otra vaina, y tú lo sabes. No nos da la gana de sembrar el petróleo, y punto... ¿Y cómo carajo se siembra el petróleo, una vaina tan complicada, si en el siglo pasado nos arruinamos sembrando café y cacao que es mucho más fácil?... Hay que preguntárselo a Don Arturo, que sabe de todo. Que lo diga de una vez. ¿Y quién va a sembrarlo? ¿Él, que nunca ha cogido una escardilla? ¿Tú? ¿Yo? ¿Salvatore? ¿Los políticos? ¿Los militares? ¿Esa gente que está aquí bebiendo whisky? ¡Pinga!

--El petróleo nos encandiló, como el cometa de mi abuela. El nuevo Mesías. Como antes los caudillos.

--¿Por qué? Nos salvó de la Cruz Roja Internacional. De la miseria que contó tu abuela. Hoy la mortalidad no es la de la época de Rangel y José Gregorio Hernández. Nacemos con una arepa bajo el brazo. Tenemos más educación... Le debemos las horas amargas y las horas de miel... Un respiro histórico... ¡Qué sabrosa es la mierda del diablo!

--¿La mierda del diablo? ¿Con qué se come eso?

--preguntó el italiano.

--Con whisky, señor Salvatore, y abusos --le respondió el doctor.

--En todos los países del mundo hay abusos. Y calamidades. Yo estoy aquí por eso, y soy feliz... Y también tiranos, y caudillos. A los italianos nos tocó Mussolini, que no fue ningún angelito...

--Pero hay bemoles, Salvatore. Nuestros caudillos del siglo pasado se ganaban su vaina arriesgando el pellejo --lo cortó Guillermo--, peleando a machetazos, que no es lo mismo que discutir frente a una cámara de televisión. Nuestra época es de payasos, una cuerda de mafiosos que con máscaras de demócratas nos están llevando al matadero...

--Pero acabas de celebrar la gozadera, ¿entonces? ¿Qué importa que sean eso o cualquier otra cosa si estamos aquí bebiendo whisky? Te contradices.

--¡No me contradigo! No estoy de acuerdo con este desastre, pero no tenemos autoridad moral para censurarlo. Entonces digo: Vive tu vida, pero no me jodas. Aquí no estamos todos. Cubagua no se arruinó por el agotamiento de los placeres perlíferos, sino por las injusticias y la corrupción, por la ley del embudo, los abusos que acabas de decir, unos pocos jodiendo a muchos... Nos tocó la hora del petróleo, el desafío es cómo vivirla sin joder a nadie.

--¡Sembrándolo! --dijo Salvatore.

--¡Bingo! --coreó Guillermo.

--Usted lo entendió rápido porque tiene cultura del trabajo, señor Salvatore --lo alabó el médico.

--Sembrándolo, es verdad --aprobó Guillermo--, el problema es que no hay quien lo siembre, ya lo dije.

--Queremos ser ricos de la noche a la mañana... Nuestra historia está llena de locos que despreciaron reales opciones de progreso a mano, para empeñarse en quimeras tramadas por la calentura de sus ambiciones, locuras que terminaban con frustraciones espantosas. También de eso ha hablado Úslar Pietri, señor Salvatore, y para no herir a nadie pone bien lejos el ejemplo, en Alfinger y Hutten, que salieron desde la ranchería de Coro a buscar una ciudad de oro, cuando pudieron quedarse allí y con menor riesgo levantar una modesta y más perdurable ciudad de agricultores y artesanos. Y entre esos ansiosos frustrados cita a Bolívar. No lo tilda de loco, pero tampoco lo define como cuerdo.

--Sería un sacrilegio, **dottore**.

--La verdad ofende, señor Salvatore, como dicen por ahí....

--Gómez no fue un ansioso, supo esperar --ironizó Guillermo.

--Porque tenía cultura del trabajo, era agricultor...

--Debe ser por eso que tu admirado escritor y humanista don Arturo Úslar Pietri justifica la dictadura de ese criminal, posición que lo rebaja, porque lo que sembró Gómez fue tinieblas, recuerda lo que dijo tu abuela...

-- Gómez fue una realidad histórica. A estas alturas, eso a mí no me preocupa mucho...

--Lo que te preocupa es la gente que está aquí dándose un poco de vida. Entonces respondo: dejemos que gocen. Están gastando de su bolsillo, lo que ganaron o robaron, viviendo su realidad histórica. Porque todos en este país, y tú y yo y Salvatore estamos embarrados de petróleo. Hasta la izquierda enguerrillada, que sin esforzarse mucho ha vivido del presupuesto universitario y de canonjías del gobierno...

--¿Cuál es la salida?

--¡Sembrar el petróleo! --repitió Salvatore.

--O una revolución --le dijo Guillermo.

--No me gustan las revoluciones, don Guillermo.

--¿Por qué?

--Porque todas las revoluciones terminán en tiranías.

--En la norteamericana no pasó eso. En Estados Unidos no ha habido tiranos --aclaró el doctor.

--Allá el tirano es el dinero, **mister money** --se burló Guillermo.

--¿Entonces?

--El gran desafío no es renunciar al whisky sino cómo hacer para que todos lo beban --ironizó Guillermo.

--Alargar la gozadera --ironizó el doctor para darle el vuelto.

--No tanto alargar la gozadera, sino medir bien las consecuencias antes de cortarla... No es fácil quitarle la chupeta a un niño... En esta vida todo tiene un precio, y con frecuencia los grandes errores tienen un condigno

castigo. Lo de Rafael Rangel. Quiso salirse del rebaño y tuvo que suicidarse. Quiso imponerse como investigador científico entre médicos mediocres, y tuvo que suicidarse. Se metió bajo la capa de Cipriano Castro, y tuvo que suicidarse. No midió las consecuencias. Tú mismo me lo contaste. Con cara de yo no fui trató de opacar prestigios consagrados, y eso en este país es mortal. Creo que no estaba del todo bien de la cabeza. Averigua bien esa vaina, porque es verdad, este es un país de locos. De ansiosos. También lo dice Francisco Herrera Luque en *“Los viajeros de Indias”*, el libro que acaba de publicar: lo que en la Conquista nos llegó de España fue pura podredumbre; según Martí, carretadas de basura: segundones, caballeros de media loriga, criminales, clérigos atocinados, licenciados labiosos, tipos con terribles taras mentales...

--...No, no... Espérate... Leí ese libro. Herrera Luque exagera...

--Eres médico y sabes de locos más que yo, pero creo que Herrera Luque, aunque exagera, ha puesto el dedo en la llaga. Recuerda que a Juan Vicente Gómez, por acabar en Venezuela con los caudillos, le han concedido el mérito de aplacar el manicomio que era aquello. Y lo de Gil Fortoul en París, cuando le avisaron de la muerte de Gómez: “Murió el gran loquero”...

--Esperen un instante que voy al **master**.

--¿Cómo ves tú la cosa, Salvatore?

--Bueno don Guillermo, la veo bien porque tengo bastante trabajo, y miro desde lejos la política. Para mí este es un país bendito.

El periodista agregó un poco más de whisky y soda al vaso y movió los hielos con el índice. Probó y arrugó la cara. Aligeró la mezcla con más soda. Lo sirvió también al del médico, y dos cubos de hielo. “Sírrete tú mismo, Salvatore”. Observó los grupos que llenaban el local. Todos hablaban al mismo tiempo y nadie oía. Muchachas uniformadas con faldas mini obsequiaban a los clientes cajetillas de cigarrillos y asomo de intimidades. De la cocina salía un apetitoso olor de solomo a la brasa. Entre las mesas se movían loteros, limpiabotas y vendedores de cualquier cosa.

--Qué gran persona el *dottore*; una lumbrera, ¿eh?  
--comentó el italiano, mientras movía también sus hielos con el índice. Siempre se sentaba con ellos para oírlos conversar. Quería aprender a Venezuela, decía. Tenía una rectificadora de motores, la mejor de los Andes, y ganaba mucho dinero--. Nosotros no sabemos nada de este país, que nos ha dado todo...

--¡Salvatore, salva mi motore!... Tú eres doctor de motores... ¿Sabes por qué se hicieron millonarios los portugueses y los italianos que vinieron cuando Pérez Jiménez? Porque no se metieron en la gozadera, y sabían

trabajar. Se fajaban como los buenos desde que amanecía hasta que anocheía, y se mantenían con una Pepsi Cola y un pan, lo demás lo ahorran. Es lo que nuestro amigo critica, este jolgorio nuestro permanente, este creernos millonarios sin trabajar, viviendo de la picaresca. Dice la verdad, pero le doy casquillo para cuquearle la lengua... ¿Oíste bien lo de la langosta? Estos que estás viendo son también langostas...

-----

En las ciudades pequeñas, como aquella Caracas de Rafael Rangel, José Gregorio Hernández, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, no hay sucesos personales pequeños. Infierno grande, que dicen. En poco tiempo todos saben lo que ocurrió. Boca y oreja. En ellas los periódicos no hacen falta para eso. Rafael Rangel se suicidó un viernes. En la tarde. Esa noche nadie se acostó sin conocer la tragedia. Pero no lo enterraron al día siguiente porque diluvió sobre la ciudad; se cuajó en las faldas del Ávila una neblina oscura, y un frío inusitado para el mes se metió por todos los rincones. Tampoco lo dejaron entrar a la iglesia, porque “Quien se suicida comete pecado mortal”, negó enfático el arzobispo. “Tardó unos quince minutos en morir, monseñor, pudo arrepentirse en ese tiempo”, argumentaron los estudiantes que pedían lo velaran en la catedral. “Era un sabio y le hizo mucho bien a este país”,

insistieron. Monseñor les dio la espalda y regresó a sus aposentos, dejándolos allí, en un temblor de rabia. Los tres o cuatro periódicos de la ciudad informaron el suceso, pero no para que fuera conocido, sino para destacar que ese hombre, que no había cumplido treinta y tres años, era el único investigador científico en la historia médica del país, un estudioso que con visión de profeta adelantó que Venezuela sería país de progreso cuando luchara contra los zancudos, los del paludismo y la fiebre amarilla. Que sin ser médico había cambiado los tratamientos en las salas del Hospital Vargas y descubierto el anquilostomo como causa de las anemias graves que diezaban la población de Caracas y campos vecinos, la nefasta chimbombero, y enfrentado con éxito, nada más y nada menos, la epidemia de peste bubónica en La Guaira, un asunto de Estado. Pero para la mayoría ese suicidio no importó; no fueron pocos los que se alegraron, y otros, no muchos, sinceramente se entristecieron y acusaron, entre estos los estudiantes del hospital, que deslizaron la palabra crimen.

En aquella ciudad que era la Caracas de Rangel, Hernández, Castro y Gómez, todo era pequeño, menos el disimulo, los rumores, la envidia y los escándalos. La adulancia también era grande. El Presidente era pequeño, pero con manía de grandeza, para guardar el equilibrio, y por eso llegó a donde llegó, a la Casa Amarilla, al solio del último tirano, buscándose a sí mismo, porque dijo que

no se encontraba. El caudillo anterior, quien por querer  
alargar su dictadura murió en batalla, varios años antes,  
cuando Castro era un bulloso diputado de provincia, lo  
había pesado con tripa y todo, como se decía: “Ese indio  
no cabe en su cuerito”, lo despreció. Ahora aquel estaba  
enterrado, y olvidado, que es peor, y el indio en el solio de  
los presidentes, con su cuerito muy estirado, convertido  
en último tirano.

--Quien lo despreció fue Joaquín Crespo, Salvatore  
--le aclaró Guillermo--, una hechura incondicional  
de Guzmán Blanco. Un hombre poco ilustrado pero  
inteligente, y valeroso, combinación bastante rara en  
cualquier parte, y también ladrón, y mala paga... ¡Para la  
oreja si quieres aprender bien a Venezuela!

--Era hijo de un yerbatero llamado Leandro  
Crespo. Quizás por eso despreciaba a los médicos.  
También fue fiel a un pícaro dizque le había salvado la  
vida a un hijo suyo, un brujo y audaz colombiano llamado  
Telmo Romero, que por un tris no llegó a ser ministro  
de la salud, y rector de la universidad en sustitución del  
jurista Aníbal Dominici, padre de Santos, en cuya casa de  
saberes vivía José Gregorio Hernández. Con varios años  
de anticipación al zar Nicolás Segundo, Joaquín Crespo  
convirtió a Telmo Romero en su Rasputín, que lo raspó  
bien raspado, sin brocha y sin jabón, como dice Guillermo.

Salvatore rió y encendió otro cigarrillo, el último de la caja que había abierto al comenzar la conversación, sin saber que ese humo maldito que le pintaba de amarillo los dedos y los dientes, ya le había puesto en un pulmón el sello de la muerte. “Ustedes son la Biblia”, comentó con voz de cartón.

Castro había bajado de las montañas de los Andes imitando la Campaña Admirable de Bolívar en 1813, con discursos y proclamas como los de Bolívar, y con el mismo sueño anfictionico: hacer de la América hispánica una nación de repúblicas, o al menos rehacer la Gran Colombia, para que le cantaran como Potentini a Bolívar: ...“cuando creyeron quizás,/ que se cansaba su brazo,/ hizo en la América un trazo,/ y volando casi loco,/ con aguas del Orinoco/ fue a regar el Chimborazo”... Casi loco... Lo único en que se parecía a Bolívar, murmuraban sus enemigos.

...Bajaba y que a una restauración liberal, a adecentar el Partido Liberal, ¡oh Dios de los ejércitos!, una revolución restauradora, entonces en retroceso, reculando, que con dos caudillos mayores y sopotocientos de segunda y tercera categorías tenía casi cuarenta años en el poder, desde 1863. Desde la Guerra Federal, que con veinte mil muertos, una doble cantidad de heridos y lisiados y el tesoro público en la carraplana, proclamó la

igualdad social de los dientes para afuera, que cualquier analfabeto piojoso podía llegar al solio de los presidentes sin más luces que los incendios reflejados en la punta de la lanza, o los cadáveres en el filo del machete o la mira del chopo. Una guerra que desde el Llano chamuscado aventó hacia los Andes a mucha gente de trabajo, gente asustada que dejaba atrás no solamente sus pertenencias, sino los hedores del miedo y las cruces de sus difuntos. Como los progenitores de José Gregorio Hernández, que se fueron de Barinas a Boconó, y después a Isnotú, donde engendrarían al Venerable. Ya lo dije.

También el padre de Rangel se movió, porque Venezuela era un ir de aquí para allá y de allá para acá, con desasosiego de loca, buscando acomodo y salvación. Un zambo muy quemado, jetón, de ojos chiquitos, apretados por los lobanillos de los pómulos. Cogió sus macundos y se fue de Sabana de Chimpire a Betijoque a buscar mejores aires para sobrevivir en la espantosa miseria que sembraba aquella guerra de locos, una erupción de pústulas en el cuero de la pobre Venezuela. Una guerra que en Trujillo parió en los páramos la dinastía de Araujos y Baptistas, hombres de tabaco en la vejiga, sin más credo que el de ellos mismos. Una dinastía que comenzó con el sargento de la Independencia Juan Baptista y se fortaleció con el León de la Cordillera, su hijo en la cuñada, general Juan Bautista Araujo, gran señor de los ponchos conservadores,

de los araujistas, más bien, pero presidente del Gran Estado Los Andes por voluntad del supremo jefe liberal...  
¿Me va siguiendo, señor Salvatore?

--Un laberinto, **dottore** --asintió el italiano.

--Pero en el bando liberal, los lagartijos amarillos, se levantó el terrible brazo armado del general Rafael Montilla Petaquero, un indio de Guaitó que con ferocidad suicida se batía en cualquier terreno, famoso por la ristra de cadáveres que había comenzado a ensartar en la juventud, cuando mató a uno de los caciques del pueblo, el godo Francisco Baptista, que no lo dejaba vender lo que sembraba. Igual a todos los que se creían grandes, también desde Bolívar venía Montilla, porque era nieto del indio Gauma, un colombiano licenciado por el Libertador después de la Batalla de Carabobo, que se refugió herido en San Miguel de Boconó, donde las Petaquero, indias tejedoras de petacas, le dieron cobijo, comida, curación, y la más hermosa un lugarcito en su estera de dormir; Tigre de Guaitó, guerrillero temible, siempre con las narices abiertas al viento para tragarse la muerte. Un león y un tigre, señor Salvatore; así los veían, como fieras. Nietos de Simón Bolívar. Dos destinos bestiales en un país de locos.

Volvamos a Castro. Bolívar comenzó su Campaña Admirable con el título de Libertador, y él con el de Restaurador. A Bolívar, por mal nombre lo llamaban

Longanizo, aludiendo su color de piel no muy blanco criollo que digamos, o a un loco que con ese alias deambulaba por las calles de Bogotá, porque a Bolívar no siempre le tiraron flores, le tiraron plomo, puñaladas y muchas veces ñoña, y a él también, eso de Cabito, como decir un siesnoés, una ñinga, un adarme, una migajita, poca cosa; Napoleoncito, ***Petit Caporal.***

Bajó de las montañas enarbolando un lema pomposo que derogaba el “¡Oligarcas temblad!” de los zamoristas de los primeros tiempos: “Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos”. Porque gobernar sin lema era como andar sin uniforme, desnudo como el rey del cuento. El otro, Gómez, alias el Bagre, que así lo llamaban desde lejitos, no sé si por los bigotes o por lo que comen estos animales, no tenía lo espumoso de Guzmán, la rudeza de Crespo ni la verborrea de Castro, sino el zamarreo meticuloso de cualquier gamonal de las serranías, una inteligencia especial para lo inmediato que le ganó fama de brujo, una saña criminal nunca vista en la política venezolana que repartían a garras llenas sus esbirros de La Sagrada, sus sicarios y sus torturadores de guaral en los testículos y tortol en las sienas, peor que el garrote vil de los ancestros y el látigo de los mayores. Cuando Castro viajó a Alemania para que el doctor Israel, bisturí famoso, le operara la próstata, muy maltratada de tanto abuso (y no resultó la próstata, aunque el abuso no

era mentira, sino una fístula de la vejiga, consecuencia de una diverticulitis del colon que explicó la fetidez cloacal de su orina), don Leopoldo Baptista, doctor y general, de la dinastía araujista que dije, le susurró a Gómez, desde atrás de la silla vicepresidencial (aunque también se afirma que fue el médico y general Juan Pietri, abuelo materno de Úslar Pietri): “Llegó el momento, General, su compromiso es con la patria, el poder es suyo; asómese al balcón y mire cómo lo aclama el pueblo, que no quiere más tiranías y no soporta este bochinche de don Cipriano; atrévase y acabe con la corrupción; el pueblo se lo pide, General, háblele, dígame algo”.

Y Gómez se asomó y vio a la plebe que frente al balcón, por orden y con dinero del susurrante don Leopoldo, le había reunido el bachiller trujillano Manuel Briceño Ravelo, de la Causa Andina, nombre que daba don Leopoldo a su grupo, y Gómez, que no era hombre de discursos, apenas dijo: “¡El pueblo está callado, el pueblo está tranquilo!” Los circundantes no lo entendieron, porque el pueblo no estaba callado ni tranquilo; estaba enfrente, gritando, pero por si acaso lo aplaudieron. ¿Quiso, con carambola de lujo, desdecir a don Leopoldo, porque ese no era el pueblo? Vayan ustedes a saber. Pero con esa miniproclama, que a duras penas le exprimíó a su aplastado cogote tachirense, ejemplo insuperable de brevedad oratoria, digno de Guinness, se adueñó del

poder, no sin antes advertir en voz alta al mefistofélico don Leopoldo, para que oyeran los otros que podían llegar a ser futuros testigos, y simulando disgusto: “Usted me está metiendo en vainas que no me gustan, doctor, no olvide que don Cipriano es el presidente y yo soy su leal subalterno y compadre, y más en esta hora, porque está enfermo”. Cinco años después don Leopoldo huía al exilio vomitando espumarajos de rabia por haberse equivocado tan feo, y con la chapa torturante de la burla cínica de Gómez: “Para que ponga a resguardo su vida, mejor que don Leopoldo se vaya del país, no sea que un día de estos salga por ahí un atarantado y lo malogre, ¡no señor!, y me le despachan una buena marusa de cobres para que viva tranquilo en el extranjero, como Dios manda, porque a los hombres hay que darles la oportunidad de salvarse”.

Muy distinto lo que le había dicho poco antes, pero él no vio la trampa: “Conozco muy bien a mi compadre Cipriano; cuando está molesto yo sé dónde le aprieta la bota, y cuando uno va ya él viene. Es verdad que la Gomorra maldita, como llaman en los Andes a Caracas, lo ha convertido en un libertino, exponiéndolo a la censura de los que creen que tienen a Dios agarrado por los cojones, pero yo que fui la mano derecha de don Cipriano cuando comenzamos la Restauración y nos la jugamos juntos, no voy ahora a echarle para atrás la partida, ¡no señor! En los casi nueve años que tiene al frente de los destinos

de este país, he sido su amigo y colaborador. Sé que me recela, aunque yo nunca le daría la espalda... a menos que me presenten pruebas irrefutables de que sus actuaciones pueden causar daño irreparable a la Patria, que está por encima de todos nosotros. Solamente así actuaría, no lo olvide... Y hasta aquí, doctor Baptista, y no se hable más de este asunto". En diciembre de ese año fue interceptado un misterioso telegrama atribuido a Castro para un destinatario en Caracas: "A la culebra hay que matarla por la cabeza". ¡Conspiración! El presidente conspiraba contra el vice. Otra para Guinness. Porque ¿quién otro podía ser la culebra sino Gómez? El asesinato del vicepresidente atentaba contra la tranquilidad de la patria. Con esa prueba irrefutable, al patriota Gómez no le quedó más remedio que actuar: desconoció al compadre Castro y le quitó la silla. Pero a don Leopoldo muy pronto el gozo se le fue al pozo: no pudo el astuto doctor trujillano disfrutar del nuevo gobierno, consecuencia del misterioso telegrama, que en los primeros días del asunto le estiraba una casi imperceptible sonrisa cuando se lo mentaban, porque Gómez, quien ya le tenía el ojo puesto, lo anuló totalmente y lo puso en la mira de su próximo disparo, por lo que tuvo que irse para siempre, como Santos Dominici, el protector de Rafael Rangel y único amigo de José Gregorio Hernández, no fuera que el día menos pensado un atarantado cualquiera intentara malograrlo. "A enemigo que huye, puente de plata", se explicó Gómez. Pero Rangel

no supo del comienzo del final de ese que dijeron había sido uno de los culpables de su tragedia, porque la huida de Baptista fue en el año 13 y él se suicidó en el 9.

--El cuento del gallo pelón, que dicen ustedes --rió Salvatore.

--Sí, porque termina y empieza con lo mismo, y nunca se acaba. Un cuento largo y muérgano, Salvatore... Pero en estas chácharas lo mejor que le he oído a nuestro galeno aquí presente, es que siendo él niño su papá lo llevaba al carrusel y él se quedaba mirando con ojos de asombro los caballitos, que subiendo y bajando daban vueltas y vueltas y desaparecían y reaparecían, como llamándolo a que entrara al tropel y subiera a uno de ellos, pero no le gustaban de un todo, porque a uno le faltaba la cola, al otro una oreja o un casco, el de más allá porque tenía raspaduras en el anca que parecían llagas, y él lo que quería era un caballo blanco y sin defectos, como el del escudo de la escuela, el caballo de Simón Bolívar...

--¡Ajá! --comentó Salvatore--, voy entendiendo don Guillermo.

-----

¿Que veinte años no es nada, como canta Le Pera en su tango? Guillermo había estado varios años en Caracas, como diputado en el Congreso Nacional. Y el doctor

un tiempo largo en Europa. Se reunieron otra vez en El Campo, entonces en ruinas: ni la sombra de lo que había sido veinte años atrás, el mejor bar restaurant de la ciudad.

--Otra vez aquí. Como en el chiste del caballo y la yegua; el lugar es el mismo, pero la circunstancia es otra. ¿Lo has oído? Es muy viejo. La señora, entrada en años, carnes y achaques, añorando hazañas *illo tempore*, pidió al marido calvo, con el colesterol y los triglicéridos a millón, hipertenso y aburrido, que volvieran a aquel hotel de la montaña donde habían pasado su luna de miel. Quería la doña un segundo aire. Accedió él para no enfrentar una nueva mala cara, el tú no lavas ni prestas la batea, el tú ya no soplas con que lo lapidaba cuando se sentía rechazada. Y allí estaban, en la terraza de ese hotel de desfloramientos, mirando al calvero verde y húmedo donde jugueteaban un caballo y una yegua. Y ella comentó, más hiriente que nostálgica: “El amor como que es más duradero en los animales que en los humanos... Hace treinta años ese caballo y esa yegua estaban ahí mismo, y fíjate, todavía se buscan y retozan”. El esposo apartó con fastidio el periódico que leía, se quitó los anteojos y miró hacia los relinchos. Sonrió y dijo con maldad: “El caballo es el mismo, pero la yegua es otra”..

--¿Y?

--Esto también cambió. El lugar es el mismo pero

la circunstancia es otra... ¿Sabes que Salvatore murió?

--Lo mató el cigarrillo...

--Pero antes se arruinó... ¿Cómo va lo de Rangel y José Gregorio?

--Lo abandoné por un tiempo, pero lo he retomado. He acopiado una buena información.

--Me gustaría conocerla.

--¿Sabes que mientras he estado investigando sobre eso se me ha atravesado varias veces Carlos Andrés Pérez, y me ha parecido que no siempre lo que dice son locuras?

--Se te atravesó Locoven y piensas redimirlo... Veinte años no pasan en vano...

--No es eso, es que algunas de sus frases locas resultan geniales por rebote... Esa cuando lo sacaron de la presidencia no tiene desperdicio: "Hubiera preferido otra muerte", dijo en el discurso de despedida. "Otra muerte". Genial. Y lógica, porque la puñalada constitucional que le dieron fue para matarlo políticamente. "Otra muerte", una frase increíble...

--¿Increíble?

--Increíble por demasiado buena, tanto que la interpreté de otra manera. Preferir otra muerte es darse por acabado, pero Carlos Andrés no es hombre que se rinde tan fácilmente. Le eché cabeza al asunto y concluí que en la tartamudez del instante se le enredaron las palabras; para mí lo que quiso decir fue: "Hubiera preferido la muerte".

--Una conclusión excelente pero no sirve.

--¿Por qué?

--El discurso lo escribió Simón Alberto Consalvi.

Lo lamento.

--Más lo lamento yo --dijo contrariado el doctor; me desmontas el parapeto que traía armado, pero tengo otra.

--Creo que fue malinterpretado cuando respondió: “Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario”... Ahí está Sepelio, vamos a ver qué cuento carga... ¡Sepelio, siéntate con nosotros!

--Hoy ando con el indio atravesado --dijo Sepelio al sentarse.

--Un rebuzno propio de quien no es capaz de mantener cerrada la jeta cuando no sabe qué decir --comentó Guillermo Librero.

--¿De quién? --saltó Sepelio pelando los dientes.

--Estamos hablando de Carlos Andrés Pérez, cuando dijo ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario... Sírvete un trago. ¿Cómo está el dominó?... La frase parecía un exabrupto, propio de él, pero no es absurda, y mucho menos en política. Me explico. Supongamos que se califica una obra de gobierno. Carlos Andrés diría: “No es buena ni mala, sino todo lo contrario”. ¿Qué puede ser contrario de bueno y malo al mismo tiempo? Yo diría que anodino, insignificante, inútil. Otro ejemplo. Carlos Andrés habla del poder económico de alguien y dice: “No es rico ni pobre, sino todo lo contrario”. ¿Qué puede ser contrario

de rico y pobre simultáneamente? Digamos que avaro, si aceptamos que rico no es quien tiene sino el que gasta o da.

--¿Y la del autasuicidio? --preguntó Sepelio después del primer trago.

--Ahí quería llegar. Autasuicidio. La risotada fue mundial.

--¿Y?

--Para mí hay cierta verdad en esa frase. ¿Qué es un suicida?

--Un carajo loco que se mata --respondió Sepelio.

--No es totalmente cierto. Imagínense un niño de seis años que ha visto en la televisión el uso de armas de fuego; coge el revólver de papá, se pone el cañón en la sien y dispara. ¿Es un suicida? No lo es porque su intención no era matarse sino jugar como enseña la televisión. Se produjo un lamentable accidente, no un suicidio. En el suicida se supone la intencionalidad; lo dice el Larousse: darse voluntariamente la muerte, aunque no aclara si todo suicida tiene la intención de darse la muerte.

--Un peo arrecho-- comentó Sepelio.

--¿Verdad que sí? Como médico, por algunos casos que he asistido, llego a creer que hay gente que se quita la vida por miedo a la muerte... Así como lo oyen... Otros para herir a quienes creen lo agredieron, o por vergüenza en un momento insoportable para su aturdimiento. Quiero decir que tal vez el suicida no siempre desea la muerte. Lo otro es la depresión. La bipolaridad. La depresión puede

empujar al suicidio... Dicen que Nicolás Gogol, deprimido por una crisis religiosa muy fuerte, quemó los manuscritos de la segunda parte de “*Almas muertas*” y se echó a morir de hambre.

--Para mí son tipos locos --insistió Sepelio.

--Déjame terminar... Quiero precisar lo de darse la muerte por miedo a la muerte. Sé lo que pueden responderme: No es miedo a la muerte sino al dolor que lleva a la muerte. No. El miedo al dolor es otra cosa. No, yo digo miedo a la muerte, simplemente eso, como cerrar los ojos en la noche para no ver la oscuridad; creo que en el momento culminante de la desesperación es tan grande el miedo a la muerte que siente esa persona, que decide no esperarla más y se precipita en ella...

--¡Guillo! Yo prefiero el dominó --se burló Sepelio.

--Pienso que alguien, en un momento de confusión emocional, puede quitarse la vida si tiene a mano en ese instante el modo de hacerlo, como el niño del revólver. Quizás diga: “Me voy de aquí, y listo”.

--Es verdad --acotó Sepelio--, en el puente de Bella Vista se mató mucha gente, pero después que le pusieron barandas nadie más se tiró por él.

--Las confusiones psicológicas son terribles, y a veces no estamos en capacidad de soportarlas. Visto el asunto desde esa perspectiva, el autosuicidio se produciría cuando alguien, en un momento de confusión, por tratar de agredir a otro se quita la vida sin pensarlo mucho; el

prefijo auto cambia su significado de “por mí mismo”, por “contra mí mismo”... En uno de sus libros, Unamuno explica que sus ensayos son monodialogos...

--¿Cómo es la vaina?--preguntó Guillermo, que no había abierto la boca ni para beber del segundo whisky.

--A Unamuno le dijeron que no escribía ensayos sino monólogos, y él respondió que monodialogos, es decir, diálogos con él mismo. De monodialogo a autosuicidio, la diferencia es la distancia abismal que va de un filósofo excepcional a un político tercermundista, pero nada más... ¿Por qué insisto en esto? Porque se comentó que lo empujaron al abismo. Tú sabes que los estudiantes del Hospital Vargas dijeron que no había sido un suicidio sino un crimen. Pudo ser una reacción sentimental. Pero no es mentira que lo llenaron de improperios. ¿A quienes se puede culpar por ese suicidio? Es lo que he querido averiguar, entre otras cosas porque la aparente bajeza que rodeó a esa muerte da pistas y metros para la calificación de aquella sociedad, que hizo del disimulo y la envidia su manera de ser. Como la de Dreyfus en Francia.

--Y en Estados Unidos la de Robert Oppenheimer, el padre de la bomba atómica... Y la de Oscar Wilde en Inglaterra.

--Y en Venezuela lo de Humberto Fernández Morán --añadió Sepelio--, un tipo brillante, inventor del bisturí de diamante: lo destruyeron porque recibió ayuda de Pérez Jiménez.

--¿Y cómo vas a averiguar eso, después de tantos años? ¿Y para qué, si ya Rangel se convirtió en polvo?

--¿Cómo? Conversando con los protagonistas sobre la información que tengo. ¿Para qué? Pudiera responderte que para satisfacer una curiosidad, pero también para tratar de comprender por qué somos como somos. Venezuela es una loca, una mezcla de esquizoide con paranoide. En permanente actitud suicida. Una nación que no ha podido discernir hasta dónde debe llegar su aventura para empezar a darle forma a su realidad. Te ratifico lo que te dije aquí mismo hace veinte años: soy de quienes piensan que entre los buscadores de El Dorado y Bolívar no hay mucha diferencia: cada uno tuvo su hojarasca y sus frutos, pero la raíz era la misma. Figuras del carrusel. Creo que a Rafael Rangel hay que meterlo en ese grupo, aunque su vida no haya sido épica; también lo dijimos en aquella ocasión: en la investigación científica fue un genio, pero no supo poner los pies en la realidad. Y lo peor es que eso se hereda o se contagia.

--¡Zape gato, murrungato!-- soltó Sepelio, oponiéndole la contra de la mano en puño convertida en cabeza de diablito, con el índice y el meñique levantados.

--Se contagia por la cercanía de la repetición exaltada, y se hereda como factor epigenético, cuando se vuelve rasgo cultural. (Sepelio sonreía, sin entender ni jota). Lo que le pasó al señor Salvatore: como era un técnico de alta capacidad ganó aquí mucho dinero, pero lo

despilfarró en caballos, loterías, mujeres y caña, el modelo venezolano; por eso se suicidó.

--No se suicidó, lo mató una cirrosis hepática  
--aclaró Sepelio.

--Tenía un cáncer en el pulmón... También le diagnosticaron una cirrosis hepática y le recomendaron que dejara el alcohol, pero siguió bebiendo. Ese es un modo de suicidarse...

Desde el otro lado llamaron a Sepelio, que se mantenía con los dientes pelados en una sonrisa congelada, como los caballitos del carrusel. Aterrizó allí por casualidad: pasaba en el autobús, vio conversando a los dos amigos en la barra despoblada y se bajó para saludarlos, pero ya no le interesaba ese lugar, que no le brindaba ninguna oportunidad. “Esto lo van a convertir en un McDonald’s”, les informó. En una de las mesas tres hombres bebían cerveza; faltaba uno para montar una partida de dominó. Vivía de eso, del juego. Terminó su whisky, se despidió y se fue a completar el cuarteto. “Llévame una cervecita”, ordenó al mesonero, que mataba el tiempo mirando en el televisor una vieja película mexicana. Era famoso por su habilidad profesional en el dominó y el ajilei, pero también porque iba a todos los entierros distinguidos de la ciudad. Por eso lo llamaban Sepelio.

--Qué metáfora --dijo el doctor.

--¿Sepelio?

--No. Esto. El Campo arruinado. Y le siembran un McDonald´s.

--De los protagonistas del caso Rangel, ¿quedan algunos vivos? Porque estarían mascando el agua, y sin memoria.

--Imposible. Ninguno.

--¿Entonces? ¿Cómo piensas hacerlo?

--Hablando con los muertos.

--Explícame.

--Como ir a Comala a averiguar qué pasó con el hijo de Pedro Páramo.

--Magia negra...

--No tienes por qué sorprenderte: hace varios años te lo prometí, recuérdalo. Estábamos aquí mismo... Bueno, no aquí mismo; volvemos al chiste de la yegua y el caballo. Este era el mejor sitio de la ciudad y hoy es un cementerio. Fíjate. ¿Cuánto le puede sacar Sepelio a esos pobres tipos? Da lástima. Un lugar que fue de lujo convertido en tugurio de mala muerte. Hace veinte años estábamos aquí hablando del país de Jauja, de maravillas; nos creíamos dueños del mundo porque teníamos los bolsillos llenos de dólares; hoy nos sangran las uñas raspando el fondo de la botija vacía... ¡Qué torta!

--Y todavía no hemos tocado fondo, pero nos quedan las misses de Osmel Sousa y algunas estrellas del béisbol. Tenemos que ponernos a trabajar... Oye, la cara

de Sepelio me pareció más fúnebre que antes... Esto se murió.

--Nos fuimos al abismo sin escuchar a los profetas del desastre. Porque Casandras no faltaron...

--¿Y lo de Rangel?

--Y lo de José Gregorio Hernández... Como te dije. Para tratar de comprender la enormidad de esas dos vidas excepcionales, me puse a hablar con algunos muertos...

--Te van a llamar plagario.

--A los que hacen hallacas no los llaman plagiarios. Para mí Rulfo escribió *Pedro Páramo*, y lo editó y puso en venta, como quien hace una hallaca. Tú compras la hallaca y te la comes. Te gusta o no te gusta. Puedes preguntar qué ingredientes tiene o cómo fue hecha, pero sin que eso te importe demasiado si no eres cocinero. Así pasa con los libros.

--Que Dios te mire con ojos de piedad.

--Eso espero. Además, no creo que Rulfo me reclame el plagio. Un pellizquito a su gloria, nada más... Es que vivimos en Comalas.

--Pueblos muertos. Coincidimos otra vez.

--Sí. Porque cuando algo o alguien no tiene presente ni futuro está muerto. Pero hay algo más, y es lo que me interesa para esto de Rafael Rangel y José Gregorio Hernández. Cuando tú te metes en una biblioteca entras a un espacio intemporal. En las bibliotecas el tiempo no existe, como no existe en la mente. En el prólogo de su

ensayo *Amiel*, Gregorio Marañón las llama cementerios solemnes, porque los autores de los libros que en sus estantes reposan, famosos o no, en silencio testimonian que no perdieron el tiempo si alguien los leyó, y quién sabe, reflexiona Marañón, si al escribirlos se salvaron del suicidio o la desesperación. En una biblioteca tú hablas con muertos, compartes la existencia de seres que no existen o nunca existieron, entras y sales de laberintos sin espacio. Para tratar de entender el suicidio de Rangel y la santidad de José Gregorio Hernández, abolí el tiempo y me puse a interrogar a varios muertos que los conocieron, o que conocieron a quienes los conocieron. Encontré más de lo que esperaba. Por eso quería hablar contigo hoy. Pero nos cogió la noche. Dejémoslo para otro día...





## 2.- Cola de ratón

El tiempo a veces pasa rápidamente. ¿Como si se echara a rodar un reloj por un barranco? No. Como una hoja al viento, porque de pronto se enlentece, o se queda quieto, o se arremolina, o retrocede. Y uno casi nunca se da cuenta de eso. ¿Cuánto tiempo tenemos machacando este asunto? Ustedes muchos años; más de un siglo algunos; yo más de la mitad de mi vida, y parece que comenzamos ayer, y pudo ser ayer. Sabemos que estamos aquí. ¿Qué aquí? En la página. Y no habrá mudanza a corto plazo. Porque no es un sueño. No estoy borracho ni a punto de ponerme loco. Me vine a este cementerio solemne a conversar con unos que otros creían muertos, para obligar el retorno de lo vivo lejano, como quiso el poeta Rafael Alberti. Porque vivimos el olvido más que la memoria, como muy temprano escribió Rosamel del Valle.

El otro día comentaba yo, no recuerdo si a ustedes en este mismo lugar, que cuando envejecemos es más el tiempo que pasamos con los llamados muertos que con los vivos. Incluyendo los que hemos sido y están como muertos en nosotros. Porque esto también: somos una suma de desaparecidos.

La segunda vez que oí el nombre de Rafael Rangel fue en la cátedra de Historia de la Medicina. Nunca había salido yo tan confundido de una clase como ese día, cuando el profesor habló del suicidio de Rangel. ¿Por qué a mi edad de entonces, veintidós años, y a punto de graduarme de médico, me interesó tanto esa muerte, que según el engominado profesor Espinel cortaba la carrera científica de un venezolano que parecía encaminado a una vida gloriosa, de grandes beneficios para el país? Porque en esos días andaba yo de bala, enemistado contra el mundo, contra mí mismo, con un agobiante sentimiento de víctima. Así como lo oyen. Mucha gente cree que a esa edad que yo entonces tenía, casi nadie padece tristeza porque está en la flor del berro; que se es feliz a juro porque se tiene delante un horizonte inmenso, con grandes puertas abiertas que dan entrada al éxito, la fama y la riqueza.

No siempre es así. Al contrario, a esa edad los hombres en su mayoría aún arrastran la confusión de la adolescencia, ese no encontrarse entre una infancia que nadie acepta y una adultez que nadie reconoce. ¿Saben ustedes lo que confesó Rangel a un amigo suyo, poco antes de consumar su suicidio?: “Me busco y no me encuentro. Mi vida ha sido un eterno naufragio y la esperanza un suplicio infinito”. Se daba a la derrota. Vivía una pesadilla. Estaba metido en un problema terrible,

porque la epidemia de peste bubónica en el puerto de La Guaira, que obligaba la cuarentena por convenios internacionales, podía ser el jaque mate para el general Castro, presidente de la república, su protector, y el remate económico de Venezuela, acosada en aquella época por las potencias extranjeras, que con un abusivo bloqueo le exigían la cancelación de deudas que la exhausta hacienda pública no estaba en capacidad de satisfacer: la pobre Venezuela estaba en la carraplana, no podía pagar ni un centavo y la calificaban de maula, de país irresponsable. Castro, hediondo a muerto, como la fruta podrida a punto de caer, rechazó con furibundos insultos las insolentes exigencias del extranjero, dando rienda suelta a su herida dignidad tropicalizada, grandilocuente y jaquetona: condenó el bloqueo y recibió la solidaridad impotente de dos o tres paisitos latinoamericanos, sardinas del mismo cardumen, la invocación de una tal Doctrina Drago y un apoyo tramposo de Estados Unidos, coletazo de tiburón que Castro recibió sin engañarse, porque de las lecciones de Bolívar la que más recordaba era aquella que advertía con luz profética, que los Estados Unidos de América parecían destinados por la Providencia para llenar de calamidades y miserias a América, porque la doctrina del presidente gringo Monroe, “América para los americanos”, él, Cipriano Castro, Vencedor Jamás Vencido, la traducía “América para los norteamericanos”, y por sus cojones que no estaba dispuesto a convalidar esa trampa. ¡Ni un

centímetro de la patria para nadie! Todo eso estaba muy bien, el monito podía chillar hasta que le llegara la hora en cuanto a su renuencia a pagar, pero contra la peste bubónica no valdrían discursos ni desplantes caribes, sino drásticas medidas sanitarias, porque no se trataba de soberanía sino de un sálvese quien pueda.

Retrocedo. Estamos en febrero de 1908, en La Guaira, principal puerto marítimo de aquel cadáver agonizante que es la arruinada Venezuela. El doctor Rosendo Gómez Peraza, buen médico pero bocón, conversa con un inmigrante de las Canarias, que allí, en las llamadas Islas Afortunadas, aunque no tanto, había visto enfermos de peste bubónica. Entre tragos, porque a Gómez Peraza le gusta empinar el codo, le cuenta al canario, para alertarlo, del caso que ese día había atendido en su consultorio, un incordio en la ingle de un hombre que se la pasaba en los burdeles del muelle. “Y ya he visto tres esta semana”.

--¿Un incordio? ¿Un bubón?

--Eso. Un bubón. El hombre llegó delirando. Y murió.

--¿Murió?

--El enfermo tenía en la verija una enorme pelota morada, como una berenjena podrida, con burbujas negras y boquetes de pus. De entrada pensé en un bubón tropical, una enfermedad peligrosísima, porque agarra el

pene, que se vuelve una yuca, y después invade las partes, el recto, y se va metiendo hacia la vejiga y los intestinos; te destruye por dentro con una ferocidad espantosa. Pero cambié de opinión porque fue un cuadro agudo, y el hombre murió delirando.

El canario, fogueado en mil puertos, no se deja impresionar; al contrario, le da luces:

--Cuidado y no sea peste bubónica, porque así empieza; yo la conozco; además, dicen que el Judío Errante anda suelto otra vez, y ya usted sabe; recuerde lo que pasó en San Francisco hace apenas ocho años. Eso rueda. He estado esperándola.

El canario la pegó, revalidando aquello de que más sabe el diablo por viejo y viajado que por pobre diablo: era peste bubónica. Los enemigos de Castro, que a esas alturas eran casi todos los que habían tratado con él, y los más peligrosos quienes fingiendo ser sus amigos, y hasta compadres, lo rodeaban en el palacio, decían que el Judío, que a su paso arrastraba pestes y catástrofes, no era en esa ocasión el Errante, condenado a deambular por todos los caminos de la Tierra hasta la Eternidad, para hacerlo expiar la culpa de su pueblo en la crucifixión de Cristo, sino don Cipriano. “Aquí no hay otro Judío Errante que no sea el Cabito”. El último tirano, que estaba acabando con la patria. Castro ordenó la detención policial de

Gómez Peraza, por meterse en camisa de once varas; que se emborrachara en la cárcel, pero sin cagar al gobierno. Cuando lo arrastraban al Castillo Libertador, Gómez Peraza gritó que enviaran a Rafael Rangel a investigar el asunto. El Ministro del Interior, López Baralt, asustado por el aceleramiento del escándalo, sugirió al presidente que nombrara a Rangel para que fuera a La Guaira a averiguar lo que estaba pasando. “Sí, sí, mándelo, aunque esas son habladeras de tochedas de mis enemigos”. ¡Metió la pata hasta la ingle! ¡Gravísimo error político! Y es que quien va a caer no ve el hoyo.

Para aquella situación de tanta responsabilidad internacional, teniendo a mano médicos con estudios en prestigiosas universidades extranjeras, José Gregorio Hernández, por ejemplo, especialista en bacterias, escogió a un bachiller, no muy bien visto por muchos de aquellos lujosos doctores, aunque otros, igualmente famosos, lo ayudaban en los aspectos académicos, pero no como a un joven colega inteligente y estudioso, sino como a un tipo extraño, casi un intruso, que tenía la rara virtud de la excelencia y la perseverancia en sus investigaciones de laboratorio, un tipo genial que trabajaba día y noche con su microscopio, sin amigos, sin enredos de faldas, sin diversiones, y lo más importante, sin pedir nada a cambio; sin ambiciones materiales. Una especie rarísima en aquella fauna de tigres, lobos disfrazados de ovejas,

hienas y monitos graciosos; en dos platos: un sabio, y hecho a la medida para lo que se tenía que investigar en La Guaira. Pero bachiller. ¡Ajá! Ese fue el nudo. ¿Respetado? Sí. Respetado, muy respetado, porque no tenían más remedio que respetarlo. A los treinta y dos años, bachiller, pero quien más sabía, y más hacía. Respetado, pero desde lejos, más con el silencio otorgador que con elogios francos. En la Academia, donde sus trabajos científicos eran presentados como grandes novedades por Razetti, ese muérgano, decían, uno de los doctores famosos, comentaban esos trabajos, pero con el alma arrugada por la envidia. Recibir enseñanzas de un bachiller los rebajaba, y Razetti se hacía el loco y continuaba con aquella gota matinal. Y Pablo Acosta Ortiz también, ese borracho. Y el echón Santos Dominici.

Quiero hacer aquí un breve paréntesis para hablar un poco de la envidia y el disimulo.

En el caso de Rangel se habló mucho de que su suicidio fue la consecuencia de la envidia criminal de aquella sociedad mediocre, sobre todo la de quienes en su derredor obligado por la profesión, se sentían opacados por su brillantez científica, los que llamaban muérgano a Razetti y borracho a Pablo Acosta Ortiz, y rezaban porque Santos Dominici se fuera. ¿Qué debemos entender por envidia? La pasión de los mediocres. Lo dijo José

Ingenieros, médico argentino de esa misma época: “La envidia es el rubor de la mejilla sonoramente abofeteada por la gloria ajena, el venenoso humor que mana de las heridas abiertas por el desengaño de la insignificancia propia”. ¡Tremendo párrafo! *El hombre mediocre*, se llama el libro, ahí está eso. ¿Quiénes rodeaban a Rangel? Gente de esa calaña, nulidades engréidas, estreñidos mentales, doctores con muchos títulos y pocos conocimientos, algunos con poderosa influencia social o mucho peso político... Envidia espesa, biliosa, contra el bachiller Rangel; rencor para el muérgano de Razetti y el borracho Pablo Acosta Ortiz, y odio contra el engréido Dominici, a toda hora llenándose la boca con Gilbert, el científico francés que lo formó; solamente se les salvaba el otro sabio, José Gregorio Hernández, porque hubiera sido colmo de la miseria echar también basura sobre un santo que cuando salía de su laboratorio o regresaba de curar algún enfermo, se ponía a rezar.

En cuanto al disimulo, basta recordar lo que en asuntos sexuales se tenía por doctrina: “Cuando una mujer decente responde no, quiere decir tal vez; cuando responde tal vez, quiere decir sí; pero cuando dice sí, no es una mujer decente”.

Con los conocimientos un tanto dispersos y tal vez prejuiciados que tenía del caso, me planteé una hipótesis.

Fue un error político de Castro nombrar a Rangel para la investigación de la peste bubónica en La Guaira, o lo hizo con la peor intención, para rebajar más a aquellos doctores que llevaba atravesados entre pecho y espalda sin poder tragarlos, desde los días de La Sacrada. Ustedes conocen esa historia: los estudiantes de la universidad coronaron al poetastro Sacre, un loco que se creía bendecido por las musas. Una burla de carnaval para ridiculizar al Cabito, que entre sus chifladuras tenía la de creerse poeta. Los estudiantes de ese ayer (no sancionados por el joven rector Santos Dominici) eran los doctores del Hospital Vargas en la hora de la peste. Rangel se asustó. Se asustó porque sabía que el General le ponía en las manos un clavo caliente. Se asustó por lo de Gómez Peraza, encerrado en el Castillo desde febrero. Para peor, en junio, cuando la cosa pasaba de marrón a color de hormiga, salió José Gregorio Hernández de Venezuela para retirarse del mundo en la Cartuja del Espíritu Santo, en Farnetta. No huía de la muerte negra, como de Roma el aterrorizado Galeno por la peste de Antonino, sino a tratar de encontrarse con él mismo. Salió por Puerto Cabello, porque La Guaira ya estaba en cuarentena.

Al seguir paso a paso todo lo que desde ese momento sucedió, no me parecía arbitrario suponer que Rangel no creyó en lo denunciado por Gómez Peraza, médico del montón. Otros conjeturaron que fue a La

Guaira con la misión de negar la enfermedad, porque fue lo que hizo de entrada, con un cierto apresuramiento que no se compadecía con su formación científica, aunque sí con la crisis política del momento. Porque debemos entender que él iba como investigador médico, pero con responsabilidad política. Y en la hora cero, en la que el régimen de Castro se tambaleaba. Bubones que se reventaban fácilmente y drenaban un pus que mataba las moscas. Llegó y se encontró con seis nuevos casos en las últimas veinticuatro horas, de los que murieron tres. ¡Cincuenta por ciento! Cuando comprobó que la sospecha estaba bien fundada y que Gómez Peraza no era un improvisado, trató de salvarse él y salvar a Castro. Con muchísimo miedo.

Llegó a La Guaira el 20 de marzo. Tres días después un ansioso Castro llamó al ministro López Baralt: “¿Cómo va la joda?” El ministro lo calmó: “Rangel no ha encontrado nada, mi General”. El Cabito se esponjó: “Yo lo sabía, pero que siga averiguando, porque quiero cagarme en el alma de unos cuantos”. López Baralt no se atrevió a contradecirlo: “Está bien, mi General”. Pudo decirle: “No ha encontrado nada todavía”. Castro seguía siendo el Vencedor Jamás Vencido. “El Constitucional” notició inmediatamente que en La Guaira no había peste bubónica. Aparecieron nuevos casos sospechosos y los rumores en las embajadas crecían con oleaje de maremoto. Rangel volvió en abril

a La Guaira. No dijo que iba a investigar otra vez, sino a pasar la Semana Santa en la playa. ¡Un hombre que no salía ni se divertía! Y con unos animales enjaulados. “Regreso a La Guaira porque siguen los rumores”, le tartajeó a López Baralt. Ya no era miedo lo que tenía, sino pánico. ¿Y si se había equivocado? ¡La catástrofe! Con manos asustadas inoculó pus a los animales de laboratorio que había llevado. El día 21 no encontró nada. Temblaba. Rangel era dueño de una inteligencia excepcional, tuvo que darse cuenta que había cometido un peligroso error. Negó con precipitación la enfermedad, sin haber agotado los recursos para el diagnóstico, conducta insólita en un hombre que en asuntos de laboratorio sabía lo que hacía y actuaba a conciencia. Repito, el asunto tenía un delicado trasfondo político, y en eso no era totalmente inocente. Es posible que por el susto del inmenso compromiso que Castro puso sobre sus débiles hombros de bachiller, perdió el autocontrol y actuó instintivamente, más con prisa política que con prudencia científica. Sin darse cuenta entraba al peligroso campo de la heroicidad. “En vista de que los cultivos e inoculaciones no han producido alteraciones en los animales de laboratorio, declaro definitivamente que no se trata de peste bubónica”. ¡¿Queeé?! Afirmación temeraria en aquella hora. No es fácil estar bien con Dios y con el diablo. Al héroe se le exige valor supremo, hasta el sacrificio, hasta la muerte. Miles de ojos lo miraban desde todos los rincones. El largo qué

retumbó con estruendo de avalancha. Afirmar aquello sin estar seguro es suponer en él una debilidad de carácter, la que en difíciles situaciones anteriores también lo hicieron retroceder atemorizado: su renuncia al seminario, y a la carrera médica, y el ocultamiento de su compañera de vida marital. No encuentro otra explicación.

El embajador de los Estados Unidos ya había sido avisado de la enfermedad por el cónsul. Como sabemos de la seriedad de Rangel, o creemos saberlo, debemos concederle el beneficio de la buena fe científica, que la negación fue apresurada, medio cobarde, pero no acomodaticia: sencillamente dudó de Gómez Peraza como dudaba de los profesores de la universidad, y no encontró los bacilos en sus investigaciones iniciales. Gómez Peraza fue a dar a la cárcel. Pero él era un científico, de eso no cabía duda. Volvió en sí. Repitió las pruebas, y con más rigor. Encontró el bacilo de Yersin. Rectificó. ¡Peste bubónica! Y lo dijo. Asumió su responsabilidad con todos los riesgos que eso implicaba en aquel momento, pero ya había fallado. Se devolvió y se desnucó. Se había puesto la soga en el pescuezo. Ya tenía su tendón de Aquiles. Siguió adelante: a lo hecho, pecho, y a grandes males grandes remedios. Se fajó como los buenos, hizo lo que sabía y podía hacer. ¡Ay! Se dice fácil a esta distancia en el tiempo eso de rectificó, pero en aquellos días (*dies irae*) y en aquel lugar, su afirmación fue un cataclismo político, económico

y sanitario, la tronera para definitivamente desinflar el cuerito al indeseable e intolerable Castro. Rangel, hombre de laboratorio, emocionalmente atormentado, con serios conflictos espirituales, provinciano incurable, bastante quemado de piel y sin grado académico, aunque en ese momento era el más alto, envidiado y hasta odiado prestigio científico de la arruinada e ignorante Venezuela, llena de empíricos y aventureros por todas partes, fue empujado por su protector al circo de las fieras y se encontró inesperadamente en la arena de aquella pesadilla, en el ojo del huracán, en el terrible deslave de la maledicencia. Lo volvieron leña. Calificaron de fracaso escandaloso su investigación, según los doctores plagada de errores científicos. Todo se le vino al suelo: el vulnerable tinglado que había montado en una década de trabajo incansable y creativo se le derrumbó con la inconsistencia de un castillo de naipes, soplado por los envidiosos solapados que le había ganado su talento sin precedentes en los corredores universitarios venezolanos. De todas partes le salieron enemigos con vivacidad de cucarachas: unos reales, imaginados otros, ninguno con necesidad de máscara. Pudo ayudarlo José Gregorio Hernández, pero este, fray Marcelo, en Lucca, en la Cartuja de Farnetta, trataba de encontrarse en una agonía mística. También Santos Dominici, su maestro, pero había sido expulsado del país en 1903, exilio en el que consumió 33 años como enemigo de Castro, embajador de Gómez, enemigo de

Gómez, activista en la organización de la expedición del Falke, y con la ciencia, la que le había enseñado el sabio Gilbert, totalmente marginada.

La desesperación de Rangel no tuvo límites. Para combatir las ratas portadoras de la peste, ordenó incinerar algunos ranchos que el gobierno maula después no pagó. Lo lapidaron públicamente acusándolo de inescrupuloso, ladrón del dinero que le dieron para combatir la epidemia, que se lo había embolsillado, y de crueldad con las pobres gentes afectadas. Una conspiración. Y salió la plebe, quién sabe si azuzada por pescadores en río revuelto, a reclamar el pago de esos ranchos que con impiedad para sus miserables habitantes, gritaban, fueron quemados por orden suya, sin oír las súplicas de las viudas y el llanto de los huérfanos, ni atender los reparos legales. Los afectados por las medidas sanitarias cada día eran más, y demandaban en ríos de lágrimas. De haberlos dejado a merced de la peste no reclamarían. Amarga conclusión. Lo acusaron de negligente, irresponsable, adulante y corrupto. Lo convirtieron en el chivo expiatorio de los pecados del general Castro, que no eran pocos ni veniales. Le dieron como a violín prestado. No aguantó la cayapa. Se fundió. Sus alumnos le oyeron un lamento: “Me busco y no me encuentro; mi vida ha sido un eterno naufragio y la esperanza un suplicio infinito; he dedicado mi juventud a la ciencia, a Venezuela y la humanidad, sin aspirar a

nada más que ser siempre un estudiante, pero desde que la política vil y rastrera de mi país se introdujo en el laboratorio, me encuentro asfixiado, aislado, y todo es hostil a mis grandes planes científicos”. Tenía ya el sello de la derrota en la frente. “Me busco y no me encuentro”, fue de lo último que dijo, y esa frase corta y simple, que alguna vez con angustia también pronunció Castro, sacándola de Cecilio Acosta, otro atormentado, es la concreción de su vida difícil y confusa.

-----

Yo estaba sentado solo a la entrada de la sala del doctor Otto Lima Gómez en el Hospital Vargas, con las manos entrelazadas en la nuca, cuando entró Edmundo Chirinos, quien se detuvo, me miró con sus ojos agudos de hipnotizador, se acercó y me preguntó:

--¿Te pasa algo?

Le respondí No, no. Creo que no lo convencí. Sin quitarme de encima su mirada perturbadora me dijo:

--Hay que tener cuidado con la soledad. Por aquí pasó un genio llamado Rafael Rangel a quien lo mató la soledad. Fue la primera vez que oí el nombre de Rafael Rangel. En esos días de 1957, yo también me buscaba y no me encontraba, cuando en la somnolencia de una

clase de Historia de la Medicina, a las dos de la tarde, oí por segunda vez el nombre de Rafael Rangel. Al salir de clases, me iba solo a Radio Caracas a ver el programa de la orquesta de Billo Frómata ¡A gozar, muchachos!; a oír los boleros de Rafa Galindo, las movidas guarachas de Manolo Monterrey y la animación de Henry Altuve Williams y Musiú Lacavalerie. Me divertía un rato pero salía triste. Hasta que conocí a un condiscípulo llamado Beto Heredia. Me invitó un domingo a un concierto en la Biblioteca Nacional. Me gustó, dejé a Billo con su gozadera y seguí solo en eso, pero empecé a dudar de la carrera que había escogido, dictada por profesores de una insipidez mortal. “Me estoy suicidando” pensé, convencido de que cuando la vida se convierte en un calvario, todo lleva hacia la sal, el vinagre, los clavos y el lanzazo final, con una cruz sobre los hombros mortificados y probablemente sin Cirineo, porque a la hora de la verdad nadie mete la mano por otro, si es que no termina de hundirlo. Y de pronto, en la duermevela de esa clase soporífera, oigo al almidonado profesor Espinel: “¿Fue Rangel un suicida o una víctima?” Desperté. “¡¿Cómo --me dije, y paré la oreja para oír bien lo que seguía--, quiere decir que quitarse la vida no es siempre un suicidio?!”

En esos días de 1957, repito, por muchas razones yo andaba muy confundido; me buscaba y no me encontraba. Una de ellas fue la lectura de Hermann Hesse.

Una mañana llega Edmundo Chirinos. Sí, el que llegó a ser rector de la Universidad Central y más tarde candidato a la presidencia de la república, como decir una nueva edición de José María Vargas, médico, botánico, rector, reformador de la Universidad en tiempos de Bolívar, y presidente de Venezuela, el primero civil, aunque con la tizona de Páez atrás. Bueno, en aquellos días del 57, otra vez ese Chirinos, pichón de psiquiatra, al verme leer el *Werther* de Goethe, se detuvo y me dijo: “¿Has leído a Hermann Hesse?” ¿Un nazi? Mi papá nos hablaba de los nazis y sus campos de concentración, después de oír en su RCA Victor las noticias de la BBC. No, yo no había leído nada de ese tipo, ni sabía quién era. Entonces Chirinos se creyó en el deber generacional de iniciarme en Hesse. Chirinos era uno de los mejores estudiantes del quinto año, el más participativo, buen compañero y muy elegante. “¡Búscalos!” Acepté su consejo medio en regaño y compré a Hesse en una de las librerías de viejos en el Centro Simón Bolívar. *Demian*. Me atrapó. Me reconocí en muchos de los actos del inseguro Sinclair. Después le entré a *El lobo estepario*. Me pareció que Hesse escribía para mí, al leer que no todos los que se quitan la vida son verdaderos suicidas, sino los que viven en permanente agonía, que sienten su yo como incierto y comprometido y balanceándose de pie al borde del abismo, hacia el que en cualquier momento puede empujarlos una ligera dificultad o un momento de debilidad interior; sensación

que comienza muy temprano y dura toda la vida, formándoles una naturaleza extraña. ¡Me asusté! Como quien va tanteando por un pasadizo oscuro y de pronto se encuentra con su imagen en un espejo. Detuve la lectura del *Lobo* en ese párrafo para tratar de ubicarme. Se me acentuaron por un tiempo los malos pensamientos, me volví más huraño y más solitario. Pero conocí en esos días a una mujer con un cuerpazo como el de la Tongolele, y nos enamoramos con furor animal, canino, digamos, para no salirnos del género. Le di dos patadas al *Lobo*, que se fue con el rabo entre las piernas a echarse a los pies de Chirinos. Porque ella puso en uno de los platillos de mi balanza, la posibilidad de terminar tranquilamente mis estudios y disfrutar los placeres sencillos de la vida, pequeños y hermosos, y en el otro la opción de convertirme en enemigo de todo el mundo, para encapsularme en una individuación neurótica. Sin esas palabras, por supuesto, porque la dama era de la universidad de la vida, de ese tipo de mujer que protagonizaron María Antonieta Pons, Rosa Carmina, Meche Barba, Ninón Sevilla y Mapy Cortez, las rumberas del cine mexicano. No recuerdo exactamente cómo me lo dijo; a lo mejor fue: “No seas pendejo, chico, goza la vida, que es una sola”, porque así hablaba la tipa. Con el primer sueldo, y sin ella, que terminó sacudida como el *Lobo*, segunda víctima de sus enseñanzas, cogí el camino que me trajo hasta aquí. Pasó el tiempo, y cuando yo ya era profesional satisfecho enrumbado hacia una

sólida posición social, al leer con otra mirada el *Lobo*, Hesse mismo me dio la razón, porque dice que tampoco el suicidio saca del apuro, que para una naturaleza suicida, lo que corresponde no es quitarse la vida, sino consumirla hasta las heces en el máximo sufrimiento, y para eso debe tratar de iluminar sus sombras, dejar de considerarse único y centro del universo; entender que el hombre es como una cebolla de cien telas, y buscar entre ellas la de su salvación. Mi cebolla fue esa mujer, mayor que yo, de una belleza rara, y muy libre. Me salvó dos veces: cuando se empató conmigo y cuando me dejó.

--Entonces Edmundo Chirinos fue tu preceptor...

--Tanto como preceptor, no. Ni siquiera fuimos amigos íntimos. Pero me fijaba mucho en él porque era distinto, y el más brillante del grupo. Eramos unos diez los compañeros de pasantía en la sala de Otto Lima Gómez, un internista muy bueno como clínico, pero de carácter difícil, a toda hora como disgustado. Otto Lima hablaba regañando en el Hospital Vargas. Reprendía a sus ayudantes por cualquier falta. Había uno, Elio Chamate, a quien un día casi hizo llorar porque no había terminado la historia clínica de un paciente que compartíamos, él como interno y yo como bachiller. Lo estrujó. Un insecto. Gregorio Samsa. Sentí que parte del apabullamiento me pringaba. Me fui con Chamate al laboratorio donde él, en el colmo del trago amargo, me dijo: “Voy a tener que

irme de esta vaina para no matar a ese gran carajo”. En el servicio del irascible Otto Lima, Chirinos era la estrella: inteligente, estudioso, hábil y empático, siempre de corbata y con una cámara fotográfica colgándole del hombro, del grupo el único de los bachilleres con carro, un Ford azul, reloj Omega y pluma-fuente Parker; y también por algo más que entonces yo ignoraba.

El 21 de noviembre de aquel año 57 llegó muy serio a la sala y comentó que había disturbios en la Ciudad Universitaria, que los estudiantes de la Escuela Técnica Industrial estaban protestando contra la dictadura y llevando plomo. Iba para allá a ver qué estaba pasando. “¿Quién me acompaña?” Solamente yo acepté; los otros argumentaron que tenían en la sala tareas pendientes, no querían que les pasara lo de Chamate. El miedo a veces se pone máscara de prudencia. Los esbirros de la Seguridad Nacional no eran Hijas de María, y el atrapado en acciones contra el régimen iba derecho a las cárceles de Pedro Chacal de Güiria Estrada, Miguel Corazón de Oro Silvio Sanz, Ulises Ortega y el Bachiller Castro, o a los campos de concentración de Guasina o Sacupana, en el Delta del Orinoco, donde ya correteaba el futuro renombrado escritor José Balza, quien en el ápice de su prestigio de escritor escribirá sobre Rodolfo Iliackwood, asesinado por esa gente en 1953. Lo acompañé. Nos fuimos en su Ford azul. Nos ubicamos un tanto lejos, en el Instituto

de Anatomía Patológica, desde donde tomó algunas fotografías. “Acerquémonos”, le dije, en un arranque de valentía. Le pareció que podía ser peligroso: “Las balas no escogen, Juanito”, respondió. Así me llamaban. Hacia la plaza de Las Tres Gracias se oían disparos y empezamos a llorar por el escozor de las bombas lacrimógenas; pasaron los manifestantes arrastrando un monigote del tirano, al que le metieron candela en la Plaza del Rectorado, frente al famoso reloj de trípode torcido y el mural en relieve de André Bolc. Un pelotón de policías patas blancas entró disparando por la puerta a la Plaza Venezuela. Todos trataron de escapar. Unos cruzaron de regreso frente a la policromía de Mateo Manaure en el Hospital Clínico, donde los enfermos los aupaban; los ágiles saltaron las cercas del Jardín Botánico y se perdieron por la autopista hacia el parque Los Caobos; los más se arremolinaban, con incertidumbre de hormigas sin rastro, en derredor de Víctor Vasarely, que homenajea a Malevich, y Wilfredo Lam y Sophie Taeuber-Arp; o se escondían detrás de la música en bronce del Anfión de Henri Laurens, del Pastor de Nubes de Arp, de los muros de Léger, del dinamismo de Antoine Pevsner y de la madre de Baltasar Lobo; y las balas silbando y tumbando alzados, y el humo de las bombas metiendo los ojos en un mar de lágrimas, y bolsos, cuadernos, libros, faldas y blusas abriéndose a los vientos, y maldiciones y malas palabras. Un enjambre de zagaletones aturcidos y casi afixiados buscaba refugio en

Jesús Soto, Alejandro Otero, Francisco Narváez y Héctor Poleo, otros huían hacia Víctor Valera, Alirio Oramas, Pascual Navarro, Oswaldo Vigas y Miguel Arroyo, ilustres desconocidos, allí, entre famosos, por decisión de Carlos Raúl Villanueva, arquitecto genial, hacedor de ese mundo de la inteligencia y la creatividad, o se tiraban al pie de las fechas magnas de Pedro León Castro, o de José María Vargas congelado, arrugado y mirado por una calavera, o acezaban al lado de Armando Barrios, Carlos González Bogen, Omar Carrreño y Braulio Salazar, también invitados por Villanueva a aquella maravillosa fiesta permanente de color y formas, de síntesis suprema de las artes plásticas, de conocimiento y buen gusto, pero también eso lo supe después, no en aquel momento de tribulación, cuando ¡"Vámonos de aquí, Juanito!", Chirinos y yo corrimos con el corazón en la boca para llegar al Ford azul y salir de aquel infierno en que la represión y la muerte convirtieron la Ciudad Universitaria.

¡Pobrecitos, los artistas, metidos sin querer en aquello que parecía el fin del mundo, sin imaginar lo que les esperaba con la democracia! Desprecio completo: propaganda electoral, graffitti clamorosos, salsa de perros calientes, latas de refrescos, pitos de marihuana, condones sucios... No, no, con la democracia no, la democracia no tiene la culpa: con la mediocridad en funciones públicas y académicas, con el ¡bochinche, bochinche! que derrotó

al generalísimo Miranda; dispénsenos usted, señor don arquitecto Carlos Raúl Villanueva, vara mágica de ese milagro de belleza plástica y jardines de leyenda, perdónenos, algún día aprenderemos a borrar; lo que le pido no es mucho para un hombre como usted, para un creador como usted, para un alquimista como usted, que fue capaz de transmutar una cárcel ignominiosa, donde injustamente se pudrieron miles de venezolanos, en templete neoclásico en honor de los luchadores por la libertad, y un barrio de burdeles inmundos en armonioso conjunto de edificios residenciales para gente decente.

El primero de enero del 58 se alzaron en Maracay los de la aviación: fracasaron, pero todos sabíamos que empezaba la cuenta regresiva del último tirano. En la madrugada del 23, el gobierno, que boqueaba desde el día del levantamiento universitario, se destripó. Esa noche del descabello del Nuevo Ideal Nacional, con los calzoncillos humedecidos, y no de colonia Yardley, en su huida hacia La Carlota para abordar la Vaca Sagrada y volar con riqueza de jeque a un exilio más que dorado, dejando atrás una maleta repleta de dólares y cárceles hasta el tope de agonizantes, el adiposo último tirano, mejor conocido en los mentideros como Tarugo, se quejó dolido que había criado cuervos y los tenía en las calles nombrándole la madre que en mala hora lo había parido. Así no fue. Había sembrado vientos, los había regado con sangre asesinada

y cosechaba aquel mar de leva, aquella marea que resquebrajaba los cimientos de lo que todos sentían como eternidad. Calles y avenidas, barrios y urbanizaciones, plazas e iglesias se llenaron con el alud enardecido, aquella masa ululante que con furia de jauría salvaje latía frente a su cueva de Alí Babá; sus militares, sus esbirros, sus aduladores. Risas. Vivas. Abrazos. Besos. Y ¡oh, sorpresa!: cuando los bachilleres del montón regresamos a la Ciudad Universitaria y colmamos el Aula Magna, bajo las *Acoustical Clouds* de Calder para celebrar la victoria, ahí, en el escenario, como si Fassman lo hubiera descendido de uno de aquellos platillos voladores, apareció el dirigente máximo del movimiento estudiantil, “¡Con ustedes, el camarada Edmundo Chirinos!”

Era el muchacho de la película. Formaba parte de una célula de la resistencia que se reunía en los predios del doctor Mata De Gregorio, en el Psiquiátrico de Caracas, activa madriguera de comunistas. Lo que entonces yo ignoraba, la explicación de por qué Chirinos se movía en los pasillos de la Universidad con desenvoltura de peso pluma, y en los meses que siguieron a la caída del último tirano, con la contundente pegada del campeón Sandy Saddler, que después de masacrar a Willy Pep vino a acabar con los nuestros, con José Alberto Díaz y Sony León. Cuando regresamos al hospital, libres, todos valientes, todos héroes en la derrota del último tirano, la

sala era una fiesta, y Otto Lima, curado abruptamente de su neurosis, sonreía convertido en amabilísimo caballero. ¿Y Chamate? ¡*Happy end!* No volvió porque se fue a ocupar una alta posición en el nuevo gobierno: le dejó frías las historias a Otto. Esa misma tarde, cuando en el Palacio de Miraflores empezaba la cosecha, lo vi en la pantalla del televisor conversando con el contraalmirante Larrazábal, el hasta el día anterior simpático adulator del último tirano, ahora presidente de la Junta de Gobierno. De sorpresa en sorpresa. Todo cambió. Fuimos gente otra vez. Recibí mi título y el primer cargo, muy lejos de Caracas. Se lo conté a Chirinos el día de la graduación. “Te vas para más allá de más nunca, a enterrarte en vida”, sentenció. Le respondí que era mejor ser cabeza de ratón que cola de león. Se echó a reír, pestañeó y me largó un vaticinio demoledor: “Allá serás cola de ratón”.

El profesor Espinel está aquí ahora, con su cara de palidez de lirio desmayado, y sus cabellos engrasados peinados fuera de moda, al estilo Gardel, cuando lo que se usa es el copete a lo Elvis o el cepillo del marine americano en el paralelo 38. Oigo que cuenta de los estudios parasitológicos de Rangel, de la tragedia que para este significó la epidemia de peste bubónica en La Guaira. Y desemboca el hombre en un suicidio. ¡PUM! Salto de la mazamorra de las dos de la tarde, en aquel auditorio inmenso y vacío, porque Historia de la Medicina es materia

de relleno y pocos son los que se interesan en ella. De los doscientos que somos, sólo unos veinte estamos aquí, casi todos con Ray-Ban para que Espinel no se dé cuenta que duermen la siesta, y entre ellos Edmundo Chirinos, primera vez que aquí lo veo, en la fila delantera. La clase es un bostezo largo en la sala despoblada. “¿Quién puso en manos de aquel sabio, todavía en ciernes, la fatídica dosis de cianuro?”, pregunta patéticamente, sin esperar respuesta, el teatral profesor Espinel, para concluir la clase. Recoge su carpeta sin la imprudencia de pasar lista, pero no se va, como otras veces, con la misma elegante tiesura de su entrada, porque Chirinos en dos saltos sube a la tarima a hablar con él.

Al final de estos cien años que venimos desgranando, vuelvo a ver a Chirinos. En la pantalla del televisor. Septuagenario. Va esposado, envejecido, pálido, curvado hacia delante, a empujones, entre un hambriento acoso de cámaras fotográficas, grabadores, teléfonos, insultos y amenazas. A trechos levanta la cabeza con rápidas miradas y sonrío, no la sonrisa esplendorosa que derrochó en su juventud, sino escéptica, triste. Para muchos es el sospechoso único del asesinato de una joven paciente suya; para otros, rumiantes de una antigua envidia, y con mal solapada maldad, el indudable autor del mismo. La víctima: una chica gorda, poco atractiva, de unos diecinueve años, bulímica, depresiva, cuyo cadáver

golpeado en la cabeza apareció entre escombros en el basurero de un parque. Lo llevan a rastras, sin la altivez de los debates que en numerosos foros protagonizó su inteligente brillantez que cautivó mi aturdida juventud: yo Sinclair, él Demian. Con fuerza de pedradas le tiran interjecciones a diestra y siniestra.

¡Asesino! ¡Monstruo! ¡Sádico! ¡¿Por qué la mataste?! ¡¿Cuántas veces la violaste?! ¡¿Quién te ayudó a botar el cadáver?! La conjugación en segunda persona acentúa la saña. Sentí primero el estupor de quien se niega a creer lo que está viendo, el derrumbe de un viejo ídolo, y ahora un disgusto amargo, ganas de entrar a la pantalla del televisor y darle una bofetada, no por el presunto crimen rocambolesco, que en seguida será comercializado, sino por su absurda estupidez: tirar por la borda de su bajel airoso, a un mar de leviatanes, los trofeos iluminados de su larga trayectoria política, profesional, académica y docente: irse compulsivamente de una cena elegante con la que él y unos fieles condiscípulos de muy alto prestigio celebraban sus cincuenta años de graduados, para reunirse con aquella pobre muchacha enferma, mental, cultural y físicamente a años luz de él. ¿Por qué me hizo eso? Porque me doy cuenta en este instante que él ha sido la única persona que yo en mi juventud admiré casi con envidia, porque tenía todo lo que me faltaba... Recordé a Rafael Rangel, el Rangel que él había nombrado al verme abatido.

--¿Piensas que Chirinos no cometió ese crimen?

--No lo sé; no conozco el expediente. Tal vez sí, pero no así. Lo que han publicado con intención de destruirlo por vía del escándalo, es un parapeto que a duras penas se sostiene. Según sus contertulios de esa noche, médicos muy distinguidos, Chirinos estaba tranquilo; no le notaron nada anormal; recibió unas llamadas telefónicas, pero no les pareció preocupado. Es ilógico que un médico culto, de más de setenta años, famoso, inteligente, saliera de allí a matar a sangre fría a una paciente. Le otorgo el beneficio de la duda. Ya entonces era una persona débil, por la edad y su contextura: ¿de dónde sacó fuerzas para levantar los ochenta kilos que pesaba la occisa y meterla en la maletera de su automóvil, cuando hasta sacar de allí el caucho de repuesto le hubiera causado una fatiga mortal? ¿Qué ganaba con matarla así, tan violentamente, cuando pudo planificar algo más sutil? Conjeturo que por causa que ignoro, aunque la imagino, quizás un reclamo infamante de ella por algo que no logró y la frustró, se produjo una discusión; enojada pasó ella de los insultos a la agresión física, y al tratar él de quitársela de encima la empujó contra la pared, con la que se golpeó.

A pesar de la grotesca situación televisada, Chirinos vestía con la elegancia de siempre, la que le vi en el primer año de Medicina en Mérida, delgado y esbelto, casi frágil, con un mechón de pelo flojo sobre la frente, en la que un

ojo escudriñador hubiera vislumbrado una lejana calvicie. Caminaba por el corredor de la Facultad con el profesor Miré. Llevaba un maletín de cuero y colgándole del hombro una cámara fotográfica. La dictadura había cerrado la Universidad Central en 1952, dejando la de Mérida como opción inmediata, ciudad que, inesperadamente, de modesta urbe de campanarios y neblina pasó a ser una algarabía de cinco mil estudiantes venidos desde todos los puntos cardinales del país, que se adueñaron de pensiones, calles, plazas y pecaminosos rincones orilleros. Las noches escuchaban serenatas y canciones lánguidas, los bares se ahogaban en risas y jarras de cerveza, y en los jardines de Neisser las muchachonas de la mala vida no tenían tiempo de sentarse en las poncheras de permanganato por las urgentes demandas glandulares de la abigarrada clientela, pero ninguno se descuidaba porque se sabía que hasta allí llegaba la mano peluda del último tirano.

Ya Chirinos, en aquella época, andaba en movidas subversivas. Después lo supe. Ese crepuscular Chirinos que a empujones consume su calvario en la pantalla del televisor. Mi esposa, sentada a mi lado, ¡Por Dios!, mira perpleja la escena, separada del espaldar y con las dos manos sobre su boca. Me dice:

--¿Sabes a quién recuerdo? Al judío ese de quien me contaste el otro día.

--¿Dreyfus?

--Sí. Ya está condenado.

--¿Cómo así?

--Claro. Ya ha sido condenado por esos caníbales que están ahí, y seguramente por la mayoría que está viendo este fusilamiento. Y si los jueces lo declaran inocente seguirá siendo culpable...

--Lo de Stefan Zweig. Se suicidó por algo parecido.

Volví a mis días de Mérida. Volví a ver a Chirinos, sonriente, frágil, animoso, caminando al lado del profesor Miré, siquiatra de la Facultad, un español pequeño, grasoso, redondo, desaliñado, con un cigarrillo inagotable entre los dedos amarillados por la nicotina. Ninguno de nosotros se atrevía a acercarse así a un profesor. Él sí. Chirinos. Decían que hipnotizaba. Cuando la fenomenal Berta Singerman recitó en el teatro universitario, Chirinos estuvo un rato largo hablando con ella. Era diferente. Y tenía un modo especial de tratar a las muchachas, que le buscaban para que les mostrara unas tarjetas y unos papeles manchados que cargaba en el maletín de cuero. Me deslumbró su manera de vestir, siempre de paltó y corbata, *pull-overs* en armoniosas combinaciones, zapatos lustrados sin desgaste torcido de tacones, y la cámara fotográfica colgándole del hombro. Un día que hablaba con unas chicas me acerqué para oírlo, entonces me di cuenta que su mayor atractivo era su modo de hablar, suave y sugerente. Les mostraba las tarjetas y los

papeles manchados. Me arrimé un poco más. Sinclair. Me miró (una mirada como la de Fassman, el famoso hipnotizador que entonces era un asombro mundial, que antes mencioné) y con una leve sonrisa abrió el círculo para que yo entrara: Acércate, me ordenó. Demian. Las tarjetas tenían impresos unos rostros extraños, deformes, y los papeles manchas de tinta. Servían para sondear el subconsciente. Miré le había enseñado eso...

--¿Insinúas que los casos de Rangel y de Chirinos se parecen? ¿Que lo de Chirinos fue un autasuicidio?

--No. Son distintos. Pero las mediocres y envidiosas sociedades que los condenaron se parecen bastante. Y lo mismo le hicieron a Humberto Fernández Morán; no le perdonaron su elevada formación científica y lo botaron como a un perro del extraordinario instituto de investigaciones científicas que había fundado, llamándolo Brujo de Pipe, a lo que él, con un sarcasmo demoledor les respondió: Lo lamentable no es ser brujo, sino aprendiz de brujo. Pero tuvo que irse, como en su mala hora se fue Santos Dominici dejando solo a Rangel, que no fue menos que Carlos Finlay, Oswaldo Cruz o Carlos Chagas, y que pudo llegar a ser un Premio Nóbel...

Volvamos a lo que vinimos, digámosle al Gran Jurado lo que sabemos y lo que pensamos.

Para los de allá afuera ustedes están muertos. Yo digo que son espectros. Están muertos para sentarse a comer o para hacer el amor, pero no para hablar. Es lo que he tratado de explicar. Sé que la única derrota posible temporal de la muerte es estar vivo, pero estar vivo no es sólo tener carnes palpitantes, mojar con saliva algún pedazo de pan o compartir un amplexo con la otra parte, es también pertenecer a la memoria y desde allí poder decir algo en algún momento.

La gente que deja de vivir (para no decir que muere, porque al decir muere uno habla de desaparición definitiva) lo que hace es ausentarse por una temporada, larga o corta, o para siempre. Uno dice para siempre, pero es más un decir que una verdad: en cualquier momento regresa... Andrés Bello hablando de reglas gramaticales en una escuelita; Simón Bolívar echando a volar su pensamiento en una plaza pública; su maestro Simón Rodríguez sentenciando verdades mefíticas en un periódico de provincia; Juan Vicente Gómez en *close-up* de televisión depositando confidencias bajo el torvo sombrero de su fiel Tarazona. Los maquiritares tienen razón cuando afirman que la muerte no existe. Claro, la muerte como final absoluto y definitivo. Y agreguemos algo de Nietzsche, ya que hablamos de filosofía: Toda vida pretende eternidad.

Esa primera vez que oí hablar de Rafael Rangel en la universidad, quedé marcado, por eso estoy aquí con ustedes, en esta biblioteca. El almidonado profesor Esquivel presentó a Rangel como Padre de la Parasitología en Venezuela, único científico verdadero del país a principios del siglo veinte, ¡un simple bachiller! Empecé a armar el rompecabezas. La condición de simple bachiller fue el INRI que le pusieron en el madero donde lo crucificaron, además de llamarlo negro, señalarlo como ateo y acusarlo de equivocado en La Guaira, en lo de la peste bubónica, y de ladrón de los fondos que le dieron para combatir la epidemia. Lo de ateo porque había abandonado el Seminario, y entre la gente de la Iglesia era mala fama suya que nunca iba a misa ni mencionaba a Dios para nada, además de ser uno de los seguidores del hereje Luis Razetti.

--Lo condenaron a muerte.

--Eso dijeron.



### *3.- El Gallo y la Culebra*

--Así que tú quieres que te cuente con pelos y señales lo que viví en los días de Rafael Rangel. Siéntate, tómate un brandy conmigo y abre bien los oídos, que no son para coger cera solamente. No tengo ningún inconveniente en conversar sobre ese tema, pero te adelanto que en relación con el Bachiller no es mucho lo que sé, por la sencilla razón de que nos movíamos en ambientes distintos; la fe y la ciencia no hacen buenas migas. Sin querer disminuirlo, porque no tengo razones para hacerlo, pero tampoco para elevarlo. El bachiller Rangel fue un personaje que llamó muy poco mi atención en aquellos dramáticos días del gobierno del general Castro, y fue así porque ocurrieron entonces tantos acontecimientos políticos decisivos para la gobernabilidad y la soberanía del país, que el suicidio de un hombre, por mucho relieve que tuviera, se disolvía como hecho baladí en el maremágnum de aquella situación. Una época muy difícil, estimado amigo.

Acepto, como cualquiera que tenga más de dos dedos de frente y conozca nuestra Historia, que el bachiller Rangel jugó un papel muy importante en la ciencia de

principios del siglo veinte en Venezuela, como acabas de señalar, pero no más que eso para mí; lo que ocurría en el hospital o la universidad no llamaba mi atención. No se me puede calificar de indiferente, sino ubicarme en la realidad de aquel tiempo, pero si hay motivos valederos para criticarme por eso, acepto el reproche, que con toda seguridad no será peor que las tantas porquerías que han dicho de mí por otros deslices que no niego.

Quiero complacerte, cómo no. Te contaré con pelos y señales lo que recuerdo de todos los protagonistas, incluyendo los saltos de maromero de mi Iglesia, porque nunca se me ha enredado la lengua a la hora de cantarle las cuarenta a quien sea, y no tengo vocación de chupacirios para convertirme en gaveta de las carajadas de nadie, porque no hay vaina que me revuelva más la sangre que la beatería, y para que no digan que al padre Carlos Borges le gusta la ley del embudo. Empezando por mí, no me engaño en lo que significo dentro de la historia de la poesía de este país: valgo mucho; así como lo oyes: mucho bastante, más de lo que puedas imaginar. Ya nadie me recita, es verdad, pero es que ya no se recita a nadie, y cada poeta egregio tiene su hora... “yo soy el bardo de la selva oscura.../ en mi viudo jardín sólo ha quedado/ un doliente rosal de sepultura”... ¡Soy egregio! ¡Una verga de Triana! La modestia en este caso sería hipocresía, y no cojeo de ese lado. Quienes quieran despellejarme que lo hagan,

porque lo han hecho tantas veces y a plenitud de saña que me importa un bledo, pero te aseguro que de esa cáfila de canallas no fueron pocos los que de mi parte llevaron fuele del bueno cuando se me acercaron. Además, ya es muy tarde para rectificar.

Imagino lo que te han dicho de mí, que fui incondicional del general Castro, que me vendí al general Gómez, que me refocilé en la podredumbre de la lujuria, que mordí en las verijas a mi Iglesia; cosas así, que, te repito, me tienen absolutamente sin cuidado. No niego lo que fui ni lo que hice. Todo el mundo sabe que debajo de esta sotana hay unos pantalones, y debajo de los pantalones lo que también se sabe, no un guilindajo inútil ni un frío moco de pavo, y en aquellos días, cuando yo estaba en la flor del berro y cachondo a toda hora, no podía dejarme arrastrar a la locura de la abstinencia para ahogarme en el océano de mi virilidad.

He cumplido con absoluta entrega cristiana mi compromiso sacerdotal en la oración, la eucaristía y el confesionario, y en la caridad oportuna y útil, que es lo más importante, pero cuando me buscaron me encontraron, y cuando quise meterlo en carne ajena lo hice sin remordimientos de conciencia. No creo que Dios se meta en esas pendejadas, ni mucho menos que me castigue por haber sido fiel a mi condición de hombre

y responder a algo que él mismo creó, que es necesario, y además placentero, porque de no haber sido para su regocijo y gloria, lo hubiera creado sin deleite, y si por presiones terrenales lo hiciera, llamaría en mi defensa al propio San Agustín, no al Obispo de Hipona sino al que dijo que en la lascivia y la prostitución había gastado las fuerzas de su juventud... Una vez al año no hace daño, semanal no está mal y a diario es necesario... No olvides esa vaina... Es verdad que los curas hacemos votos de castidad, no lo niego, pero es a la Iglesia, no a Dios: estaba seguro que si la Iglesia me condenaba, Dios me salvaría. Lo que dijo el inmortal Vallejo: “Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios”. De no pensarlo así no hubiera sido su siervo: Él es justo, pero también misericordioso, y sabe leer en el corazón de sus ovejas, y muy especialmente en el de sus machos cabríos.

Cuando vinieron y me dijeron que hablara con el general Castro, que lo llamara al redil, les respondí que sí, que lo haría, pero no por lo que ellos hipócritamente le censuraban, pues, como te dije, no lo considero pecado, sino porque era mi amigo y yo sabía que por allí, por la bragueta desenfundada, los comejenes del palacio se le estaban metiendo para carcomerle la silla; tú sabes a quiénes me refiero, a los que tiraban la piedra y escondían la mano, los mismos que para asegurar un buen negocio

con el gobierno o conseguir un cargo lucrativo o un nombramiento de postín en una embajada, apartaban las desteñidas y estorbosas capitulaciones matrimoniales, iban con sus esposas a las habitaciones íntimas de él y con cualquier pretexto las dejaban allí solas, Caperucitas no muy tiernas, al alcance de su pernada, y ellas no se quejaban por eso, al contrario, caminaban como las mansas cabritas de Salomón al altar perfumado de la entrega... entre “besos y caricias y sollozos y sonrojos,/ bajo el palio venusino de la noche tropical”... Vagabundas vargasvilanas que se daban sin resistencia y después en el confesionario se las echaban de mártires, sin decir que cuando el General, valido de su poder de garañón, se les encimaba y las montaba, no se quedaban quietas para que la frialdad callada fuera la censura del abuso, sino que se movían con el entusiasmo que ponían en batir los huevos del ponche de las noches de fiesta. Él lo decía frente a la cara de los maridos cómplices, que también reían dando a entender que el asunto del cuento sin nombres de protagonistas era con otros. Bebía y bailaba con furia de endemoniado, y la música le venía de muy lejos, porque tocaba bien el violín. El brandy y la música animaban esas hazañas de alcoba contadas por el General, sin que nadie se diera por aludido, y sin osar pasarse la mano por la cara para limpiar las gotas de saliva que él les llovía mientras hablaba a risotadas, muchas veces a propósito, con toda su mala intención, porque cuando se decidía a ser muérgano no le ganaba nadie, y

ellos las recibían como si fueran condecoraciones, lluvia de aceite o rocío de agua de colonia. Y no se detenía ahí el muy grancarajo (que así lo apostrofaban cuando no había moros en la costa, sin arriesgar el pellejo): para que no quedaran dudas daba señas de aquellos vientres que habían yacido bajo su ombligo; mejor dicho, bajo su hebilla, porque para esos revolcones de gallo no se desvestía: lunares, verrugas, cicatrices, manchas, estrías de los muchos partos, várices, lampiñeces o vellones; o refería las incontrolables reacciones del clímax de aquellas yeguas sin satisfacciones hogareñas: gritos, mordiscos, sollozos, risas histéricas, palabrotas, convulsiones y catalepsia, detalles que a mí no me confiaban en el confesionario, y no estoy dando nombres, di eso, porque el secreto de la confesión es sagrado, pero era la verdad, y yo la comprobaba en algunos resbalones...Y como el marido volteado ponía cara de yo-no-fui, él se le acercaba, le daba una palmadita en el hombro y le decía en la pata de la oreja: De la que te pierdes, Fulano; hoy gocé más que un loco con una matraca. En ese aspecto era un gran cipote; un hijoeputa, si tú quieres, pero esos cabrones merecían las vainas que les echaba.

--Un momento padre Borges, ¿estuvo usted presente en alguna de esas reuniones, lo oyó contar esas cosas?

--Estuve en muchas de esas fiestas, pero en

mi presencia él no hablaba de eso. Conmigo era muy respetuoso, por lo menos cuando había terceros. Yo era la Iglesia, lo más cercano a él de una Iglesia que lo veía con malos ojos. Pero en el confesionario todo cambia, ¿comprendes? Además, él había sido seminarista...

--¿Se confesaba?

--Él no. Los otros, y particularmente las otras, ¿comprendes?... Generalizo, no he nombrado personas y con eso me mantengo dentro de la ley canónica, ya lo sabes, mucho cuidado, porque estoy harto de que me inventen vainas... Amigos comunes que estaban más cerca de mi confianza, me informaban alarmados lo que oían, tal vez para curarse en salud... Quería decirte que como él había sido seminarista, sabía que en los seminarios ocurren cosas peores, por ejemplo, para que no te quedes en ascuas, los seminaristas tienen orden tajante de bañarse vestidos, y de no tocarse las partes, para evitar que se entusiasmen y caigan en tentación, porque de todo hay en la viña del Señor, pero no por eso la Iglesia deja de ser Iglesia, sencillamente corrige lo que hay que corregir y sigue, ¿comprendes? Dos mil años de sabiduría. No son conchas de ajo.

Tú sabes que la caña afloja la lengua, y en esas reuniones se bebía mucho brandy. Entonces contaban cosas, que yo oía, o que después me comentaban. Según esas consejas, cuando empezaba a dar señas de las mujeres

que pasaba por las armas, lo hacía mirando a los ojos de los sinvergüenzas que habían comerciado con la esposa, que desviaban la atención con las exculpas de ojos que no ven corazón que no siente; a quien Dios se lo da San Pedro se lo bendice; eso no deja huella mi General, y él, para hundirles el cuchillo hasta la marca, les pisoteaba el alma diciéndoles: “Todos mis amigos están aquí; es cierto, menos mal que eso no deja huella, lo has dicho con sabiduría que en ti no sospechaba, aunque lo mejor es un buen sombrero”, que traducido a la realidad significaba: “No se me hagan los pingos, mejor tápanse los cachos, que se les ven a leguas”. Así había sido desde joven, sin pelos en la lengua y enamoradizo, y su padre don Carmelito lo regaba: “Mi hijo es un gallo fino, hecho para la hembra y para la pelea”. Pero aquellos descarados, para no verse en el difícil trance social de la representación del ofendido, que podía terminar con un par de grillos y al calabozo, simulaban que era con otro, como acabo de contarte, y no fueron pocos los que arrastrados por el regocijo del cargo logrado, celebraban la injuria con la misma loa: “Es que hasta en la cama usted es el Invicto, mi General; siempre vencedor, jamás vencido”. Y no solamente en palacio, también en las embajadas había fusilamientos, se regaba, no sé, y si así fue debió ser más gratificante para su orgullo, porque se internacionalizaba. Una manada de farsantes. Terratenientes que no producían un saco de maíz ni tenían en los corrales una vaca, comerciantes que

no llevaban libros contables, abogados que no litigaban, brujos en todas partes, y de los médicos no se diga. Tú sabes, la ignorancia...

--¿La ignorancia de quién?

--Por supuesto que de los brujos, aunque en honor a la verdad, los doctores tampoco curaban a nadie. Por eso fue que Rangel se los tiró en caldo de ñame, porque eso sí lo sé, y Castro y yo gozábamos un imperio cuando nos contaban las vainas que el Bachiller les echaba.

Pero se atrevía a más. Tremenduras del poder. Cuando bailaba con ellas, porque el baile era una de sus aficiones, y el vals El Invicto, creado para él, para cantar su gloria, el que más lo movía, les recordaba la aventura que en complicidad habían disfrutado, con voz no muy queda, porque la gracia era que otros escucharan, y como ellas, en el descanso, ocultaban la picardía tras el varillaje del abanico, él, sin importarle quien oyera, o más bien importándole, les decía: “Si ese abanico hablara”. Y tú sabes, a buen entendedor... De ahí salía el chisme: “Anoche le tocó a Fulana”.

--Pero ¿cómo sabe usted todo eso, padre? Permítame que insista, porque necesito estar seguro.

--El confesionario, ya te lo dije; se hincaban y me susurraban Padre, se está comentando esto y esto y aquello, aunque nunca daban nombres, siempre por las ramas, y lo

que yo escuchaba y veía en esas fiestas. Y de él no se podía decir lo que se dice de muchos hombres mujeriegos, que si ven una escoba con falda de una vez se le van encima. Porque para salvar la honrilla, regaron que era verdad que en los aposentos de la presidencia ocurrían hechos concupiscentes, indignos de un alto magistrado, pero con raticas baratas que sus edecanes pescaban en los mabiles cercanos, podredumbre que ellos soportaban aguantando la nariz para poder vigilarlo de cerca, y para que las cosas no fueran a peores mientras llegaba el momento de actuar con todos los hierros. Pero seguían con el sambenito, porque no convencían a nadie. Y créeme: era un verraco, pero no tenía mal gusto; se refocilaba con aquellas damas de la sociedad que le brindaban en bandeja de plata, nada más que para burlarse de los maridos, pero tenía un límite, y lo precisaba con jactancia. “Ayer me llevaron una tercia con un morcón que hacía ondas, pero tanto el marido como ella se quedaron con los crespos hechos, porque ni con la paloma prestada del Padre Borges me acuerdo con una elefanta”.

--Sé que ya estoy medio borracho, pero no te asustes, siempre he bebido así y aguanto más palos que una caja de fósforos. Nunca me ha gustado hacer las cosas a medias, y menos en los asuntos mundanos, en eso soy maniqueo: o todo o nada, y ¡viva la caña, carajo! Así he vivido toda mi vida, a todo riesgo, entre el Cielo y la Tierra,

sin Purgatorio, sin conceder treguas hipócritas, porque Dios exige definición, no tibieza... No te preocupes; me sirvo otro brandy y seguimos conversando.

La conspiración contra Castro venía desde muy atrás, casi desde los primeros meses de su régimen. Se fue imponiendo en la política un estilo andino y a los caraqueños les incordiaba eso. Tú sabes, la Guerra de la Federación, levantada por la causa liberal amarilla, realmente no fue contra los conservadores, porque todos lo eran, ni contra el centralismo, que a nadie le preocupaba. Excusas teóricas baratas. La verdad de fondo era el personalismo, la eterna historia política. Páez quitó a Bolívar; Monagas a Páez; Falcón a Monagas, y subió con Guzmán Blanco, quien lo sustituyó, y Guzmán se continuó con el negro Crespo, un bembón arrechísimo. A la basura que Crespo dejó, poca cosa si a pantalones nos referimos, la barrió Castro; Gómez quitó a Castro y la muerte quitó a Gómez. El quítate tú para ponerme yo, ¿comprendes?... Lo has oído muchas veces, y es verdad. Y así hasta hoy. Somos un país cíclico, que tartamudea la misma historia cada veinte o treinta años; como una tuerca aislada, que en un momento dado se ajusta y da algunas vueltas en el tornillo, para enseguida resbalar y volver al principio, ¿comprendes? Desde Páez, la godarria caraqueña de siempre gobernaba a los presidentes: les buscaban el lado flaco y por ahí se les metían. El lado flaco de Castro eran

las faldas y elogiarle su parecido a Bolívar, tan parecido que no daba hijos, así como el de Gómez era decirle que no tenía lado flaco. ¡Qué muérganos! Al pueblo se le animaba al levantamiento, pero engañándolo, la bazofia de cañón de siempre, y al final de cada movimiento terminaba en lo mismo: en asomado, media carita por allá, mirando desde lejos, con los ojos pelados y el hambre hereje, la gran comilona de los poderosos, que como se deduce de la seguidilla histórica, terminaba en banquete de Baltasar. Páez es el mejor ejemplo de esa posesión caraqueña: era un pobre llanero pata en el suelo en la guerra de Independencia, pero le pusieron un dormán de lujo, unas charreteras y unas polainas de buen cuero, y en 1820, cuando vislumbraron que sería el amo de Venezuela, le buscaron una amante bella e inteligente, Barbarita Nieves, un hembrón, a cuyos pies, y poder, se rindió el cónsul británico, un tal Porter, quien la pintó para el General... Y no se detuvieron ahí, lo llevaron a cantante de ópera, un adelanto de Paderewski; a Páez, claro; ¡por Dios!, no creo que en ningún otro país del mundo se haya dado alguna vez tanta audacia para montar un teatro de esa clase. Y así Páez, que como político se inició desbaratando el insostenible sueño de Bolívar, la Gran Colombia, una vaina loca, si a ver vamos, porque las distancias eran entonces tan largas, que solamente al delirante Libertador se le podía ocurrir que desde la lejana Bogotá le era posible controlar de Caracas al Alto Perú, en medio

continente, las desbocadas ambiciones de tres poderosos grupos políticos, que tenían como denominador común la desconfianza. Páez prefirió algo mucho más práctico e inauguró la constitucionalidad presidencial republicana en 1830, para terminar como dictador derrotado en una deplorable vejez, sin los dientes ni las garras que sugería su título de León de Payara, un galardón bien ganado en uno de sus muchos triunfos militares; terminó como un pobre león de alfombra, como un peluche.

Castro resultó un hueso duro. Un turrón de Alicante... ¿Lo has probado? Me gusta mucho pero me pone a mear azúcar, para jolgorio de las hormigas... Demasiado duro para los blandengues de la permanente conspiración de bolsillo de la godarria caraqueña. Una ñapita de queso, chiquitico pero cumplidor, como se decía entonces. Puras estocadas a la vena arteria era lo que largaba, eso que los galleros llaman buchisangre. El primero que se le alzó fue el Mocho Hernández, un levantado incorregible, pico de oro en la tribuna política, con la metodología norteamericana que había empezado a coger fuerza en el mundo, porque en la quimera del norte había aprendido el arte de los encantadores de culebras. Venía de oponerse a Guzmán y Andueza Palacios, y a Ignacio Andrade, un fantoche de Crespo... ¡Te estás durmiendo, ponme atención y no pierdas el hilo!

--No se preocupe, padre, el interesado soy yo, cuando cierro los ojos es para pensar mejor.

--Déjate de trucos; abre los ojos y las orejas... El Mocho se adelantó a lo que después dijo Papini: “Sea quien sea quien esté en el gobierno, yo siempre estaré en la oposición”, porque hay tipos así, sufridores crónicos, bolsiclones consuetudinarios; gastó su vida tirándole peos a la Sayona. Masoquistas, les dicen ahora. Al Mocho, me refiero; un gran aguajero. Crespo, fiel hijo de su época, hizo trampa cuando se vio en apuros, porque ni pendejo que hubiera sido para entregar el coroto. Convirtió al pobre Andrade en presidente de pacotilla, para morir por él en La Mata Carmelera, o por sí mismo, mejor dicho, porque era su autoridad lo que estaba en juego, la que movía la marioneta; allí quedó, perforado por una bala en el fragor de la batalla que defendía su dictadura, la bala de Wiedermann, un oficial de su comitiva, se rumoró. El Mocho, quien por quítame estas pajas se alzaba hasta contra su propia sombra, como acabo de decirte, había estado exiliado en varias ciudades del Caribe, matando tigres para poder comer caliente, un día como carpintero, otro como vendedor de pan, o defendiéndose con cualquier oficio menor, pues proclamaba a los cuatro vientos que prefería morir de mengua que resignar la cabeza a los pies de un general niguatoso convertido en tirano por obra y gracia del desbarajuste del país. ¡Gran cosota! Esa jaquetonería se la metían los poderosos en el forro. El Partido Liberal

Nacionalista, fundado para adversar la corrupción del Partido Liberal Amarillo, o hacerla suya, que es lo de siempre, con apoyo de independientes, resentidos y aventureros, lo lanzó como candidato presidencial, y ganó, pero como no estaba en los Estados Unidos, el perdedor Crespo, con las malas mañas de Guzmán impuso al mangasmeadas Andrade, sentenciando con ese disparate, sin que le pasara por la frente, además de su propio fin, el del Partido Liberal en todas sus facciones, el del caudillismo del siglo diecinueve y el del Mocho, el *ancient regime*, para hablar en gabacho, porque cuando Castro, triunfante en Caracas, sacó al Mocho de las mazmorras de La Rotunda y lo nombró Ministro de Fomento, supremo gesto de su magnanimidad, como el de Bolívar con Santander, a quien a tiempo debió pasar por las armas como hizo con Piar, que lo ofendió menos y le hizo menos peso, el Mocho, que era un marusa a toda carrera, para llenarse la boca con que no se dejaba seducir tan fácilmente, en menos tiempo del que se persigna un colega loco se alzó contra su bienhechor, pero el Cabito, que de pendejo no tenía un pelo, lo devolvió a la cárcel, en la que el Mocho parecía estar tan a gusto, para que después, entre cargos y renunciadas, en aquella incansable tela de Penélope que fue su atarantada vida de político siempre en la oposición, lo rematara Gómez pateándolo otra vez al exilio para que muriera errante, dando lástima y viviendo al día, comiéndose sus propios hígados, porque

las patadas de Gómez no sólo eran implacables, sino maldiciones para toda la vida. El asunto no terminó allí, porque Castro era genial cuando de ganar enemigos se trataba. Después se le alzaron los banqueros, encabezados por el general y millonario Manuel Antonio Matos, sagaz y diabólico como ninguno en asuntos de dinero, con fortuna heredada y acrecentada con la bendición de Guzmán Blanco, cuyos bienes administraba.

Fortuna política, digamos; rasgo de la identidad nacional para los altos personeros. Castro, que llegó con las alforjas vacías y encontró en ruinas las finanzas públicas, pidió a los banqueros un préstamo, pero se lo negaron, acostumbrados como estaban a humillar a los hombres que gobernaban, en tarea de ablandamiento, para que fueran aprendiendo a batir el cobre. Se encontraron con la horma de su zapato. El Cabito, que no comía cuentos cuando le faltaban el respeto, se engalló y ordenó encarcelarlos con escarnio público en La Rotunda, también para ablandarlos, porque tenían que entender que los tiempos eran otros: ¿no les había anunciado desde la montaña que su misión era dar a la Patria nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos? ¡A La Rotunda! Para allá los mandó, y de esa prisión pocas veces se salía bueno y sano: o se terminaba difunto o en camino de la urna, tuberculoso o reventado por dentro. Se cagó en el alma de aquellos narices paradas, que habían hecho de la arrogancia su marca. Esa única vez

la soga reventó por lo más grueso. “Váyase con cuidado, compadre --le aconsejó Gómez--, mire que nunca fue más grande la llaga que la pierna”. Fue su primer encontronazo con la oligarquía caraqueña. “Mapurite sabe a quien pee compadre --le respondió el Cabito--, y morrocoy no sube a palo ni que le metan horqueta”. Los banqueros pensaron que habían matado al tigre, pero con apenas unas horas en La Rotunda arrugaron. Le concedieron el préstamo, pues de golpe y porrazo entendieron que habían sido ofensivamente suspicaces, que el general Castro era hombre digno de confianza y no un tirano cualquiera, como los tantos que había padecido el país. Les ganó esa primera partida, pero se la anotaron en letras rojas, porque al olvido nunca, una cuentecita para el inventario final, que tarde o temprano llegaría, si no lo supieran ellos que tenían décadas pegados al corte.

El asunto no se quedó allí, era apenas el comienzo. Los godos no se rendían así no más, reculaban tascando, pero apenas sentían floja las riendas, se encabritaban o caracoleaban como caballos andaluces y daban la vuelta. Matos decidió cortar por lo sano; para sacarse el clavo se alzó de verdad, con apoyo de la New York and Bermúdez Company, que explotaba asfalto en el oriente del país, y del Cable Francés y del Gran Ferrocarril de Venezuela, compañías que operaban pagando impuestos bufos, que en Castro vieron feos nubarrones para sus privilegios,

adquiridos a precio de gallina flaca. Organizaron en comandita la llamada Revolución Libertadora, bajo la dirección de Matos, pero el sátrapa, como ya empezaban a nombrar a Castro los más enconosos, o monito insoportable, como lo tildaban las grandes potencias europeas, los volvió flecos. Y cuando tuvo de frente al derrotado general Matos, lo aplastó como a una sabandija con una especiosa bota casi poética, le espetó: “Pertenece usted a la escuela de los comerciantes políticos, que vienen traficando con los intereses de la patria y hasta con la honra y la dignidad nacional; pertenece usted a la escuela de las transacciones indecorosas”. Y eso también era válido para las Potencias, financiadoras de Matos, que alegando que Castro no honraba los compromisos de la deuda contraída con ellas ni reconocía las pérdidas que les ocasionaban las montoneras, ordenaron bloquear los puertos venezolanos, que por la precariedad de sus defensas no era hazaña para fastos. Los ingleses tenían más de setenta barcos de trescientas mil toneladas; y los alemanes contaban por lo menos con cuarenta de guerra, veinte blindados y treinta y ocho cruceros, y muy cerca, en vigilancia policial de su coto, Estados Unidos acechaba con cincuenta y cuatro barcos. Todo ese poderío contra la pobre Venezuela, que apenas tenía cinco barcos destartalados y algunas lanchas que si las soplaban se desintegraban, y en cuanto a tropas, unos pobres soldados descalzos, la guardia negra del presidente y unas milicias bufas, a las que pidió ingreso en

son de héroe el doctor José Gregorio Hernández: un San Francisco de Asís que nunca había tenido un arma en sus manos, contra la experiencia y la ferocidad del almirante Sir Archibald Douglas, pirata de los siete mares. Aquello sería una pelea de tigres contra burro amarrado. Pero la planta insolente del extranjero angloalemán no pudo pisar tierra venezolana, porque el *big stick* del primer Roosevelt, que no era un festivo garrote encabuyado de tamunanguero larense, estaba cerquita, poniendo en práctica su Doctrina Monroe. Y después de Matos, Castro raspó a los caudillos menores.

Con la derrota de Nicolás Rolando en Ciudad Bolívar, en 1903, borró del mapa el caudillismo disperso y selló la pacificación de Venezuela, lo que no es poco en la historia de este país. ¿Siempre vencedor, jamás vencido, tanto en las escaramuzas de alcoba como en las más grandes batallas de su gloria? Bueno, quién sabe: los aduladores se agarran de cualquier cosa a la hora de templar. Más bien lo fue Gómez, la revelación militar de la causa, el Bronco Billy de la película, aunque ya casi era un cincuentón, pero en vez de envalentonarse se mantuvo a discreta distancia de la verborrea de Castro, quien al no entenderlo firmó su condena, porque el que va a caer no ve la concha de mango; además, la soberbia tapa los ojos, y en su borrachera narcisista los poderosos se suicidan. Así ha sido desde ñema. Vaina de folletín. Rocambolesca.

Gómez era el plomo en el ala que desde el principio llevaba Castro, y eso lo olió la sensible nariz de los oligarcas caraqueños, que se metieron por esa hendija. Gómez se convirtió en la cabeza de la culebra de la oligarquía. Con el escándalo de la peste bubónica, las horas finales de Castro comenzaron a correr. Se encargaron de destruirlo las camarillas infinitas, y el maquiavelismo del doctor y general Leopoldo Baptista, trujillano, como Rafael Rangel y José Gregorio Hernández, lo que te debe llamar la atención, ¿comprendes?

--Más o menos. Usted habla muy rápido, y da muchos nombres. Después lo pensaré con más calma.

--Volviendo al asunto: acepté. Vinieron y me dijeron: “Queremos que usted hable con don Cipriano”. Hacían lo imposible por parecer sinceros, pero no me engañaban. “Esta bien”, les dije. Yo sabía quién estaba detrás de eso: el compadre, la otra cara de la moneda, la culebra armada: el general Gómez, campeón del disimulo. Fue él quien los mandó. No habló directamente conmigo, porque entonces nos caíamos mal. Por eso, cuando tumbó al compadre y salí yo de primer chicharrón a condenar la felonía, que no fue otra cosa, me zampó por dos años en La Rotunda, pero eso no me importó, porque la cárcel es una escuela, y en estos países miserables el político que no ha estado preso no se ha graduado todavía, y graduarse aquí de político no es ser experto en finanzas públicas y en

estrategias internacionales, sino haber aprendido que una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando, saber cuándo es el momento de dar el zarpazo o de meterse la lengua en el trasero, ¿comprendes?... La amistad es sagrada. Eso explica, por si acaso quieres juzgarme, que si en aquel tiempo condené a Gómez por su traición a Castro, después, sin olvidar los méritos de Castro, que no fueron pocos y que en su momento salvaron a Venezuela, me colocara al lado de Gómez, quien también tenía los suyos. No es que a rey muerto, rey puesto, ni que me guste el servilismo o el acomodo, sino que en política hay que aprender a poner los pies en el suelo; solamente los radicales estúpidos afincan los pies en la irrealidad, como dirá el segundo Roosevelt: la ética de la política no es la de la familia, mucho menos la de un convento, ¿comprendes? La política tiene sus propias reglas.

Yo sé quién los manda --les escupí-- y voy a hablar con él, pero no porque se da gusto con la bragueta, sino porque se están valiendo de eso para conspirar contra el gobierno, y yo soy amigo de don Cipriano; y les quiero decir más: quien los mandó sabe que no lograré nada, pero está armando la excusa de haber intentado salvarlo. Hablé con él. Me le fui bajito, sobándolo, y con palabras de florilegio, fingiendo que su cercanía me elevaba al Parnaso. Le dije: Vengo en una misión muy difícil, don Cipriano, una misión que me han encargado falsarios

que por delante se dicen amigos suyos, pero que tienen el verdugillo listo para clavárselo por la espalda cuando usted se descuide; creen que me han puesto en el papel de alcahuete, lo que no me importa si es usted el destinatario de mis diligencias, pero aunque ha sido una ofensa que en otras circunstancias hubiera respondido con la hombría que merece, acepté porque sé lo que se traen entre manos. He venido por usted que es mi amigo. Yo no soy ningún santo, y usted más que nadie lo sabe; compartimos la tentación de las faldas, los tragos y la poesía... “Pues la rosa sexual/ al entreabrirse/ conmueve todo lo que existe”...

¡El gran cisne, el divino Darío! Pertenece al reino de Afrodita, Polimnia y Dionisos; nos entregamos al numen de las soledades agónicas del amor e indagamos en los arcanos de la noche, pero, ¡oh, trágico destino!, la realidad se impone, debemos aceptar que una cosa es el cura Borges y otra el general Castro: el libertinaje que a mí me toleran por ser poeta, pero no sin el deseo de que me achicharre en el infierno, a usted se lo censuran con el pretexto de que usted es el Presidente de la República. La hipocresía de la Iglesia, que es sabia por vieja y por diabla, me perdona lo que a usted le condena la falsedad caraqueña, y están utilizando ese sainete para adelantar una conjura contra usted, y usted conoce la culebra que está detrás de ella. Usted y yo nos entendemos don Cipriano (y él rascándose la barba negrísima, aparentando

que le importaba más el bouquet del brandy que mis advertencias), porque somos poetas, porque sabemos libar en la eximia copa de Venus el vino misterioso de la poesía, pero yo tengo la fortuna de no ser héroe, porque mis batallas no han pasado de los campos de Cristo (“y los de las sábanas y las almohadas perfumadas con encantos femeninos, porque usted no es ningún toche”); yo no soy nadie ni me debo a nadie, en cambio usted es el Siempre Vencedor, Jamás Vencido, la espada restauradora no del liberalismo verdadero, que eso cualquiera con menos talento lo hubiera logrado, sino de la dignidad de la República; usted se debe a los venezolanos, que han hecho de su gloria inmarcescible el altar de la nueva Patria para la apoteosis, y a la América toda, así como se lo digo, General, no para almibararlo, usted me conoce, sino para que comprenda mi atrevimiento; usted tiene ya asegurado un pedestal en el Olimpo de los Inmortales por sus hazañas en Venezuela, pero no puede desoír el clamor del Continente, General, el que va desde Anáhuac a La Araucana, desde Moctezuma a Atahualpa, desde Cuauhtémoc a Guaicaipuro, la dolida América mestiza que espera de usted la redención definitiva, la que no pudo darle Bolívar, y que guarda para prez de su espada invencible, lauros de oro. Solamente eso quería decirle, mi General. Gómez, que en zamarrerías nadie le ganaba, me hubiera atajado, y es lo que oigo: “Decí lo que querés decir y te devolvés por donde vinites”. Castro, formado en sus días

de seminarista con oradores colombianos en los claustros de Pamplona, y con los libros azufrados de Vargas Vila, se relamía de gusto oyéndome. “Está usted delirando como Bolívar en El Chimborazo, no me ponga en ese trance”. Hubo un momento en que pensé que se me había pasado la dosis, que le iba a dar una pataleta, porque tenía los ojos vidriosos y estaba tieso, empinado como una estatua, con una sonrisa angelical tras la maraña de la barba. Antes de que cayera en éxtasis lo regresé con un suspiro hondo. Don Cipriano--le dije asumiendo un tono paternal--, no puede usted seguir brindando armas a sus enemigos para que lo destruyan; como hombre de la Iglesia que soy, sé que esos mojigatos no condenan el pecado cometido sino el descubierto, aceptemos entonces el consejo supremo de la milenaria sabiduría de mi Iglesia: quien no puede ser virtuoso debe ser prudente; los cabrones caraqueños proclaman tramposamente la prudencia del disimulo como la virtud máxima de la política, entonces démosles a beber de su propio jarabe, que las palabras de ellos vayan adelante: recibamos sus mujeres y perfumemos nuestros sables palatinos en sus rosas encantadas, pero con la prudencia de rigor en estos menesteres, tras abanicos y damascos, para que la virtud social no se ofenda.

Don Cipriano, vuelto en sí, me miraba con aquellos ojos suyos que eran candela pura y sonreía. Me echó el brazo sobre el hombro y me dijo: “Esto merece otro brandy”. Nos metimos la botella entera. Me contó su historia, con puntos

y comas, aficándose en los pasajes épicos de la rútila prosa de don Eduardo Blanco, el autor de “*Venezuela Heroica*”, aquel viejo que perfumó con pólvora el fragor de esas páginas, tan querido de todos nosotros, y enterneciéndose, como José Asunción Silva en sus *Nocturnos*, cuando se deslizaba a los lances amorosos, que fueron el aliño de su agitada vida de soldado, tan parecida a la de Bolívar...

--José Asunción Silva se suicidó después de la muerte de su hermana; dicen que estaba enamorado de ella. Eso me interesa por lo del suicidio de Rangel. Me gustaría que tratáramos ese tema...

--Castro recitaba. Le dije: Está usted en una tarde de inspiración suprema. Fui sincero. Cuando escanciamos la última copa, irguió su metro sesenta y dijo:

--Recordemos al inigualable Omar Khayyam: “Señor: mil celadas invisibles preparaste en la ruta que recorreremos y nos dijiste: ¡Miserable de aquel que no sepa salvarlas! Tú todo lo ves y todo lo sabes. Nada acontece sin tu licencia. ¿Somos pues responsables de nuestros pecados? ¿Puedes acaso censurar mi rebeldía?”

--Debe tener cuidado, General --insistí.

--Lo tendré Borges, no se preocupe. No me agarrarán dormido en mis laureles.

--No confíe en Bowen. Ese gringo es un pícaro.

--Tranquilo, Borges; al ministro Bowen me lo meto en el forro de las turmas.

--Póngale cuidado a lo que escribe Zumeta, el hombre está enterado y tiene un sexto sentido. La guerra de los boers es un ejemplo de hasta donde son capaces de llegar los ingleses con su rapiña, lo de Colombia es una ñema huera y los norteamericanos no son confiables. Fíjese en lo de Cuba, Panamá, Nicaragua y Santo Domingo. Recuerde a Bolívar.

--Lo sé, lo sé. Somos una pequeña pieza del reloj de la historia.

--De un juego de intereses, General. Y eso lo sabe su compadre, y quienes lo rodean.

--La cabeza de la culebra...

Me acompañó hasta la puerta del salón. Me habló sin mirarme, como si estuviera solo.

--Quiere decir entonces que el compadre Juan Vicente, que todas las noches se pasa por la bragueta una mujer distinta, condenando a la comadre Dionisia a perpetuo ayuno, piensa que como el negro Crespo en los fustanes de misia Jacinta, debo yo recogerme como un pingo en la entrepiernas de doña Zoila; dejemos que se madure en su rama, pero no lo complaceré Borges, ni a él ni a esa cuerda de patarucos que le están cacareando en la pata de la oreja para que me envaine: si piensa que me puede joder, que lo intente, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y deseos no empreñan, porque cuando él va yo ya vengo. No voy a cambiar, Borges, no tengo por qué

complacer a los gachupines caraqueños: si esos patos me atraviesan sus mujeres las piso, y deberían darse con una piedra en los dientes antes de censurarme. Está usted en lo cierto, soy un guerrero de la montaña, pero también poeta, y cuando la Patria me lo permite me dejo arrastrar por las musas, pero ¡carajo!, yo digo como Rubén Darío: la mejor musa es la de carne y hueso... Le agradezco su diligencia, Borges, usted es mi amigo de verdad, pero no se deje utilizar por esos toches; cuando vayan a usted con esa monserga, dígalas que ya usted me informó y que le respondí que si están soñando con tumbarme que se bajen de esa nube: el que quiera joderme tiene que tener cuatro cojones, porque para pescar guabinas hay que mojarse el culo.

--¿Y Rangel, Padre?

--Es verdad, tú viniste para saber de Rangel y me engolosiné con Castro. No es mucho lo que sé del Bachiller, pero puedo ampliarte lo de la situación política que le tocó. Agarrando aunque sea fallo, más vale poco que nada. Empecemos por el final. Después de la Revolución Libertadora organizada por Matos y del bloqueo, el trance político más difícil para el General Castro fue el de la peste bubónica, porque de nuevo lo puso en la mira del odio de las Potencias, que no terminaban de sacarse la espina. Todos los que querían tumbar un gobierno inventaban una Libertadora, así le pasó a Matías Salazar y Guzmán Blanco lo envainó, y Castro envainó a Matos, enriquecido

por Guzmán. A la Libertadora de Matos la aplastó Castro en La Victoria. Pero con la peste bubónica el asunto no fue tan fácil, porque una cosa es la guerra y otra la política. Y la peste bubónica es una vaina muy seria, tú como médico lo sabes; las epidemias no respetan a nadie, ni a los santos, y los rezos no surten efecto, y eso lo sé yo. Cuando el cólera atacó a Nápoles en 1834, dijeron que la Virgen había salvado la ciudad, por eso le dieron el título de Virgen del Cólera, pero cuando varios años después repitió, Nuestra Señora no fue capaz de mayor cosa y en los barrios la pitaban, como al Libertador cuando salió por última vez de Bogotá. Con la peste bubónica se le venía encima a Castro un infierno. Como genio intuitivo lo vio clarito. Creo que esa intuición le hizo pensar en Rangel. No sé hasta dónde llegaba su relación con el Bachiller, pero pienso que lo respetaba, porque de no ser así no lo hubiera elegido para enfrentar lo que a todas luces sería un problema gravísimo. Por retazos de lo que le oí en aquellos días, deduzco que lo conocía bastante bien, y lo apreciaba por andino y porque sus vidas se parecían un poco. Rangel era el que más sabía de esas cosas de laboratorio. Por eso lo nombró, porque para él lo importante y prioritario no era favorecer prestigios dudosos sino atajar la peste en La Guaira para que no se regara por todo el país; tú sabes que una vaina de esa magnitud no se para con títulos, sino con conocimientos, y tenía que actuar rápidamente porque el doctor Rosendo Gómez Peraza,

sin la prudencia aconsejable, ya había denunciado unos casos. Se le fue la lengua. Y el taimado Bowen aprovechó. Lamentablemente, Rangel se enredó con el asunto. Fue lo que oí. No sé qué le pasó. Primero negó la vaina y después dijo que sí, que era peste bubónica. Una loquera de marca mayor. Si hubiera dicho desde el principio que era peste bubónica aunque no fuera cierto, al no darse la epidemia hubieran calificado nuevamente a Castro como salvador de la patria, por la rapidez de su actuación y lo acertado de su nombramiento, pero eso lo pienso yo aquí, bebiendo brandy. Rangel se chorreó; culipandéo. Como puedes imaginar, esa vacilación, en aquella época de tantos intereses en pugna, resultó fatal para él, y para el gobierno, porque ya la Compañía de Teléfonos y el cónsul americano habían advertido a sus naciones sobre el asunto. En ese tiempo todos los europeos eran espías de sus naciones, y más en Venezuela, por el permanente desafío de Castro. Rangel se puso como loco, y no era para menos; pobrecito. Se chorreó como un pendejo, como lo que en realidad era. Quiso estar bien con Dios y con el diablo. No estuvo a la altura de la situación. Le faltó picardía, que en política es muy útil. Quizás pensó que si de una vez confirmaba la peste cerrarían el puerto y lo pondrían en cuarentena, y eso no se lo perdonaría Castro si estaba equivocado. Se vio en chirona. ¿Qué hacer? Seguir buscando. Y el tiempo corriendo, y los rumores en todas partes. Dio con la bicha. Eso fue lo que dijo. Que ahora sí, que la había encontrado

en algunos roedores. Actuó sobre eso. Quemó ranchos. Puso a la gente a cazar ratas, que se pagaban a medio real cada una; dijeron que se atraparon unas sesenta mil, pero se deslizó que era mentira, que se habían robado ese dinero, que todo aquello era un turbio negocio de gente inescrupulosa, lo mismo que la fabricación y venta de la llamada linfa de Haffkine, un suero contra la peste que preparaba Rangel. Los chismes no tardaron. Que sus investigaciones estaban mal hechas, que la peste era una cortina de humo del gobierno, que se abusaba con la gente más pobre.

Dudas por todos lados. Y nunca fueron despejadas totalmente. Rangel se convirtió en palo de picar huesos. Sus enemigos le cayeron como el cochino a la albóndiga. Empezó a trabajar día y noche, aguantando el chaparrón de críticas, porque la jauría rabiosa aprovechó la oportunidad que por mucho tiempo había estado esperando para cobrarle sus desplantes, para cagarle el alma, y más que la de él, la del general Castro, que era la diana. Al principio la confusión fue horrorosa, y fue verdad, hubo mucha basura que hizo negocio con eso de la peste, vendiendo vainas para prevenirla o combatirla, vainas que no servían para nada, por supuesto, los aprovechadores de todos los tiempos en las catástrofes públicas, la picaresca que forma parte de nuestra mugre, pero los notables abombaron el escándalo, porque con la peste, que les importaba un

carajo, jodían a Castro. Había llegado el momento. Casi nueve años esperándolo. Pero la peste existió y mató gente y vivió Venezuela en gran peligro. Mientras tanto Rangel iba y venía como un trompo tatareto, compraba ratas y ratones muertos porque eran reservorios de la enfermedad, que transmitían las pulgas, y quemó ranchos porque eran los focos de la epidemia. Todos los días telegrafiaba al General pidiéndole consejos y ayuda, como si fuera la Virgen de la Peste Bubónica. No hallaba qué hacer. Se burlaban del pobre negrito atribulado, metido en camisa de once varas. Y Castro también a punto de estallar, como un poporo maduro. Cuando le comenté lo que oía en la calle y en las tertulias políticas, con su soberbia de siempre me respondió: “Ya el Bachiller tiene al toro agarrado por los cachos; déjelos que jodan, que el tiro les va a salir por la culata”. El tiro le salió a él, y Rangel se hundió también. Porque ese fue el principio del fin para los dos.

--Usted dice que el General Castro apreciaba al bachiller Rangel porque se le parecía un poco, ¿en qué?

--Por supuesto que no en lo libertino ni en lo valiente. Tampoco en la sagacidad política. Ambos eran andinos, pequeños, endebles, muy quemados, exseminaristas, inteligentes, empeñosos, sedientos de gloria, y los dos habían perdido la madre en la infancia, y Bolívar. Castro la perdió el mismo año que un terremoto destruyó el pueblo donde había nacido, Capacho Viejo,

dos tragedias inmensas, una vaina extraña; sácale punta a eso, que parece griego... Pienso que Castro sintió la necesidad de proteger a Rangel. Así lo pienso porque en los días de la crisis de la peste bubónica, al oír yo tantas críticas al Bachiller, como acabo de decirte, me pareció de lealtad informarle al General y sugerirle que aceptara la recomendación de sustituirlo con el doctor José Gregorio Hernández, cuyo curriculum científico era indiscutible, y con una gran aceptación social. Pelé cacho. Como si yo le hubiera metido un chicote en el rabo, gritó furibundo: “¡Esa vaina sí que no; si eso es lo que le han susurrado los malditos godos, que se vayan al carajo a joder a su madre; Rangel seguirá al frente de la campaña contra la peste, porque es el que más sabe de esa joda y porque a mí me da la gana, el doctor Hernández que se quede con sus santos o que regrese a la Cartuja!”

--Varias veces en esta conversación usted ha hecho alusión despreciativa de la godarria caraqueña, ¿a quién se refiere usted específicamente?

--¡A quién va a ser! A los oligarcas. A los apellidos ilustres de Caracas, los descendientes de los encomenderos, los mantuanos y los grandes cacaos; los que siempre han boyado en el mar proceloso de la política venezolana, desde Páez para acá: dueños del dinero y amos de los gobernantes que la resaca política lleva hasta el Poder. Y yo soy del linaje, no olvides que vengo de Andrés

Bello. Para que Páez se cogiera a Venezuela le calentaron la oreja diciéndole: “Usted es la patria, general”. ¿Puedes creer esa vaina? Bolívar había arruinado su fortuna y su vida por la patria, y resultó que la patria era Páez. ¡Qué grandes carajos!

--¿Y su Iglesia?

--Ya te lo dije. No me pusiste cuidado o eres tonto. No tengo por qué defenderla ni ocultar sus vicios, porque no soy escarapate de nadie, y la critico sin ocultar los míos, y echando por delante sus virtudes, que son muchas. La Iglesia ha estado siempre, aquí y en cualquier parte, muy cerca del poder político, para apoyarlo o para combatirlo. La Iglesia no es asunto de Dios, que está arriba mirando, sino de este mundo, que es donde se bate el cobre. Es santa, pero también temible, y pragmática, porque no es la invitada para un arroz con leche, es uno de los pilares del Estado, aunque no tenga calificación oficial, por eso Bolívar, que la tuvo encaramada en los primeros días de la Independencia, trató de disminuirla para hacerla más liviana, y Guzmán fue más allá: trató de eliminarla, pero se murió con la ganas. La masonería, ¿comprendes?... La Iglesia traza los caminos del más allá, pero esos caminos atraviesan primero el reino inevitable del más acá... Decimos la Iglesia, pero no es así: nosotros las ovejas, los pobres mortales, no tenemos nada que ver con eso, son los altos dignatarios de la jerarquía eclesiástica quienes

manejan las cuerdas; esa es su sabiduría milenaria, la sabiduría del comprender y aceptar la realidad, que como las hojas tiene una parte clara y otra oscura. Ha cometido errores gigantescos, es cierto, pero sus responsabilidades han sido también inmensas, y nadie puede negar que en el seno de ella se han dado espíritus muy altos, almas limpias entregadas en cuerpo y alma a su ministerio, verdaderos apóstoles de Cristo, como el cura Montes de Oca, un caroreño excepcional, de quien podemos hablar después, porque sé que te va a interesar, aunque también medran en ella muchos curas pendejos que creen que los obispos mean agua bendita, o de guiso y olla, como los llamaban en la Conquista, que solamente piensan en comer tres veces al día, con merienda y bocadillo, dormir la siesta y acumular modestas fortunas que les permitan una vejez sin demasiadas urgencias.

Ya en la puerta, el inspirado General Castro, sosegado por el mucho brandy, a manera de despedida me dijo:

--Pare la oreja Borges, porque será la única vez que diré lo que va a escuchar; usted sabe que no me gusta dar cuenta de lo que hago ni acepto que actúen por mí, y en eso me parezco al Napoleón que no permitió que el Papa lo coronara, sino que lo hizo él mismo, porque la corona no era del Sumo Pontífice, sino de su gloria militar. Cuando tomé la decisión de salvar la patria, estaba enterado de las

dificultades que enfrentaría y de sus riesgos. Resonaban en mí, en ese momento, como bronces a rebato, las enseñanzas de mi maestro el doctor Federico Bazó, un trujillano ilustre, de Valera, sabio y ponderado, probado en la cárcel por sus ideas, perseguido del guzmancismo, un gran señor, con la misma estatura de Monseñor Jáuregui, trujillano también, pero godo, como usted sabe. Me lancé a la gloria sin mirar para atrás, llamado e iluminado para esa misión por fuerzas superiores a mi entendimiento, pero que un hombre de fe como usted puede aceptar. ***“Fortuna audacis iuvat”***. A usted mismo se lo he oído, pero eso es en los lances supremos, en los de vida o muerte, después, si usted no actúa con inteligencia y sagacidad, Fortuna le da la espalda, y si se descuida le agarran las nalgas. Sé que muchos me toman por arrebatado, pero mis actos, que en la rapidez con que los ejecuto parecen impulsivos, pocas veces son el relámpago de la inspiración o el instinto. Dejo correr esa conseja porque me conviene, pero es lo contrario: resultan de reflexiones acumuladas, sopesadas con discernimiento en los dolores de la soledad. Lo primero que aprendí fue a no dejarme faltar el respeto, y eso explica mis respuestas violentas, lo que algunos tildan de malas pulgas. Cuando en mi juventud, en Táchira, le eché un tiro al cura Cárdenas, fue por eso, por falta de respeto; me pusieron preso, pero me fugué de la cárcel porque yo no cometí ningún delito, sino que le paré el trote a un abusador. Cuando le zampé por el

trасero la patada al cónsul holandés, no fue porque en ese momento me dio la gana, sino porque lo tenía dispuesto para el primer diplomático que intentara darme consejos indignos o hacerme proposiciones inaceptables; yo quería probar la reacción de las Potencias, y fíjese que no pasó nada, porque perro que ladra no muerde.

No soy monedita de oro, pero tampoco un huevón. Por eso le digo, Borges, que quienes a usted lo mandaron son simples peones de una complicada partida de ajedrez. Al compadre Juan Vicente, que escribe culo con k y se marea cuando lee más de una página, le han metido en la cabeza que es el hombre necesario que el momento demanda; el doctor Leopoldo Baptista está en eso desde hace mucho tiempo, y el compadre se lo está creyendo, ¡lo pagaré caro! Usted sabe que el doctor Baptista es sobrino del León de la Cordillera, a quien yo derroté en los días de Crespo, de ahí viene una enemistad solapada que todavía no ha sido resuelta. Pero al compadre Juan Vicente, desde el primer día, allá en la frontera, donde nos conocimos, lo tengo muy bien pesado, con mierda y todo. ¿Cree usted que si yo no hubiera visto su ambición debajo de la costra de su falsía, lo hubiera tentado? Pero él también es una pobre pieza, un peón al que quieren coronar como caballo. Detrás de eso están los aristocráticos alfiles de su Iglesia, Borges, y me perdona la herejía, esa Iglesia a la que usted tantas vainas le ha echado, y a la que yo alguna vez

pertenecí, pero que lo ha tolerado porque sabe que usted es hombre conveniente que cabalga entre lo terreno y lo divino, un comodín para cualquier partida, y aquí ahora, porque se sabe que usted es mi amigo, y que para mí la amistad es más importante que la gloria. No soy ningún pingo, sé que su Iglesia me cobra la rebeldía de Bolívar, porque todo fue fingimiento; la Iglesia nunca creyó en el tardío acatamiento de aquel masón arrepentido, entre otras cosas porque sabía que Bolívar no se arrepentía de nada, a pesar de la buena voluntad que exhibía en público Monseñor Lazo de la Vega, el Obispo de Mérida de Maracaibo, que así se llamaba la Diócesis en aquellos tiempos de terremotos e imprecaciones al Dios de las Alturas. Monseñor Lazo de la Vega olvidó los días en que predicaba a favor del rey, se hizo republicano y se fue a Trujillo a abrazar al Libertador; mejor dicho, a poner sus zapatillas coloradas en el suelo. Su Iglesia también me cobra la factura que le quedó debiendo Guzmán Blanco, que cerró templos y conventos, persiguió curas y monjas y echó del país a los jesuitas, que son unos grandes coños, aunque trabajan como hormigas; Guzmán, realmente, fue un canalla, y en su momento lo enfrenté para acabarlo, pero lo de la Iglesia se lo perdono, el no caer en la mojiganga de Bolívar, que mató el tigre y le tuvo miedo al cuero; Guzmán no, Guzmán se cogió el templo de San Pablo y lo convirtió en sede de la gran logia masónica, sin aguársele el ojo, porque no era ningún huevas de unto y

sabía dónde estaba parado. Su Iglesia quiere, igualmente, cobrarme las necesarias e inevitables atrocidades de la guerra de los cinco años, en particular las de Ezequiel Zamora, quien no se echaba para atrás a la hora de tener que matar godos, y tenía razón, porque nunca se le curó la llaga que le dejó en su juventud el cachetazo que le dio un terrateniente, porque la historia, Borges, está levantada sobre las minúsculas piedras de los detalles. Y sobre todo, quiere cobrarme el problema que tuve con Monseñor José Manuel Jáuregui, un carajo inteligente, hacedor de intelectuales, andino como yo, pero conservador hasta la pared de enfrente.

Cómo no, yo reconozco en Jáuregui un hombre excepcional, un hombre que le ha servido con denuedo a la patria en los campos de la educación, con su colegio allá en La Grita, donde se han formado jóvenes de mucho talento que en su hora serán prohombres de la república, pero tiene sangre de godo, y para servirla ha actuado toda su vida: predica la paz y señala caminos de virtud, pero debajo del balandrán le hierve la fiebre perniciosa de la política oligarca, y la peor de todas, Borges, la que promete la salvación del alma a quienes reconocen títulos y derechos de por vida; una peste, Borges, y esa peste hay que terminar de acabarla si queremos que este país se levante de sus cenizas para la glorificación bolivariana. Jáuregui, sépalo de una vez, no es un apóstol de Cristo, sino un caudillo de

la Iglesia: yo no he castigado al sacerdote, ¡no señor!, yo reconozco de los hombres la inteligencia y la valentía, y no quiero meterme con la Iglesia, he condenado al político, a quien en un momento muy difícil para la Restauración, allá en Borotá, en Táchira, en el terruño querido, quiso desanimarme diciéndome que mi propósito era una locura, que la insensatez de mi alzamiento comprometía la salud de la república, e invocando la caridad cristiana, me exhortó a deponer las armas y apagar los fuegos de la libertad; se atrevió a decirme, Borges, que tal y como él veía las cosas desde el tabor de su conciencia, ni por milagro lograría yo salir adelante en lo que calificó de aventura... ¡Carajo! Un sacerdote que no cree en milagros es un hereje. Lo puse en su sitio, como tenía que ser; le dije: “Mucho es mi respeto y admiración por usted, Monseñor, pero no puedo aceptarle su moción, yo estoy enarbolando a nombre del pueblo oprimido, las banderas de la libertad, la decencia, la justicia y la legalidad, y en eso, de mi parte, no hay vuelta atrás; sus palabras, Monseñor, y me disculpa si lo ofendo, no las dicta la caridad cristiana, no son el mensaje de paz de un apóstol de Cristo, sino la fementida moción de un abogado del gobierno, y más que del gobierno, que en este momento no huele ni hiede, de la podrida oligarquía que lo sostiene, y para que se entere, Monseñor, si es que ya no lo sabe, lo más que los oligarcas quieren cobrarme es mi condición de andino, que de las montañas haya brotado un rústico, como dicen ellos, para

poner las cosas en su sitio. Se cebaron en el alma de Páez y Crespo, dos llaneros de pelo en pecho; manipularon a su antojo a los Monagas, que eran reyezuelos en oriente; le hicieron creer a Guzmán que se merecía sus falsos grados académicos y sus estatuas, convirtiéndolo en paradigma del centralismo, pero conmigo se van a joder, y me perdona el exabrupto, Monseñor, porque llegó la hora de los Andes, y vamos para largo”. Con Jáuregui he podido ir más allá, pero quise ser magnánimo: dejé que se fuera del país. ¡Ay, Borges!... Entre sotanas y oligarcas hemos estado un siglo, hay que cambiar eso, y me perdona, porque usted es hombre de la Iglesia, pero también de este mundo nuestro de todos los días, por eso es mi amigo, porque yo no veo su sotana, sino los pantalones que hay debajo... Algún día tendremos una Iglesia nuestra, sin que el Papa meta sus pezuñas en ella.

--Se dice, padre, que el bachiller Rangel fue el chivo expiatorio de los aduladores y aprovechadores que rodearon, primero, al general Castro, y después al general Gómez, ¿fue así?

--No, chico. Esa vaina la dijeron quienes no pudieron entrar a aquel círculo de privilegiados, en el que yo estaba, porque no te voy a negar mi participación, no olvides que mi apellido Requena pertenece a los encopetados de la Colonia; pertenezco al linaje de Andrés Bello, y de los próceres Mariano y Tomás Montilla. Rangel no era nadie

políticamente, no tenía peso específico; no estorbaba. Tal vez algunos médicos del hospital no lo veían bien, pero eso es muy común, eso pasa en todos los ambientes de trabajo, pero de ahí a que haya habido una conspiración para hundirlo, es necesidad de resentidos. Que hubo un complot contra él es insostenible, hubiera sido gastar pólvora en zamuro, y el objetivo era un cóndor; piénsalo: ¿Qué se ganaba con eso? ¿Qué importancia podían tener un microscopio y unos tubos de ensayo frente a los intereses de la explotación del asfalto, la construcción de los ferrocarriles o los ingresos de las aduanas, que estaban en la mira de las grandes potencias? Lo de Rangel no pasó de rencillas gremiales, de celos profesionales pedestres, a los que son tan proclives los médicos, respetando lo presente. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. El resbalón de Rangel en La Guaira ayudó a tumbar a Castro por carambola, se atravesó y se lo llevaron por delante, pero en lo que verdaderamente estaba en juego, Rangel era un cero a la izquierda... Tú eres un tipo inteligente, no te embasures con cuentos de caminos, no te des mala vida con eso, olvídalos.

--Pregunto, padre, por eso quería hablar con usted... Se dice también que en los días más difíciles del bachiller Rangel, por el asunto de la peste bubónica, le negaron una beca porque era negro, una beca que pudo ser su salvación.

--Bueno, eso es verdad. El general Leopoldo Baptista, que en ese momento estaba en el punto más alto del poder, negó esa beca, aunque era paisano trujillano de Rangel. Leopoldo era bastante difícil, le gustaba embrollar las cosas. No sé si conoces cómo llegó a ser la segunda figura del Gobierno... pero eso es muy largo, y me está entrando el sueño.

--Y el doctor José Gregorio Hernández, a quien usted debió conocer bastante porque era hombre de la Iglesia, ¿qué papel jugó en todo eso?

--Pues no; tampoco lo conocí bien personalmente, porque nuestros caminos eran divergentes, aunque oía lo mucho que de él andaba de boca en boca. No olvides que yo tenía fama de brincón. La virtud impoluta y la carne no hacen buenas migas. Hernández era un hombre virtuoso, lo reconozco, pero la virtud sin tentaciones me sabe a paja... Se habló mucho entonces de una supuesta rivalidad científica entre el doctor Hernández, ya en tránsito hacia la santidad, y Rafael Rangel, quien había sido su alumno. No sé hasta qué punto fue verdad, porque, como acabo de decirte, ocurría en los ambientes universitarios, de poco relieve entonces. En aquellos días de terrible efervescencia política, el que no era goda era liberal. Por relaciones sociales en Barinas y los Andes, la familia del doctor Hernández tenía calificación de goda, de conservadora extrema, con un cierto matiz aristocrático, tanto que el mismo doctor Hernández trajo de España el libro-

pergamino expedido por el Decano de los Cronistas de Armas de Su Majestad Católica, debidamente registrado y sellado en el consulado de Venezuela, para que no quedara duda de su prosapia. Una bolsería imperdonable en un hombre de su talento. Cuando me lo dijeron, su imagen se me cayó de platanazo. Pero pensándolo bien me di cuenta que uno de la noche a la mañana no puede desvincularse de lo que por años le metieron en la cabeza, y a la prueba me remito, fíjate que acabo de empinar me con el apellido Requena... Tengo entedido que el doctor Hernández no era fácil; que se mantenía a cierta distancia de la gente que no estaba dentro de su círculo social. Eso le trajo problemas en sus primeros meses de profesional: en Isnotú no duró mucho, diz que para no quitarle la clientela a su padre, quien allí pasaba por médico y boticario, pues su amor filial no le encontraba los defectos que censuraba al otro médico-boticario del pueblo, al que descuartizaba cada vez que podía. Pensó radicarse en Valera, pero el caciquismo de medio pelo imperante en esa ciudad, contó después, le desagradó. Para su negocio, como calificaba a la práctica médica, buscó algo mejor en Boconó, después de averiguar que allí había gente rica y médicos que por su vejez e ignorancia no le harían peso, pero no le abrieron las puertas. Fastidiado de Trujillo, fue a establecerse en Colón, en el Estado Táchira, pero el gobierno liberal local lo expulsó por godo. Intentó cambiar los Andes por Oriente, pero el resultado fue peor: naufragó frente a

Carúpano, mal presagio que lo hizo regresar a Caracas. ¡Una odisea! Los castristas rabiosos lo tenían fichado, y yo oía los comentarios. Basados en consejas pensamos que el catire Leopoldo, que en alguna oportunidad en los Andes pudo tener algún roce con el padre de Rangel, negó la beca al pobre negro para cobrar alguna vieja ofensa lagartija, pero no para que se suicidara, sino para arruinarle la partida, aunque mejor hubiera sido una buena pela, a él o al padre, lo que en esa época dictaba la costumbre para los enemigos menores, si es que fue ese el fondo del asunto... Maneja con cuidado estas informaciones porque estoy conjeturando, y uno cuando está pisco habla muchas pistoladas.

--No se preocupe... Resumamos esta primera parte. Usted no conoció bien a Rangel ni a José Gregorio Hernández, pero vivió la época a plenitud, en lo bueno y en lo malo, y estuvo muy cerca de los protagonistas. Usted descarta que Rangel haya sido víctima de una conspiración, un chivo expiatorio, como han creído algunos, pero por su formación y ejercicio eclesiástico, y por poeta, también conoce el alma de los hombres: ¿Cuál cree usted, entonces, que pudo ser la causa del suicidio?

--Me pones en un aprieto, entre otras razones porque los poetas, cuyo es el mundo al que pertenezco, no somos sicólogos, somos intuitivos, quién sabe si

instrumentos desechables interpuestos entre Dios y sus criaturas, como nos maldice Platón en su República, poniéndonos una chapa que todavía no hemos podido sacudirnos... Conocí a dos poetas suicidas, que estuvieron muy cerca de mi afecto y admiración: José Asunción Silva y José Antonio Ramos Sucre. Ambos eran apasionados a su manera, muy raros... Tú querías saber de José Asunción Silva y su hermana. Bueno, mantuvo con ella una relación íntima bastante extraña, un enamoramiento sublime pero peligroso, y socialmente inaceptable; cuando ella murió, no pudo él soportar la separación definitiva y decidió recuperarla en la muerte... Ramos Sucre era un solitario invulnerable a la amistad y el amor, pero tras esa máscara de misoginia se escondía algo que ninguno de sus amigos quisimos adivinar; la vida se le convirtió en un infierno, no encontró sosiego en la erudición, perdió la facultad de dormir y ante el temor de volverse loco se suicidó... Pensando como poeta, y un poco también como cura, creo que los suicidas sensibles se meten, consciente o inconscientemente, en un torbellino de pasiones que les van chupando el alma hasta dejarlos vacíos, entran al vértigo y van a dar a un callejón sin salida, de donde les es difícil regresar; la vida se les torna inaguantable y para liberarse de pesares se entregan a la muerte.

--Al parecer Rangel era un hombre tranquilo, desapasionado, nada polémico; como usted mismo me ha

dado a entender: un cero a la izquierda: ¿cree usted que entró en uno de esos torbellinos?

--Esos torbellinos no siempre son externos. A veces son fuerzas internas, más imaginadas que reales; lo de Ramos Sucre. Pero que alguien sea socialmente un pendejo como Rangel, no quiere decir que sea insensible. Creo que fue un hombre sensible, pero no te puedo decir cuáles fueron sus debilidades.

--Usted ha hablado de una jerarquía eclesiástica con intereses personales e institucionales, que hace política, distanciada de los curas menores y las ovejas, ¿no? Interpreto que esos curas menores, obligados a la obediencia y al voto de pobreza, hacen el trabajo duro, de catequesis, y están al margen de las grandes decisiones de la Iglesia. ¿Dónde ubica usted a José Gregorio Hernández, quien fue la imagen de la caridad y la santidad de la Iglesia en aquel tiempo, pero a quien también se le culpa de haber sido indiferente en la situación que llevó a Rafael Rangel al suicidio?

--Nadie puede decir con exactitud dónde termina el mar y dónde comienza la playa. En muchas de las cosas de la vida sucede igual: aunque nos empeñemos en trazar límites no podemos precisarlos: hay entre los sucesos una banda en esfumino que confunde, y en la que se originan problemas no fáciles de solucionar por lo mismo. Sinceramente, ya te lo dije, del bachiller Rangel

oí poco, entre otras cosas porque era poco lo que de él se hablaba en las altas esferas del gobierno: políticamente era un personaje secundario (retiro lo de pendejo, creo que exageré); además, yo me movía en otros lugares, muy alejados de la medicina. Tampoco del doctor José Gregorio Hernández conozco mucho: sé lo que todos en esa época sabíamos, lo que se contaba y te he contado. Pero tenía más prestigio que Rangel, eso sí, por su conducta religiosa excepcional, extraña si tú quieres, pero intachable, y por su calidad de profesor universitario: un diamante desde cualquier punto que uno lo mirara. Hernández era hombre de la Iglesia, es verdad, y un ídolo: admirado por todos, inclusive por quienes no eran religiosos; Caracas lo adoraba. Tú conoces la historia, sabes que él en aquellos días había descendido de su alta posición en la universidad, hasta el humilde ejercicio de médico de los pobres, a quienes no cobraba, para convertirse en siervo de Dios, por ello todos se conmovieron cuando abandonó su secularidad para enclaustrarse en la cartuja de Lucca. Se comprende, porque por su trabajo apostólico y su santidad eran conocidos de los de abajo y los de arriba. Cuando me dieron la noticia no le encontré pies ni cabeza, porque la santidad es en cierto modo heroicidad; si tú quieres, heroicidad callada, lenta, voluntaria y sin tregua, un río que fluye; no es espasmódica, ni obligada, ni casual. Si era a eso lo que aspiraba, por vocación y devoción, le resultaba más recto el camino a través de esa medicina

caritativa, consoladora y abnegada, que renunciando a la mundanidad, que para él no sé en qué consistía, porque cuando no estaba en su casa o en la universidad, estaba en algún lugar orando o haciendo el bien. A mi juicio, que dirán que es el de un libertino, el enclaustramiento religioso es egoísta y sirve para muy poco: la lucha, como enseñó Cristo, está en el mundo de todos los días, contra las fuerzas del mal, extrañas o propias. Recuerda que Jesús predicó en un lupanar, y anduvo con María de Magdalena, que antes de conocerlo era una come gallinas. Para mí, sinceramente, la santidad tiene que ser útil, y probada. Yo me he enfrentado a Dios; así como lo oyes: he peleado mucho con Él, terriblemente, con desesperación. Sé que la gente me juzga mal y me censura el como soy, porque ignora las tormentas que me sacuden el alma. Cuando he abandonado la Iglesia, es porque he llegado al límite del pecado y me siento sucio para merecerla, pero cuando en la calle me agoto arrastrándome en las miserias de la carne, regreso no por conveniencia, sino porque no puedo vivir sin Dios y sin mi rebaño. Muchos, sin conocerme realmente, sintiendo que sus pecados son menores que los míos me han arrojado las piedras bíblicas, pero Dios no daría por ellos un plato de lentejas, ¿comprendes? Porque no creas que es fácil para un hombre de mi temperamento, renunciar, como San Juan de la Cruz o Santa Teresa, a los placeres de la vida, en particular los de la carne, el sexto y noveno mandamientos juntos, tú sabes, para llevar... no

digamos farisaicamente la dignidad sacerdotal, sino para no estallar bajo la camisa de fuerza que impone la sotana. Cuando visto de cura no estoy fingiendo, me siento tan digno como cualquiera que no haya quebrado nunca un plato, y cada minuto de esa vida, que acepto con humildad y fe, equivale a un día de un estilista, porque debo vigilarme con todas las luces del entendimiento para no caer. Cómo será, que muchas otras religiones ceden en ese punto de la carne, y otras hasta lo estimulan poniéndole máscaras. Eso no lo ve la gente que pasa al lado de uno y piensa que esto es fácil. Por eso te digo que cuando Hernández se fue a la cartuja no lo entendí, porque me pareció que renunciaba a la lucha con Dios, que para mí es la esencia de la gracia y la piedra angular de la santidad. Lo que tiene valor en la vida de los hombres, es la lucha contra las debilidades, y como somos criaturas débiles caemos, pero podemos levantarnos y seguir, y así hasta que Dios se apiade de nuestra pobre condición humana, ¿comprendes? Lo congénito o decidido por el destino, por los hados, para el bien o el mal, carece de categoría ética. Frente a una decisión de tanta trascendencia como aquella de Hernández, quien como yo conozca la vida de los santos no podía en su interior acallar preguntas esenciales, aunque echadas a la voracidad pública parezcan cargadas de maldad...

--No debo decirle que coincido ni que estoy en desacuerdo con usted: ando buscando información que

me ilumine la tragedia del suicidio de Rafael Rangel para tratar de encontrarle una explicación, si es que la tiene, por eso tengo que ser objetivo; debo mantenerme en un punto de equilibrio que me permita la imparcialidad hasta donde sea posible. Mis preguntas no tienen una intención polémica sino de averiguación: escucho las respuestas y las guardo para analizarlas después... Alguien, no recuerdo quién en este momento, intentó poner de frente, históricamente, a Rafael Rangel y al doctor José Gregorio Hernández, confrontación posible porque ambos fueron hombres de ciencia, de la misma época, cercanos en la relación universitaria y paisanos, aunque no tuvieron caminos paralelos sino de cruce circunstancial, a veces coincidentes en los aspectos de laboratorio, divergentes en lo personal y francamente antagónicos en lo social; pienso que es de ahí, precisamente, de donde surge eso que no sé si es conseja o hecho real: que entre los dos hubo irreconciliables diferencias en el modo de entender la medicina y la vida, que terminaron dándole a aquella relación, al principio bastante impersonal, una tirantez cercana a la enemistad. Por eso insisto en lo del doctor Hernández.

--Preguntando se llega a Roma...

--Le agradezco mucho, padre Borges, que haya aceptado esta conversación, que ha resultado para mí un verdadero banquete. Me dijeron que usted es un pico de

oro. Vine porque sabía que no perdería mi tiempo. Debí decírselo al principio, pero me advirtieron que usted es alérgico a las tonterías protocolares, que le repugnan los cumplidos... Lo interrumpo, y me dispensa, no para cumplir con esto, sino para insistir en la relación del doctor Hernández y Rafael Rangel, porque podemos perder el hilo de lo que más me interesa... ¿Tuvo alguna culpa el doctor Hernández en el suicidio de Rangel? La pregunta me parece pertinente, porque el asunto ha sido tratado tanto y con tantas versiones, que se ha tornado confuso. Para mí, se lo digo con el corazón en la mano, lo que importa del doctor Hernández no es la autoflagelación existencial a la que se sometió, sino su ejemplo de que es posible superar la miseria humana del egoísmo y servir a los demás, no para ganar el cielo, sino para aliviar la Tierra; lo que hace del doctor José Gregorio Hernández un venerable, no son los millares de milagros que se le atribuyen ni la íntima vinculación que tuvo con lo religioso católico, sino su trabajo de médico de los pobres, siendo, como era, un ilustre y sabio profesor universitario... Usted no vivió lo suficiente para leer el libro *“Los santos van al infierno”*, la misión de los curas obreros franceses, abortada por Pío XII, de la nobleza Pacelli; en esas páginas se aprende que Dios y el diablo andan a veces muy juntos cuando transitan caminos terrenales, y se ayudan.

--Bueno, has metido la uña en la parte viva de la llaga, que es donde más duele, porque lo demás es

costra. Cuando el doctor Hernández se fue a la cartuja, yo, que siempre viví huyendo de mí mismo, me pregunté: ¿De qué huye este hombre; qué fantasmas lo persiguen que necesita el claustro y la mortificación extrema para escapar de ellos por el aturdimiento? ¿Por qué este doctor sabio y útil, sin vicios visibles, sin pecados conocidos, se va para intentar anularse en un encierro medieval, cuando centenares de gentes enfermas y estudiantes deseosos de conocimientos lo necesitan? Tú sabes que se internó en la cartuja con el nombre de Fray Marcelo, y no aguantó, tuvo que abandonar aquello, y nuevamente me hice preguntas: ¿Por qué no aguantó, qué fuerzas del mundo terrenal lo llamaron con voces tan imperiosas que no pudo desobedecerlas?...Y cuando murió, atropellado por un automóvil, a plena luz del día, en una calle casi sin tránsito, nuevas preguntas saltaron dentro de mí: ¿Por qué no oyó ni vio el automóvil; en qué otra realidad estaba en ese momento su conciencia?... Tú te preguntarás por qué tanto interés si no fue mi amigo, pues porque durante mucho tiempo él fue la imagen de lo que yo nunca podía ser; me maravillaba la brillantez intelectual y la inquebrantable religiosidad de ese hombre, tan creyente como yo, pero diametralmente opuesto a lo que yo fui, te lo digo sinceramente, pero para esas decisiones del doctor Hernández, absurdas según mis puntos de vista, no he encontrado respuestas consistentes... A tu pregunta si el doctor Hernández pudo tener alguna culpa en el suicidio

de Rangel, debo responderte con otras: ¿Crees tú que un hombre como el doctor Hernández, ocupado en su cátedra y su apostolado y preocupado por la trascendencia del espíritu, tenía tiempo para descender al lodo de la intriga parroquial, o envidia por el éxito científicamente modesto de un discípulo aventajado? ¿Opacaba Rangel al doctor Hernández para merecer de este el odio soterrado, que fue lo que insinuaron los buscapleitos del Hospital Vargas? ¡No! Un rotundo ¡no! En esa historia sórdida, urdida por gente de tercera categoría, lo que encuentro es una gran carajada, rencor social: quienes trataron de convertir a Rangel en víctima de voluntades no claramente definidas, a mi entender no buscaban la vindicación del Bachiller sino la propia, aliviar sus frustraciones, porque había entonces grandes e injustas diferencias sociales, eso no es cuento, no podemos negarlo, diferencias que en ciertos círculos estudiantiles e intelectuales producían un malestar de matadura; las había, repito, aunque tantas como ahora, pero echarle la culpa al doctor Hernández, precisamente el más bueno de los hombres en la Caracas de aquellos días oscuros, es, sencilla y llanamente, una gran carajada.

--Padre, mencionó usted a monseñor Montes de Oca, quisiera...

--¡Carajo, lo había olvidado! El almanaque no perdona, ni la caña tampoco. Quería hablarte algo de Montes de Oca por lo que te dije, que en la Iglesia, que

es la viña más rica del Señor, hay de todo. Lo recordé porque él fue el otro venezolano que estuvo en la cartuja, con la diferencia de que aguantó. Creo que fue a dar allá en un desesperado esfuerzo por reafirmarse como ser humano y como sacerdote, como hombre de la Iglesia disciplinado, insobornable y de fe auténtica. Se llamaba Salvador. Figúrate. Había nacido en el desierto de Carora, porque tú sabes que Carora está en medio de un desierto, donde apenas se dan cabras, lagartijas, cujíes, tunas y cardonales, un terronal cuarteado por sequías porfiadas, pero iluminado siempre por soles que son candela pura o lunas limpias, apabonadas: quienes asimilan esa riosidad, esa sed interminable, no pueden ser débiles de carácter; además, monseñor Montes de Oca vino a ser como la quintaesencia de una familia que había dado más de cien sacerdotes a la Iglesia de Cristo. Echale números. Dentro de la jerarquía eclesiástica creció rápidamente por su extraordinario talento, su madurez y su rectitud, hasta que tropezó con la piedra de tranca del gomecismo. En 1927, a los treinta y dos años, figúrate, recibió mitra y amatista como obispo de Valencia, con beneplácito del general Gómez, que Montes de Oca, como otros, no lo asumió como compromiso político, aunque la bendición del dictador valía tanto como la del Nuncio, pero no para él, y lo dio a entender, y ahí, precisamente, empezó su calvario, y digo calvario por sufrimiento y gloria.

--No entendió que con Gómez se había establecido un convenio entre la espada y el incensario, como se dijo después.

--Así fue. Montes de Oca, lejos de mostrarse sumiso a Gómez, con prudencia pero sin miedo no titubeó cuando tuvo que cuestionar las crueldades del régimen. Después enfrentó un problema mayor, y en lo más apretado de la dictadura: se negó a conceder matrimonio eclesiástico al presidente del Estado, general de mucho poder, pero divorciado. Por esa decisión, que no cedió a padrinos, ajustada al derecho canónico, fue sellado como enemigo del gobierno y le buscaron la vuelta para acusarlo de conspirador y obligarlo al exilio. Pío XI, que había condecorado a Gómez por benefactor de la Iglesia, y lo fue por haber acabado con Castro, que era para ella el Anticristo, no escuchó las razones de Montes de Oca. Algunos años después, Gómez permitió que le devolvieran la diócesis, creo que a petición de la hermana mayor del General, que le aconsejó zanjara ese problema con la Iglesia, pero Montes de Oca no permaneció mucho tiempo en Valencia y regresó a Europa para convertirse en monje benedictino y después en cartujo...

--Y en la cartuja murió, en 1944, fusilado por los nazis, acusado de proteger a combatientes de la resistencia italiana...

--No sé, yo ya no estaba en este mundo, porque me fui en 1932. Sé lo que te he contado, y te lo he contado

para que comprendas por qué la Iglesia es eterna: lo es por las grandes figuras humanas que en su seno se han dado siempre, porque si hay tipos como yo, que he sido pecador incorregible, un péndulo entre la devoción cristiana y la mundanidad satánica, hay otros de corazón puro y dignidad irrenunciable como Montes de Oca, arrechos como Jáuregui o santos como el doctor José Gregorio Hernández.

--Cuando usted refirió el enfrentamiento entre el general Castro y monseñor Jáuregui, dijo que el General se sorprendió cuando el monseñor le aseguró que ni por milagro triunfaría su Revolución Restauradora... Noto que en todos estos asuntos políticos y sociales de la Venezuela de Rangel y el doctor Hernández, la Iglesia siempre intervenía directa o indirectamente. Usted ha citado personajes de esa Iglesia, que hacen dudar que estuvieran ubicados dentro de una auténtica fe cristiana. Eso me interesa porque me informa de una faceta de esa sociedad, que necesariamente tenía que marcar a quienes en ella vivían. Pero usted, Padre, ¿cree en los milagros?

--¡Claro, chico; claro! Como hombre de la Iglesia debo aceptarlos, pero como poeta creo en ellos, ¿comprendes? La vida es un milagro; una simple hormiga es un milagro. Quien no cree en los milagros no es inteligente ni sensible. No quiero hacerte la misma pregunta, no me interesa, pero cuando te sientas solo entrégate a la noche, mira los millones de millones de estrellas que en ella titilan y conversa contigo mismo...

--¿Conoció usted a Pío Gil?

--Desde lejos; un cagapelos que se las daba de impoluto, resentido con todo el mundo. Un pequeño canalla que se creía poeta, pero con versos lamentables, dechado de ripios y lugares comunes.

--Pío Gil escribió un libro titulado *Los felicitadores*, en el que hace un retrato de la adulación en la época de Castro y Gómez. Dice allí que para poder medio vivir en Venezuela hay que estar bien con el gobierno, y para eso hay que adular a los gobernantes, y como el favor oficial es para la vileza, en su mayoría la gente se envilece. En ese libro aparece una lista de los aduladores de ese momento, entre los que encontré al poeta Andrés Mata, al doctor Luis Razetti y a usted. En la página 53 aparece lo que usted escribió. Traje el párrafo más emocionado de su alabanza, aquí está: “Entre todos los buenos venezolanos acaso sea usted el único que no quiere convencerse de que, sin la gran luz de la inteligencia irradiando en las alturas del Capitolio, se oscurecen todos los horizontes de la Patria. El sol no cree en la noche”. ¿Subscribiría usted hoy ese párrafo?

--Si Castro estuviera hoy en el gobierno, lo suscribiría. Y te digo más: Pío Gil escribió todos sus insultos en el exterior, cuando se exilió, porque aquí ¡ni de vaina! Era un cobarde.

--Bueno, padre Borges, me retiro.

--Que Dios te bendiga y te favorezca.



## *4.- Memoria de la Inmundicia*

Pude no tener esta conversación con el doctor Pedro María Morantes, porque el día escogido se oscureció de pronto y se desprendió una tormenta que se prolongó hasta muy adentro en la noche. Al día siguiente me llamó Guillermo para informarme que en su biblioteca seguía esperando Pío Gil, que era el seudónimo del doctor Morantes cuando escribía. Me interesaba hablar con él, porque en el velorio de Rangel estaba la hermosa Matilde Alvarado Galavís, su eterna novia que no convirtió en esposa, hija de don Francisco Alvarado, general del liberalismo que hacia 1868 era considerado caudillo principal de su causa en el estado Táchira, donde también nació el panfletista (y Castro y Gómez, no lo olvidemos), categoría esta que a Morantes otorga la historia de la escritura venezolana, aunque también escribió poemas.

No parecía Pío Gil estar a gusto en la biblioteca de Guillermo. Me respondió con sequedad el saludo que con no fingida amabilidad le ofrecí. Vestía con riguroso negro (de fúnebre, hubiera dicho el pintoresco doctor Negrette de Maracaibo, cuyo enrevesado léxico impresionó al

veinteañero doctor José Gregorio Hernández). En la biblioteca se respiraba mal la atmósfera húmeda y caliente que tantos libros malogró, pero no se había quitado el paltó ni la corbata de pajarita. Lucía barba puntiaguda, bien cuidada, y anteojos muy oscuros, pienso que para ocultar la órbita izquierda que en su juventud le vació la caña que soltó un albañil que arreglaba la torre de una iglesia en Mérida, una de sus varias desgracias.

--Se ha dicho que con la llegada de los andinos al poder, en 1899, guiados por Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, se completó el mapa de la nacionalidad venezolana...

--Yo diría que la plasta...

--Y que acabaron con la plaga de los caudillos regionales, que con sus desmanes no dejaban avanzar al país...

--Se lo cogieron para ellos solos; convirtieron a Venezuela en una hacienda de su propiedad, sobre todo Gómez. Unos gamonales sin escrúpulos.

--Usted vivió esa época, ¿qué es lo que más recuerda de ella?

--Una época de la que no quiero acordarme... Sobre aquellos dos cuatreros publiqué tres libros, *Los felicitadores*, *Cuatro años de mi cartera* y *El capitán tricófero*, Cipriano Castro. En ellos puede usted encontrar lo que pienso de esa inmundicia.

--Los conozco. Los he leído. Tengo mi concepto sobre eso, pero quiero el suyo. ¿Qué diferencia había entre Castro y Gómez?

--La que hay entre una bullosa culebra cascabel y una taimada mapanare.

--Pero usted fue áulico de los dos...

--Áulico, no. El áulico es un cortesano, un adulate palaciego, y yo nunca cojeé de ese lado. Yo entonces era abogado y quería poner mis conocimientos al servicio de la república. Me pareció, y me equivoqué, que con Castro podía comenzar el rescate de Venezuela, en el colmo de la miseria, devorada por cien años de guerras, llena de enfermedades, hipotecada. No pude porque los venezolanos, en su mayoría, profesan el servilismo, un culto que los convierte en rastreros felicitadores, con glúteos anestesiados al puntapié. Era de nuevo la exigencia del mandón de turno. Yo no sirvo para eso. Fui juez de primera instancia en lo civil, y como tal impartí justicia sin venderme, ni dejarme presionar ni chantajear, y en esa posición y en las reuniones sociales a las que por mi cargo me invitaban, acopí en libretas todas las podredumbres de los aduladores de Castro; cuando no aguanté más me fui. Eso me salvó. Si Rafael Rangel se hubiera ido a Europa como después de la peste bubónica quiso y no lo ayudaron, también se hubiera salvado.

--Con Gómez también se equivocó...

-- Ciertamente. Cuando derrocó a su compadre y cómplice pensé que no tenía vocación, ni talento ni carácter para ser dictador, pero podía llegar a serlo si los palaciegos le montaban el parapeto para gobernar por él. No fue así, Gómez resultó ser el más cruel de los dictadores que ha padecido Venezuela, un criminal vesánico; una bestia.

--¿Conoció al padre Carlos Borges?

--Desde lejos; buen poeta y mal cura. Uno de los felicitadores. Un sinvergüenza, pero no el único de su Iglesia, ni de su cofradía.

--Él me dijo que usted aquí no abrió la boca, que usted escribió sus panfletos cuando estuvo en el exilio, que eso es cobardía.

--Me fui de Venezuela cuando no pude soportar más la inmundicia del albañal que me rodeaba, y eso fue un inmenso sacrificio para mí, porque no llevaba dinero, y atrás dejaba a Matilde, una chiquilla que pudo llenarme de felicidad. Si me hubiera arrastrado como Borges, José Gil Fortoul o Teresa de la Parra, me hubiera ido con un cargo diplomático...

--O como José Antonio Ramos Sucre...

--No conocí a Ramos Sucre, no puedo hablar de él.

--Usted también fue diplomático de Gómez.

--Aclaremos eso para que nos entendamos...

Me fui a Europa con mis ahorros, para no asfixiarme... Preferí el ostracismo; la soledad, a la que desde niño me acostumbré. Si leyó mis libros entonces

sabe que en mi niñez perdí a mi madre, como el bachiller Rafael Rangel y el doctor José Gregorio Hernández, pero a la mía la recuerdo con amargura porque fue muy cruel conmigo, demasiado severa; creo que no me quería, o que volcaba sobre mí su odio a la vida después de la muerte de mi padre. Con su sevicia me fraguó el carácter, nunca creí en nadie...

--¿Ni en Matilde?

--Sólo en ella, y en su padre, don Pancho Alvarado, un hombre decente... Llegué a Europa en 1909. Estando allí, no sé por influencia de quién, Gómez me nombró cónsul de Venezuela en Amsterdam, cargo que asumí en 1911. No me obnubiló esa posición, al contrario, rápidamente me di cuenta que Gómez era peor que Castro, entonces con mi seudónimo Pío Gil publiqué el conocido Panfleto Rojo, en el que desnudé sin contemplación la nueva rapiña que devoraba a Venezuela. Logré que enemigos de Gómez lo introdujeran clandestinamente desde Trinidad, Curazao y Aruba; me costó el consulado y el destierro. Ese fue todo mi servicio a la dictadura de Gómez, un año, el primero de su larga satrapía.

--De usted se cuenta una historia muy fea, que dejó morir de hambre a una tía anciana, a quien debía agradecimiento.

--La conté yo, en un vano intento de aliviarme la conciencia. Por mucho tiempo, sacando de donde podía, y muy pocas veces podía, le estuve dando algo de dinero

para que no mendigara, pero cuando se me agotaron los recursos pensé que dejarla sufrir y humillarse era una crueldad innecesaria, entonces le corté la dádiva y la dejé morir, que para ella no fue una canallada sino su descanso; una eutanasia.

--Una solución fácil, y cómoda...

--Ni fácil ni cómoda. Al contrario, difícil y dolorosa para mí. Es un recuerdo que todavía me atormenta.

--Antes de irse de este mundo, usted legó sus bienes a Matilde Alvarado. Leí el testamento. No es poco lo que le dejó. Cuando usted habla de su pobreza no me parece sincero.

--Al hablar de mi pobreza, me refiero a la de mi niñez y juventud. Y justamente, porque la sufrí me hice ahorrativo. Después de graduarme viví con mucha austeridad. Gasté lo mínimo y ahorré lo más que pude. Superé la pobreza pero no viví como rico. Y no robé nunca nada a nadie.

--¿Conoció al bachiller Rafael Rangel?

--Solamente de referencia. Supe de él por el **affaire** de la peste bubónica en La Guaira. Una inteligencia sin precedentes castigada con una crueldad griega por la vida, como yo. Un atormentado. Por experiencia personal comprendo su tragedia, de la que son muchos los culpables.

--¿Y al doctor José Gregorio Hernández?

--En la Caracas de aquel tiempo todo el mundo lo

conocía. Nunca lo traté, pero sabía quién era. Un médico virtuoso, sabio y caritativo; una conciencia pulcra en aquella cloaca social. También era un atormentado, pero no como Rangel, ni como yo; en la orden de los santos...

--¿Cree usted que era un santo?

--Quien se levanta sobre sus debilidades y se da día y noche a la virtud es un santo. Hacer el bien sin esperar nada material a cambio es santidad. El doctor Hernández fue virtuoso e hizo mucho bien sin mirar a quien. Eso es santidad.

--¿Cree en los milagros?

--En los divinos, no. Alguien que como yo sufrió tanto, no puede creer en eso. Creo en la ceguera de la fortuna. Sin ella no hubieran llegado al máximo poder Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, un caracol y un paquidermo. También creo en las premoniciones; yo muchas veces, con iluminaciones extrañas del pensamiento, me adelanté a sucesos inesperados.

--Usted soñó que Gómez lo secuestró para asesinarlo, entonces usted, para no darle ese placer, pensó con deleite en suicidarse. Esto me llamó la atención porque Rangel pudo soñar algo parecido.

--Rangel y muchos otros que eran o se sentían perseguidos. El matemático Eduardo Calcaño, por ejemplo, que se encerró en su casa y no salió más; o el gran jurista Pedro Tomás Lander, que también se aisló...

--Se comentó que en el velorio de Rafael Rangel

estaba Matilde Alvarado Galavís. Por los prejuicios sociales de la época, que usted conoce mejor que yo, me cuesta creer que ella fuera amiga de la compañera sentimental del Bachiller. Mi curiosidad es por qué estaba allí.

--Yo ya me había ido a Europa cuando el bachiller Rangel se suicidó, pero sabía lo que estaba pasando en Venezuela, por eso atribuí su muerte a las inquinas que lo aplastaron moralmente, pero nunca supe que la chiquilla asistiera al velorio, lo que hubiera sido mal visto, como usted muy bien supone, porque se trataba de una situación confusa y escandalosa. Quizás fue otra y la confundieron con ella. Pero si fue cierto, aunque lo dudo, pudo estar allí en representación de su padre, que en su vejez se enfermaba mucho, en un bello gesto de este por dignificar con su presencia silenciosa, la vida de un joven sabio desgraciado por la inequidad. Si es que no dejaron correr ese rumor como un mampuesto contra mí.

***Pensé decirle:***

--El papel de juez no es grato ni fácil, entre otras razones porque no basta sujetarse al espíritu de la Ley, no siempre inocente, sino porque la ecuanimidad es una virtud muy escasamente repartida. En relación con su época, don Mariano Picón Salas, quizás el mejor ensayista que ha tenido Venezuela, no condenó totalmente a Castro, en tanto que Laureano Vallenilla Lanz, un sociólogo de criterios muy bien sustentados, trató de ubicar

históricamente a Gómez. Y es que ninguna conducta humana es absolutamente negra o blanca, muestra matices, como dejó escrito un poeta de esa misma época: “hay rasgos de virtud en el malvado, hay rasgos de maldad en el virtuoso”, versos cursis para el gusto literario de hoy, pero con un fondo de verdad. En relación con todo esto, pienso que usted miró esa realidad con un solo ojo...

Y aquí pegué un frenazo, porque decirle eso hubiera sido aludir con ofensa innecesaria su defecto físico.)

--Cuando Rangel se suicidó, usted le dio categoría de víctima, pero cuando el doctor Hernández murió usted no dijo nada...

--Olvidas que me ausenté de este mundo en 1918, y el doctor Hernández en 1919. Pero no hubiera dicho nada porque si fueron dos tragedias parecidas, los protagonistas eran antagónicos. Rangel estaba en el huracán político, en cambio el doctor Hernandez estaba más allá del mal, haciendo el bien donde y cuando podía; no se contaminó con la política... Ambos pertenecen al martirologio venezolano, pero entraron a él por caminos distintos, aunque en algún momento se cruzaron.

--Está bien; me agarró usted en un gazo... Aceptemos su criterio, que Rangel fue una víctima. ¿Cómo se calificaría usted? ¿Misántropo, rebelde a ultranza, acusador implacable, Quijote?

--Cualquiera de esas categorías me cuadra, menos la de Quijote. Yo no me enfrenté a molinos de viento ni a

endriagos, me enfrenté a dos monstruos de carne y hueso, con nombre y apellido, ambos con un vergonzoso lugar en la historia criminal de este país, y a una sociedad en total pudrición...

--En putrefacción...

--No, en pudrición... Si algo he aprendido de la retórica, es adecuar las palabras a las situaciones. Putrefacción es palabra de buen decir. Pudrición es vulgar, y eso era lo que ocurría.

--Sin embargo, aunque usted en su terca tarea de panfletario se jugó la vida y se obligó al destierro, algo bastante parecido a un suicidio, sobre todo porque renunció a Matilde, nadie lo recuerda, no pasó usted al martirologio venezolano, y lo que es peor, sus libros clandestinos no dejaron huella en el devenir histórico de este país, pasaron de largo: puede decirse que en lo emocional para usted fueron un desahogo del odio, una catarsis, para no enloquecer o suicidarse físicamente, pero políticamente no produjeron ningún efecto. Y Gómez lo proclamó, refiriéndose a otro caso: A mí no me tumban con papeles.

--Sin embargo, si lo mío fue una hojarasca al viento, un ejercicio inútil, ¿por qué te empeñaste en buscarme?

--Un segundo gazapo. Reconozco que usted en la controversia es un certero espadachín. Y algo más: lo que usted con tanta bilis escribió sigue teniendo vigencia.

--Te agradezco ese parecer.

--Usted comparó a Castro y Gómez con dos culebras. Trato de imaginar cómo lo vieron ellos a usted y pienso que con burla pudieron compararlo con un perro que le ladra a la luna.

--A la macabra luna de los vampiros; una sanguaza. La de ellos. Pero nunca con la cola entre las piernas.





## 5.- *Sombras y Luces*

---

--El doctor Hernández recibió su solicitud y creyó que sus objetivos son buenos, lamentablemente ocurrió lo que ocurrió, esa muerte tan absurda, que nos ha dejado en la orfandad y el dolor. Una pérdida inmensa, irreparable, puede usted imaginarlo, pero los designios de Dios son inescrutables, y como creyentes tenemos que acatarlos con humildad y sumisión. Al doctor Hernández le oímos a diario esa advertencia. Para él, Dios no era una opción, sino la esencia inmanente de todos los seres y las cosas; la verdad última y suprema, inaprensible para la inteligencia racionalista. Ante las adversidades, él, como cristiano convencido, no asumía la demanda ni la queja, ni siquiera la resignación, que es voluntad rendida, sino la aceptación silenciosa. Me miró con tristeza y me dijo: “Bueno es para nosotros tener algunas veces pesares y contrariedades, porque frecuentemente llaman al hombre a reflexionar, para que conozca que se halla en un destierro y no ponga su esperanza en cosa alguna del mundo”. Eso nos hacía pensar que esperaba para sí mismo el peso terrible de la mano divina, que no es inmisericorde, decía él, sino que nos pone a prueba para fines que no tenemos derecho a

indagar... El doctor Hernández me pidió que lo atendiera yo, y fíjese que el destino ahora me obliga a hacerlo, y con mucho gusto lo hago.

Me disculpa que no le ofrezca ni siquiera un café, pero no tomo ningún estimulante; obedezco en esto, como en casi todas mis cosas, a las enseñanzas del doctor Hernández, las que dentro de mis debilidades puedo cumplir: preferimos la sencillez, la sobriedad y lo natural; son pequeñas renunciadas cotidianas, ejercicios para fortalecer la voluntad... Pregúnteme con entera confianza todo lo que quiera. Conozco bien la historia y de ella hablamos mucho el doctor Hernández y yo; la verdad es que a pesar de los tantos años que desde la muerte del bachiller Rangel han pasado, su recuerdo sigue aquí vivo, como si la tragedia hubiera ocurrido ayer; usted al entrar seguramente vio su retrato: desde allí nos vigila y nos guía... He meditado mucho sobre esto, más de lo que usted pueda imaginar. No comprendo el destino de esos dos excepcionales seres humanos; la muerte trágica que les tocó; una vida compartida en muchos aspectos, y una muerte igual de inesperada. El doctor Hernández, quiero adelantarme, distinguió mucho al bachiller Rangel, porque además de ser su paisano había encontrado en él un discípulo inteligente, que lo veneró hasta el último día de su existencia. Por el mucho trabajo que los mantenía tan ocupados, la verdad es que se veían pocas veces, y

en el temperamento eran distintos, pero esto en ningún momento impidió la relación entre ellos, que no fue íntima, porque por muchas razones no podía serlo, sino de maestro y alumno, dentro de un marco de inteligencia y bondad. Cuando estaba en vena de hablar me decía: “Se debe tener caridad para todos, pero familiaridad solamente con Dios; los más grandes santos evitaban donde podían el humano consorcio; y preferían vivir en secreto para Dios”. El doctor Hernández, como usted seguramente ya sabe, era hombre muy recogido, de pocas palabras fuera del salón de clases, siempre meditando o en oración. Por eso murió como murió, atropellado por un carro en una calle solitaria: cualquiera hubiera oído el ruido del motor, pero él vivía en abstracción. Cuando recibió la solicitud de usted, yo estaba con él. Se quedó en silencio, con los labios apretados hacia adentro, mirando sin mirar. Era un gesto característico suyo cuando algo le tocaba el alma. Los ojos se le humedecieron, lo que siempre le ocurría en los momentos de tensión espiritual: era muy sensible, pero no comprometía a los demás en sus tristezas o sus preocupaciones. Me dijo: “Jesús Rafael, lo que siempre me ha escuchado usted: los designios de Dios son inescrutables. He estado recordando a Rangel, preguntándome si pude yo de alguna manera salvar esa vida, y llega esta solicitud, una oportunidad que Dios me brinda, en su inmensa misericordia, para reflexionar sobre la muerte, en la que tan pocas veces pensamos,

porque la soberbia que nos enferma nos hace olvidar que somos transitorios; en toda acción y en todo pensamiento debemos conducirnos como si hoy hubiéramos de morir. Los designios de Dios son inescrutables, no me cansaré de repetirlo: aunque nos colme de sufrimientos, no estamos autorizados ni siquiera para preguntarle por qué a nosotros. Usted sabe lo que significó para mí la muerte de mi hermano Benjamín.

Esa muerte derrumbó casi totalmente mis fuerzas morales; me costó mucho recuperarlas, y cuando ya me sentía aliviado de ese peso tan terrible que Dios puso sobre mi alma, vino la muerte de Rangel a reavivar la herida. Para mí han sido espinas muy duras que han hecho sangrar profusamente mi alma. No me siento libre para atender a ese doctor, aunque ha tenido la amabilidad de adelantarme sus preguntas; hágame la caridad de conversar con él por mí. No temo sus interrogantes, sé enfrentar mis responsabilidades, pero mis respuestas podrían parecerle insinceras, en cambio con usted puede ese doctor hablar con más libertad. Sobre la base de esas preguntas voy a confesarme con usted, para que pueda darle las respuestas apropiadas. No lo hago por soberbia, Dios sabe que no es así; me siento herido, pero soporto con humildad la duda que sobre mi comportamiento pueda tener alguien que no me conoce, esas son pruebas de Dios que todos tenemos que aceptar. Durante varios años he soportado

en silencio las calumnias que han arrojado sobre mí, no sé por qué, pero eso lo dejo al Señor, supremo juez *ab aeterno* de todos los hombres. Lo autorizo para que responda sin inhibiciones lo que ese doctor quiera saber; la fidelidad de usted no debe ser para mí, sino para la verdad; se lo ruego: si usted cree que sobre mi persona debe emitir un juicio que no me favorece, por favor hágalo, no me perjudicará con eso, porque el que me juzgará para siempre está arriba; al contrario, en el dolor o la vergüenza de esa verdad que tal vez por obnubilación no veo, encontraría yo la manera de expiar el pecado de omisión que pudiera haber cometido. Sé que algunos consideraron el suicidio de Rangel como un crimen; ignoro en qué basaron esa afirmación, y por qué se pretendió asignarme una cuota de culpa en esa muerte: no la hubo consciente, no tenía yo por qué hacerle daño, ni a él ni a nadie, pero no niego que haya podido haberla inconsciente, porque el demonio es poderoso; muchas son sus artimañas y vive agazapado en el corazón humano: los mortales somos juguetes de su astucia, y podemos perdernos si descuidamos nuestras fuerzas interiores.

De cualquier manera me acojo a la misericordia del Señor, a su perdón. Soy hombre de fe; usted, Jesús Rafael, lo sabe mejor que nadie: creo que Dios hace salir su sol para los buenos y los malos; con humildad solamente imploro a Jesús y a su Santa Madre, que me limpien de

las culpas escondidas en mi corazón... Óigame con mucha atención porque hoy será la única vez que hable de esto. Dejo todo en manos de usted”.

--¿Siempre lo trató así, tan secamente, de usted?

--El usted no era en él un modo de distanciar a las personas, sino la expresión de respeto que humildemente otorgaba casi a todo el mundo; a muy pocos le oí tutear: reservaba ese trato para las grandes figuras celestiales.

--El usted en el trato es frecuente en los pueblos de las montañas andinas, de padres a hijos, incluso entre esposos, pero no por respeto sino para marcar una distancia...

--Bueno, el doctor Hernández y el bachiller Rangel nacieron en pueblos casi vecinos en el Estado Trujillo: él en Isnotú, un caserío muy pobre, y el Bachiller en Betijoque, pero en estricto no se conocieron allá en los Andes, porque cuando el Bachiller nació, el doctor Hernández vivía en Caracas; estudiaba en el Colegio Villegas, el mejor de entonces, de gente muy devota, y cuando ya graduado de médico, en 1888, se fue como médico rural a Isnotú, a dar allí su noviciado, no tenía necesidad de atender a la gente enferma de Betijoque, que por ser población más grande tenía médico propio... Creo que el doctor Pablo Acosta Ortiz, quien varios años después fue amigo muy cercano de los dos, ejerció por corto tiempo ese cargo; quizás los conoció allá en esa época, una casualidad increíble... Sé

que usted sabe esto, pero lo traigo a colación porque se olvida que cuando el doctor Hernández retornó a Isnotú era allá como un forastero, no conocía a casi nadie de allí, mucho menos de Betijoque. Es difícil reconocer a una persona que alguna vez vimos rápidamente, al encontrarla varios años después. Importa puntualizar esto, porque se criticó del doctor Hernández que cuando el bachiller Rangel llegó a su laboratorio le trató como a un extraño, habiéndole conocido en su tierra. En cierto modo lo era. La memoria, aunque sea portentosa, no da para tanto; eso fue lo que pasó. Don Benigno Hernández, el padre del Doctor, y don Eusebio Rangel, el del Bachiller, sí se conocieron, aunque no fueron amigos, porque ambos en el 81, durante el Quinquenio del presidente Guzmán Blanco, formaron parte del concejo de Betijoque.

Quando el Doctor ejerció en Isnotú, don Eusebio Rangel fue a pedirle consejo, porque deseaba que su hijo mayor, que lo acompañaba, estudiara medicina. El Doctor no recordó eso hasta que el Bachiller, en el 96, se le presentó en el laboratorio. Le preciso los años porque es la explicación del olvido. Sobre esa conseja el doctor Hernández me dijo:

“Usted sabe que tengo mala memoria para las fisonomías, porque lo externo de las personas no me interesa, el reino de Dios está dentro de nosotros. Frente

a mí tenía a un joven delgado, moreno oscuro, un poco asustado, diciéndome que me había conocido en Isnotú. Ante mi perplejidad, porque no recordé eso, agregó:

--Vengo a estudiar medicina y espero que usted me ayude. Entonces recordé al padre, no tanto su cara, sino algo que dijo, y más que eso lo que yo le respondí:

--Ya es hora de que los negros también entren a la universidad, me dijo don Eusebio. Me sorprendió porque el racismo, absurdo en nuestras latitudes, nunca había pasado por mi cabeza. El padre era aindiado y el hijo bastante moreno, aunque de rasgos finos. ¿A qué se refería, qué me reprochaba? Fue una situación embarazosa, y me desagradó mucho. Hoy mi actitud sería de acercamiento y comprensión, pero yo entonces era todavía muy joven, conocía poco de los asuntos del alma y me irritaba con facilidad. Como yo no tenía poder en la universidad ni albergaba sentimientos discriminatorios, me pareció que el rencor social sembrado por la nefasta Guerra Federal, de la que mi familia fue víctima, seguía vivo en mucha gente; tal vez no fue esa la intención de aquellas palabras, sino cosas que se dicen por decir, pero esa muestra de impotencia me lastimó mucho, porque me pareció más degradante que las trabas mismas que pudiera realmente haber en la universidad. Hice un gran esfuerzo para que mi respuesta no tuviera tono recriminatorio, pues yo no estaba allí para dictarle pautas de conducta a nadie, pero

tampoco podía ocultar mi malestar. Le respondí: --En la universidad nunca oí de mis profesores que la condición de blanco sea un requisito para entrar en ella, eso sería contrario a nuestra historia y a nuestra condición de pueblo cristiano, pero si fuera así, porque una cosa es lo escrito y otra lo tácito, creo que Dios está arriba para meter su mano, porque el alma no tiene color: cuando el muchacho esté listo que vaya sin miedo a la universidad, que si yo estoy en Caracas en ese momento, a donde pienso regresar tarde o temprano, si Dios y la Virgen quieren, lo ayudaré dentro de mis posibilidades”.

--¿Cumplió el profesor Hernández esa promesa?

--Sí. La cumplió dentro de sus posibilidades, que no eran muchas, como él mismo lo adelantó, porque no tenía poder ni dinero, aunque ya en esa época gozaba de un prestigio enorme como científico; mejor dicho, le concedían un prestigio enorme, porque él no se gozaba de eso ni de ninguna cosa mundana... Nos martillaba con obsesiva frecuencia: “Hay que hacer las cosas que agraden a Dios; ambicionar honores, riquezas o poderes es vanidad ingrata a Dios, hay que abstraer el corazón del amor a lo visible y transportarse a lo invisible; todo es vanidad, excepto amar a Dios y a Él solo servir”. Es verdad que había diferencias entre la familia del doctor Hernández y la del bachiller Rangel, pero no creo que eso haya influido en la relación que después mantuvieron en Caracas. La

familia del doctor Hernández estaba emparentada con los Febres Cordero, gente muy honorable y de insospechables convicciones cristianas, que venía por línea directa del General León de Febres Cordero, ilustre prócer de la Independencia...

(Se me fue el pensamiento hacia la breve historia de ese general de la Independencia, que después fue paecista contra los liberales de la Guerra Federal, una vida resumida por sus enemigos con un calificativo cáustico: león en la paz y cordero en la guerra.)

...Apellidos que lograron posiciones relevantes en Ecuador y Perú, y en Venezuela un intelectual de mucho renombre, don Tulio Febres Cordero, que fue figura muy importante en Mérida...

(Pensé otra vez: tan importante que sus descendientes hicieron de los dos apellidos uno solo, para que no se perdiera la veta de esa mina social.)

...Eran familias de muy alta educación y de gran espiritualidad religiosa: católicos consumados. En Isnotú, a donde fue a parar al huir del Llano, a fuerza de mucho trabajo y ahorro, haciendo de médico y boticario, don Benigno Hernández levantó sin holgura a sus hijos, pero con mucha dignidad, que entonces era el tesoro máspreciado de una familia respetable, una crianza sin comodidades exageradas, pues ya en esa época los ricos de verdad estaban completos, alrededor de los herederos

de Guzmán Blanco. Debo decirle, porque así me lo ordenó el doctor Hernández, que allá los tenían por godos, pero era más la apariencia que la realidad, y por la diferencia, porque en aquella época de calamidades, la gente en su mayoría era pobre de solemnidad. Don Benigno era honesto a carta cabal, pero hábil en los negocios, y perseverante, virtud muy rara entre nosotros, como usted sabe: logró establecer allí un abasto que le daba para vivir y donde muchos se remediaron. Tampoco la del bachiller Rangel fue familia exageradamente humilde como se dijo, pienso que para crearle una aureola que no necesitaba, porque su padre, don Eusebio Rangel, sabía leer y escribir con muy buena letra, aunque no fue hombre de oficina; era, como don Benigno, comerciante no rico, con cierta prosperidad que lo elevaba un poco sobre la mayoría paupérrima de la provincia en aquellos días aciagos, pero no tenía figuración social significativa. Eso marcó sus posiciones: don Eusebio fue de proyección muy limitada, a lo que se agregaba su tendencia a la parranda y su afición a las faldas, en tanto que don Benigno era orientador y benefactor de su comunidad, y su esposa, doña Josefa Antonia Cisneros de Hernández, una santa para los menesterosos de Isnotú, y consuelo de todos; fue ella la que sembró en el doctor Hernández esa fe religiosa contra la que no pudieron ni las vicisitudes ni las tentaciones ni la ciencia positiva ni la maledicencia de sus enemigos gratuitos. Lo distinto, y no lo contrario, entre el doctor

Hernández y el bachiller Rangel, si es lo que se quiere destacar, debe ser establecido desde ese punto de vista: la formación intelectual y religiosa, porque lo otro, lo social, aunque no se dio, y después le diré por qué, pudo ocurrir en Isnotú y Betijoque, pobres pueblos de los Andes, pero no en Caracas, donde ellos, ajenos a las trivialidades de este mundo y ocupados en sus asuntos científicos, no tuvieron tiempo para actividades mundanas; tanto así es que cuando se comentó que el bachiller Rangel dejaba una mujer con dos hijos, nos resistimos a creerlo... ¿Sabe qué hizo en su consternación el doctor Hernández? Se fue al templo de San Francisco a orar por esas pobres criaturas...

--¿No hubiera sido mejor ir a la casa de ellas y brindarles un apoyo material?

--¿Y quién dice que no lo hizo? El doctor Hernández ejerció durante mucho tiempo una filantropía apostólica muy silenciosa, aquello de que la mano izquierda no sepa lo que la derecha da. No lo calumnio si lo señalo como extraño; lo conocí bastante bien por haber estado profesional y espiritualmente muy cerca de él durante varios años, y me enorgullezco de que me haya honrado con su aprecio y su confianza. También el bachiller Rangel era raro, muy solitario, reservado en exceso, y me atrevo a decir, y que Dios me perdone si no estoy en lo cierto, que patológicamente sensible, con lo que no pretendo un juicio de valor, mucho menos disminuirlo, sino explicar

por qué reaccionaba con exageración a situaciones que para otros resultaban baladíes. Hoy, cuando usted me pone en la disyuntiva de compararlos, que no puedo eludir porque el doctor Hernández fue lo primero que me rogó, que para usted no dejara nada en el aire, puedo decirle sin temor de pecar, que fueron como las dos caras de una misma moneda, no la moneda del César sino la de Dios, con actuaciones determinantes para un momento decisivo de la evolución científica de Venezuela; me parece más constructivo buscar las coincidencias, que sin lugar a dudas las hubo entre ellos, que las divergencias, que a estas alturas, a mi modo de ver, no resuelven nada...

Los ascendientes de don Benigno eran conservadores: de Boconó, donde las oportunidades de progreso eran precarias, se fueron a Barinas, mejor plaza comercial, pero de allí los hijos, entre ellos él, huyendo de la persecución liberal, y más que de eso, del zamorismo desbocado, regresaron a los Andes, y don Benigno se fue a Isnotú, pueblo donde nadie lo conocía, para alejarse, en el recuerdo y la distancia, de los horrores de la guerra. Isnotú resultó el sitio ideal para sepultar en la memoria todo aquello, y para que los olvidaran, que era lo más importante: un exilio hacia dentro...

--Permítame una acotación... El padre de Rangel, probablemente liberal lagartijo, no tuvo contactos políticos de importancia, pero don Benigno sí. No sé

si usted conoce que negoció de palabra con el general Juan Bautista Araujo, el León de la Cordillera, el jefe de los conservadores, una de sus posesiones de Cheregüé, y uno solamente hace negocios sin documentos con los amigos de confianza.

--No, no sabía eso... Tengo otras informaciones. La familia de don Eusebio Rangel era de la cercanía de Valera, de por los lados de Chimpire, que usted sabe fue el calvero desde donde el doctor y general Leopoldo Baptista vio y dejó pasar al general Cipriano Castro en 1889, aunque su misión en aquel lugar era detenerlo. De allí don Eusebio se mudó a Betijoque, quizás para acercarse un poco a la prosperidad que se asomaba desde Maracaibo por el puerto de La Ceiba. Coincido con usted: también he pensado que don Eusebio se inclinaba hacia los liberales lagartijos, de ahí su creencia de que a los negros no los dejaban entrar a la universidad. Eso explicaría ciertos proceder del bachiller Rangel, porque los padres contagian a los hijos sus visiones del mundo, por ejemplo su insistencia en mostrarse como de origen muy humilde sin serlo, manteniéndose alejado de gente que suponía de altos coturnos, incluso negaba sutilmente la autoridad científica de algunos profesores, aunque nunca la del doctor Hernández, que era su maestro. Y tampoco se apegaba a nada, ni a nadie. Renunció a todo, incluso a Dios, con un ateísmo tardío, que transmitió a su hermano José, a quien conozco

bastante bien. Pero no fue totalmente liberal. Fíjese que mantuvo oculto su concubinato. De esto no hablé con el doctor Hernández, porque él no lo hubiera aceptado, pues solía repetirnos “Hay que volver los ojos hacia nosotros mismos y cuidarse de no juzgar las acciones ajenas”, pero he decidido confiarlo a usted, porque cuando se pretende analizar hechos como estos para emitir un juicio, nada debe ocultarse, y deben ser oídos y sopesados todos los pareceres. El doctor Hernández sabía de esas debilidades del Bachiller, pero cuando aquí alguna vez se mencionó el asunto, porque uno es humano y no siempre mide bien las palabras, el Doctor, con uno de aquellos gestos suyos tan enfáticos cuando algo lo molestaba, cortó los comentarios diciéndonos: “Frente a los demás no estamos para juzgar, sino para comprender; todos tenemos debilidades, por eso nada ni nadie nos autoriza para ser jueces de las conductas ajenas; aprendamos a tolerar y a pedir a Dios por nosotros y por el prójimo; la misericordia y la solidaridad, y no la maledicencia, deben guiar nuestros pasos por este mundo tan difícil que nos ha tocado trajinar; por favor, que no se repitan aquí esos comentarios”.

--Pero cuando le avisaron que Rangel se había suicidado, el doctor Hernández dijo: “¡Ya se mató ese loco!”

--¡No dijo eso! No era su manera de expresarse; cambiaron las palabras... Yo creo que el doctor Hernández nunca se dio cuenta cabal de la exacta presencia del

bachiller Rangel en su laboratorio. Cuando fueron a decirle al salón de clases que el Bachiller se había suicidado, se puso la mano en la frente y exclamó atribulado: “¡Dios mío, se volvió loco!” Son frases parecidas, pero con sentido distinto. Nos rogó que lo dejáramos solo y se encerró hasta la madrugada en el laboratorio, y al día siguiente, cuando llegué se lamentó: “Ese muchacho estaba enfermo; siempre estuvo enfermo; no fuimos capaces de ayudarlo, ni de prever esa tragedia”.

En esos días el doctor Luis Razetti había creado una situación un poco tensa por el asunto de la Doctrina de la Descendencia, del creacionismo cristiano y el transformismo de Darwin, llevando la discusión académica a controversia pública. Solamente el doctor Juan de Dios Villegas Ruiz lo enfrentó en la Academia, pero Razetti quería la opinión del doctor Hernández, el único de la otra tendencia que estaba a su nivel científico. Como reclamó con insistencia su pronunciamiento, el doctor Hernández lo complació. Con honesta valentía que Razetti reconoció, el doctor Hernández desmenuzó sabiamente la teoría de Darwin y concluyó con una afirmación llena de ternura y humildad cristianas: “Hay dos teorías para explicar el origen del hombre: el transformismo y el creacionismo: yo soy creacionista”. Frente a la verdad racional de la ciencia, que no negaba, afirmó la verdad de su fe. La noticia corrió como pólvora. ¿Qué se buscaba con esa discusión? ¿Vejarlo

por sus creencias? El doctor Hernández era hombre de ciencia y como tal actuaba en la universidad, pero también era hombre de fe, y así actuaba para su salvación. Al oír aquel desgarramiento, Razetti, pienso yo porque lo conocí, debió de sentirse avergonzado, pues recibir, en medio de su ilustre soberbia, la respuesta humilde, amable y sincera del sabio y digno amigo al que pretendió humillar, tuvo que resultarle un baño de agua fría, aunque estoy seguro que no fue esa la intención del doctor Hernández, sino la sencilla razón de quien convencido de lo espiritual, no podía explicarlo a quien ya tenía un dogma, porque de eso se trataba, dogma contra dogma, aunque Razetti y quienes lo seguían lo ignoraban. Cuando presentó en la Academia la teoría de Darwin, debía saber que en la calle produciría un gran malestar, y esperar una inmediata reacción de la Iglesia, directamente o por intermedio de seglares, porque se vivía en una sociedad católica practicante, y el clero tenía mucha influencia no sólo en la gente del común, sino en los altos círculos sociales, y, además, estaba en pleito con el gobierno. Y precisamente eso era, a mi juicio, lo que Razetti buscaba, el escándalo y el protagonismo. Un poco más allá en el tiempo, y en otro escenario, pudo haber encontrado en Teilhard de Chardin una respuesta más autorizada... Hoy todo aquello nos hace sonreír, parece una tontería, como ahogarse en un vaso de agua, pero entonces era tanta la agitación política y tan nauseabundos el ambiente oficial y la conducta del presidente de la república, que el

discurso retador del doctor Razetti resultó un aval para los excesos del poder. La Iglesia no vio la trampa y se dejó arrastrar al terreno de las ofensas; el silencio hubiera sido la mejor respuesta, pero sus voceros, con lamentable torpeza, denunciaron públicamente al doctor Razetti como corruptor de la juventud universitaria y trataron de menoscabar su autoridad social acusándolo de ateo, disociador y anarquista. Trataron de apagar la candela con fuego. Un disparate mayúsculo. El doctor Razetti, que le gustaba pelear en el terreno de las ideas, se sintió a sus anchas, y como era hombre muy inteligente, de gran erudición y dotado de facilidad para escribir, aprovechó la oportunidad y, sin descender a los niveles torpes de sus adversarios católicos, unos Torquemadas inoportunos, reclamó los criterios de quienes tenían categoría académica como él y distinta posición ideológica frente a la doctrina de la descendencia. El bueno del doctor Villegas Ruiz, como ya le dije, se atrevió a responderle, pero con planteamientos tan débiles que el doctor Razetti lo zarandeó a gusto con argumentos llenos de ironía, celebrados por los muchachos de la universidad, que vieron un duelo bufo entre un esgrimista de fino estoque y un cojo tirando palos de ciego. Ese era el otro objetivo: soliviantar a los estudiantes. Se trataba de una estrategia, manejada solapadamente, para oponer la natural rebeldía de los muchachos a lo que falsamente se percibía como sumisión a lo clerical; tanto así fue, que en los corredores

de San Francisco se hablaba de la furia de los balandranes, la histeria de los capelos, las amatistas revenidas; de cosas así, ofensivas e innecesarias. Y al llevar la discusión a la calle, había también la intención subterránea de desnudar el alma de la gente sencilla, de avergonzarla echándole en cara su fe inocente. Se adjudicaban gratuitamente el papel de la luz de la universidad espantando las sombras de la ignorancia y la superstición, y de la fuerza de la inteligencia cultivada pulverizando las anquilosadas estructuras sociales. Eso no satisfizo al doctor Razetti, que feliz como pez en el agua, en hora estelar, desafió a los demás sin nombrarlos, pero a quien quería era al doctor Hernández, que dentro de la universidad representaba oficiosamente a la Iglesia, o a la camisa de fuerza del conservatismo de la Iglesia católica, según pensaba el doctor Razetti.

El doctor Hernández, conminado a dar su opinión, terminó aceptando y dio su respuesta sin echar pie atrás. Tengo aquí lo que dejó escrito: “Hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista. Pero no se debe adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque no favorece el avance de la ciencia sino que lo dificulta. Una opinión no es una doctrina sino un juicio incierto, que puede considerarse como más o menos probable”. Al responder así, con ponderación pero con autoridad académica, el doctor Hernández puso los

puntos sobre las íes, porque en ciencia toda verdad es penúltima. Pienso que el doctor Razetti acusó el golpe porque dejó las cosas hasta ahí... Dentro de la Academia se alabó el talento, la valentía, la altura y la honestidad del doctor Hernández, pero él --me lo dijo para usted-- se sintió perdedor, no por la sonrisa irónica que algunos vieron en el aparente silencio tolerante del agudo Razetti, sino por el daño que se le hacía a la gente que tiene la religión como inalienable valor moral.

El doctor Hernández se afectó mucho por eso. Con mucho dolor debe de haber imaginado la callada réplica del doctor Razetti: --Si usted es creacionista, no le corresponde lugar en la universidad: sea honesto y váyase de aquí... Fíjese que la discusión fue en 1905; tres años después, en 1908, el doctor Hernández abandonó la universidad para ingresar a la cartuja de Lucca. Más honesto no pudo ser.

--¿Y qué papel jugó Rafael Rangel en todo eso?

--No he olvidado que el interés suyo es el suicidio del bachiller Rangel, pero quiero dejar clara mi posición, por respeto a la memoria del doctor Hernández y en consideración a las molestias que usted se ha tomado para recabar estas informaciones. En ese trabajo que usted está adelantando sobre el bachiller Rangel, que por muchas razones se lo merece, al tratar lo concerniente al doctor

Hernández yo espero que sea usted veraz y ecuánime. Le ruego me disculpe la impertinencia de esta solicitud, pero me sentiría desleal al doctor Hernández si no se la hiciera.

--Trataré de serlo. Por eso estoy aquí.

--Sé lo que usted quiere saber, pero permítame que le hable algo más del doctor Hernández, algo que se me ocurre en este momento. Si se ubica en el tiempo del bachiller Rangel, en 1896, cuando él comienza a estudiar medicina, los catedráticos más prominentes de la universidad eran de ascendencia extranjera: Razetti, Dominici, Frydensberg, Ernst, Rivas Baldwin, Vaamonde Blesbois, Meier Flegel, Smith... los que ahora recuerdo... gente blanca, algunos con los ojos azules. Rangel y el doctor Hernández eran criollos, pero el Bachiller con la desventaja del color moreno oscuro, pues sería exageración decir que era negro: exceptuando los labios un poco gruesos, sus rasgos eran finos, y tenía el pelo bueno, y no era el único, porque el presidente Castro era más bembón y más quemado. Aunque debemos reconocer que a veces el color es una traba, en este caso no tuvo la importancia que se ha querido asignarle, a menos que la enormidad se la haya otorgado el mismo Rangel, sin embargo estoy obligado a decirle que entonces se echó a rodar en los corros estudiantiles que los aristócratas de la universidad buscaban el flanco débil del Bachiller para ponerlo en su lugar, para bajarle los humos, porque, según ellos, se

le habían subido con el apoyo del general Castro, y esa oportunidad se la brindó el problema de la peste bubónica. También cuestionaban los muchachos el calificativo de humilde que los aristócratas farisaicamente le daban; el bachiller Rangel, decían, ciertamente era una persona humilde, pero los aristócratas no lo decían por gallardía, sino para marcar la distancia, para que la posición que le dejaban tomar resultara no de los indiscutibles méritos del Bachiller, sino de la benevolencia de los doctores, de la tolerancia de ellos. Considero necesario referirle esto, porque cuando los estudiantes condenaban a los aristócratas de la universidad, no se referían al doctor Hernández, que vivía en la pobreza, una pobreza digna, por supuesto, y no frecuentaba ningún círculo social ni político, y mencioné el detalle de los apellidos porque lo extranjero siempre ha llamado la atención en este país, en el que desde la Colonia ha habido una subordinación a todo lo que viene de afuera, y una veneración para los apellidos extranjeros, aunque los hayan traído campesinos, artesanos, aventureros o prófugos de la justicia, que adquieren entre nosotros categoría de alto linaje, y lo gracioso es que los descendientes de esos pobres inmigrantes se lo creen; cómo sería, pues, de excepcional el talento del doctor Hernández y del bachiller Rangel, que con esos dos apellidos tan corrientes entre nosotros, llegaron a ser próceres de la ciencia en nuestro país...

--Permítame que lo interrumpa para dos observaciones, porque para ser veraz y ecuánime, como me pidió, no quiero dejar cabos sueltos en la averiguación de este asunto. En primer lugar, eso que usted llama la pobreza digna del doctor Hernández. Sé que antes de irse a la cartuja, él repartió por escrito sus bienes a su numerosa parentela. Conozco el inventario, y lo traje anotado aquí en mi libreta; se lo leo: dos casas en el centro de Caracas, la familiar y otra que alquilaba, con un valor de sesenta y ocho mil bolívares, que para la época debe considerarse como una cantidad de dinero bastante grande, si sabemos que la casa paterna de Rangel, vista en Betijoque como de gente principal, había sido comprada por menos de tres mil. La dotación de la casa familiar del doctor Hernández era muy completa: once camas, cada una con un coste de ciento veinte bolívares; catorce escaparates y seis aguamaniles; cuarenta sillas, tres poltronas, tres mecedorcitos y un sofá; tres mesas de madera y dos de mármol, un escritorio y tres estantes con libros; tres espejos, uno de ellos con mesa; un seibó con veintiún juegos de cubiertos y veintiuna copas; tres alfombras, un reloj, varios cuadros, un tinajero, un piano y dos violines; y no aparece en este inventario un armonio, que también había comprado. El alquiler de la otra casa le producía cuarenta bolívares mensuales, y el monto de su jubilación de gracia, porque se la otorgaron con catorce años de servicio, era de doscientos bolívares mensuales, a lo que habría que agregar lo que le pagaban

por sus servicios médicos quienes no eran pobres. Rangel, que comía y dormía en el Hospital y no le dejó nada a su mujer y sus dos hijos, también tenía un sueldo de doscientos bolívares mensuales, como el del doctor Hernández bastante poco para lo que su saber merecía, pero significativo en proporción con las remuneraciones de aquellos días, porque un obrero ganaba menos de dos bolívares diarios, y un presidente de estado creo que alrededor de mil al mes, teniendo en cuenta, eso sí, que un marco alemán, una de las monedas de referencia en ese tiempo, costaba un bolívar con treinta y cinco céntimos, porque era una época de mucha pobreza, tanta que el gobierno de Castro no estaba en condiciones de pagar la primera cuota de la deuda externa que le exigían las Potencias, que era de ciento treinta y siete mil bolívares. La otra observación, doctor Rísquez, es la minuciosidad de ese inventario que hace el doctor Hernández, con el que da de oficio a sus familiares, lo que se suponía de ellos por facto; eso me ha llamado mucho la atención... Con todo respeto quiero que entienda que no estoy juzgando al doctor Hernández, que merecía vivir bien porque era un ilustre profesor universitario y médico de mucho prestigio, tampoco estoy haciendo una comparación interesada con Rangel, sino que la ubicación precisa de esos personajes en la escala social de aquella época, creo que arrojaría luces para situarlos en la dimensión exacta.

--¡Esculcó usted bastante, lo felicito!... De aquí no se irá usted sin respuestas... Veamos hasta dónde puedo llegar. Cuando el doctor Hernández realizó ese inventario, tenía veinte años de graduado. Era muy ahorrativo y riguroso en los aspectos administrativos... Practicaba la austeridad, pero no era un anacoreta... Ganaba en la universidad cuatrocientos bolívares mensuales; si podía vivir con una jubilación de doscientos, podía ahorrar doscientos; además, lo que usted acaba de señalar: es cierto, no cobraba a las personas pobres, pero en su mayoría las personas pudientes de Caracas, que algo le pagaban, eran sus clientes. Cuando en 1889 se fue a estudiar a Europa, enviado por el gobierno, le asignaron una pensión de seiscientos bolívares mensuales; como siempre llevó una vida muy recogida, estoy seguro que ahorró parte importante de esa beca... Ahora su otra preocupación: ¿Por qué esa meticulosidad en la administración de sus bienes y la cuidadosa manera de repartirla? Porque se había echado sobre sus hombros la responsabilidad del sostenimiento de su familia, a la que no quería ver en apuros ni disgregada, peleada por cachivaches; después de sus deberes religiosos, esa fue la mayor preocupación de su vida.

--Cuando le interrumpí usted hablaba del prestigio del doctor Hernández y del bachiller Rangel.

--Decía que ellos constituyeron un milagro histórico. Lo explico. A mi juicio, esto de hoy, los andinos

en el poder, sobre todo el gobierno del General Gómez, ha sido para los centrales, y en particular para los caraqueños, una dura lección, porque son los campesinos de la montaña, que permanecieron casi ignorados en la Independencia y la Guerra Federal. Los chácharos andinos vinieron, como los bárbaros contra Occidente, a demostrarnos que en estos países no valen linajes a la hora de tomar el poder, ni siquiera la inteligencia, sino la fuerza y la audacia, o si usted lo prefiere, la fuerza bruta con hambre de poder. Y vinieron también a decirnos que Venezuela no era Caracas, que había otra nación trabajando duro en las montañas, porque tenemos que reconocerles que el café que ellos producían, fue lo que nos permitió medio vivir en la terrible pobreza que nos dejaron aquellas guerras espantosas. El doctor Hernández y el bachiller Rangel eran representantes de la inteligencia útil de esa montaña insurgente. El doctor Hernández, por su temperamento, se mantuvo al margen de la situación política, pero el bachiller Rangel no tanto, quizás por lo mismo que le he dicho, por un lado la posibilidad de una identificación del padre del Bachiller con los lagartijos trujillanos, y por el otro, porque a pesar de su inmenso talento y de lo interesante de sus trabajos, para ascender hasta donde tal vez quería, necesitaba del auxilio del poder político. No me anima lo discriminatorio, le hago esta comparación no para disminuir al comprometido Bachiller frente al Doctor immaculado, sino porque

también en los rincones de la universidad se regó que el doctor Hernández censuraba el comportamiento del bachiller Rangel; una conseja deliberada. Cuando me preparó para esta conversación, me rogó: “Por favor, dígame a ese doctor que sentí un sincero respeto por Rangel, que admiré su talento y que me hirió mortalmente su suicidio”. Después agregó: “El don máspreciado de Dios para los hombres es el libre albedrío; nuestras decisiones son personales frente a Él, nuestro único juez en la hora final; nadie puede arrogarse el derecho de adelantar ese juicio, que sería soberbia, el peor de todos los pecados, el que perdió a Luzbel”.

--Uno de los hechos más comentados de esa historia, es que en su laboratorio el doctor Hernández le dio a Rafael Rangel el rincón de una escalera como dormitorio, donde el Bachiller improvisó una cama con la hoja de una puerta y unos barriles vacíos de cemento; se dijo que lo trató como a un perro. Hábleme de eso.

--Es verdad. ¿Hasta dónde llega esa verdad? Hasta donde quiera llevarla quien la analice, según su particular interés, porque nadie es dueño de ella ni de ninguna otra. Se ha querido con esa anécdota calificar al doctor Hernández de indiferente en relación con la situación del bachiller Rangel. A mi modo de ver no fue así. El doctor Hernández era en ese momento, y lo fue en todos los momentos de su vida, hombre muy ocupado, casi un

maniático de la utilización del tiempo, muy metódico tanto en sus asuntos científicos, profesionales y docentes como en los espirituales, que como usted debe suponer, para él eran de importancia capital. No sé si usted sabe, y me dispensa que me salga de su pregunta, que desde muy joven el doctor Hernández se levantaba muy temprano y se iba a la iglesia a oír misa y comulgar, de allí, después de desayunar con un pedazo de pan y un pocillo de guarapo sin café, alimentos nada aristocráticos, salía a su trabajo en la universidad; por la tarde atendía a sus numerosos enfermos, y a los más graves, al terminar la consulta, los visitaba a domicilio, y por la noche se daba al estudio y la lectura de los clásicos, para al final dedicarse a sus oraciones hasta la medianoche. No se concedía descanso en esa rutina, y los pocos ratos que podía hurtarle, los dedicaba a atender los asuntos familiares y la educación de sus sobrinos, porque desde la muerte de su padre era el cabeza de familia. Tenía como única distracción el piano, que había aprendido a tocar en su juventud, lo mismo que el violín. Escribía muy bien y tenía gran facilidad para la pintura, pero por lo escaso de su tiempo libre, como acabo de decirle, solamente en ocasiones excepcionales se detenía en esas inclinaciones. Créame que en el doctor Hernández se perdió un gran artista; a mi juicio, fue el cerebro mejor organizado de su generación... Póngase usted una mano en el corazón, despójese con sinceridad de prejuicios y pregúntese qué más podía él hacer por el bachiller Rangel.

Le dio trabajo en el laboratorio y seguramente le dijo, sin ninguna otra intención que la de resolverle el problema inmediato de alojamiento, que se acomodara allí mientras tanto, como pudiera, en algún lugar del laboratorio, que, no obstante la incomodidad, por la falta de espacio, era mucho mejor que las inmundas posadas de la cercanía, infestadas de chinches, cucarachas, pulgas y roedores.

No sé por qué no entienden eso. El doctor Hernández no conocía al bachiller Rangel y carecía de recursos económicos para tomarlo a su cargo, en consecuencia, no podía pagarle un hotel decente, mucho menos llevárselo a su casa, donde había mucha gente y donde él mismo vivía en aislamiento, como si fuera un huésped y no el sostén de la familia. Esa es la verdad... Creo que puedo añadir otra observación. El doctor Hernández era muy caritativo, pero al mismo tiempo muy ordenado y muy dado a la soledad y la meditación: permitir que el Bachiller viviera por un tiempo en el laboratorio debió de ser difícil para él, porque contrariaba su rígida formación científica. ¿Lo hubieran hecho Pasteur o Matías Duval? Usted que es médico puede entenderlo. Si soportó esa situación, que en su laboratorio durmiera alguien, con la maleta en alguna parte, una presencia permanente a su alrededor, le aseguro que fue porque la asumió como sacrificio, por amor a Dios. Pero el bachiller Rangel no fue el único. En el laboratorio también se refugió otro

trujillano, y por la misma época, Francisco Briceño Hernández, y que yo sepa, Francisco nunca se sintió tratado como un perro, al contrario, agradeció el gesto, y lo aprovechó, porque hoy es en su tierra de Boconó un respetado galeno.

--Se cuenta otra anécdota, doctor Rísquez, que seguramente usted también conoce. La del ácido sulfúrico fumante. Que el bachiller Rangel trabajaba en el laboratorio y el frasco de ácido le resbaló de las manos, chocó ruidosamente con la mesa y soltó un chisguete que le rozó la cara. Según el cuento, el Bachiller neutralizó rápidamente el ácido con una solución alcalina y salió del mal trance, pero el doctor Hernández, que vio parte del incidente desde su escritorio, le preguntó si el frasco se había quebrado, a lo que el bachiller Rangel le respondió que no, que al frasco no le había pasado nada, pero que él se había quemado. Al bachiller Rangel le pareció desconsiderada esa actitud del doctor Hernández, que se interesara por el frasco y no por él. ¿Qué dice usted?

--El doctor Hernández no me habló de eso, pero también conozco esa anécdota. Aceptemos que haya sido así. De no ser por las consecuencias que a fórceps pretenden extraer retorciendo esa tontería, sería para pensar que hablamos de gente que no estaba en sus cabales. Si se dice que el doctor Hernández vio lo que

ocurría, debió darse cuenta que el Bachiller con rapidez neutralizaba el ácido, con lo que el peligro pasaba; que yo sepa, no le quedó cicatriz, a no ser en su imaginación, y si por su ensimismamiento el doctor Hernández no lo vio, no tenía por qué saber que el Bachiller se había quemado... ¿Le parece a usted válido que un hecho tan insignificante sea tomado como unidad de medida para establecer la estatura moral de un hombre como el doctor Hernández? ¿Cuántas veces a diario ocurren cosas así, o de más significación, sin ninguna consecuencia? ¿Puede alguien en un plano de sana ecuanimidad, pensar que circunstancias tan nimias como esas lleven al suicidio? Mire: yo conocí al bachiller Rangel y, como acabo de hacerlo para usted, siempre he dicho que en la historia de la ciencia médica en Venezuela, él y el doctor Hernández son pilares fundamentales de la misma altura, y soy sincero al afirmarlo, aunque en el afecto estuve más cerca del doctor Hernández que del bachiller Rangel. Créame: el bachiller Rangel no era hombre de rencores ni obsesiones; fuera del laboratorio era persona más o menos normal, con su modo de ser, como todos los mortales; afirmar que él concedió a un hecho tan fortuito la importancia de un desprecio que guardó como recuerdo amargo, me parece que es rebajarlo y no una defensa; el Bachiller no se fue del laboratorio por eso, sino porque ya había aprendido del doctor Hernández lo que necesitaba, si lo dijo o lo insinuó, pudo más bien ser la excusa para alejarse del maestro; quienes reconstruyeron

la anécdota pecaron de mala fe: solamente un débil mental puede sentirse ofendido hasta las entrañas y para siempre por una circunstancia tan banal.

--Fue el bachiller Rangel quien la contó, ¿quién otro podía ser, si en el laboratorio solamente estaban él y el doctor Hernández?

--Está bien; la contó él, como se cuentan a diario tantas cosas, pero por haberlo conocido le aseguro, sin temor a equivocarme, que no le dio la importancia que en la reconstrucción le atribuyeron sus lastimados amigos, entre ellos Víctor Manuel Ovalles, su primer biógrafo. En la confusión del suicidio, que a todos nos consternó, buscaron causas en el pajar de las posibilidades, y esas fueron las mínimas agujas que del doctor Hernández encontraron, y que con inexplicable interés convirtieron en lanzas... Hay una tercera, porque fueron tres las encontradas; como seguramente la trae también usted en su libreta, entonces salgamos de ella de una vez. Que cuando el bachiller Rangel fue a decirle que tenía decidido no trabajar más en el laboratorio, el maestro le respondió: "Está bien". Respuesta calificada de muy fría, de indiferencia despreciativa. Mire, a la hora de sacarle punta a una bola de billar, y me dispensa la expresión, cualquier cosa sirve. El doctor Hernández era muy serio, y por formación científica muy preciso en lo que decía. ¿Qué más podía contestarle? El Bachiller, quien por su talento

estaba llamado a una misión superior, tarde o temprano tenía que irse: los dos lo sabían. ¿Dónde está la ofensa? No la encuentro por ninguna parte.

--Pero es que se ha insistido mucho en lo que usted acaba de decir, que el doctor Hernández fue el maestro del bachiller Rangel...

--¡Lo fue! En eso no hay ninguna duda, el Bachiller lo reconoció.

--¿Es esa la respuesta de un maestro para un discípulo de la categoría del bachiller Rangel, su igual en talento, que viene a despedirse? Porque debe usted reconocer que el Bachiller no era un cualquiera, era un hombre excepcional, un genio en ciernes. ¿No le tocaba al maestro darle algunos consejos finales, decirle que lo mantuviera al corriente de sus nuevas actividades, ofrecerle puertas abiertas por si quería regresar?

--De acuerdo. Eso para un maestro corriente. El doctor Hernández era distinto. Para él lo de este mundo, lo social, las conveniencias no importaban mucho. Decir al Bachiller que las puertas del laboratorio seguían abiertas para él, hubiera sido una zalamería innecesaria, una necesidad impropia para hombres de ese nivel; además, el bachiller Rangel se iba a trabajar con el doctor Dominici, el mejor amigo del doctor Hernández, el único íntimo, quien pudo adelantarle la decisión de Rangel; véalo desde ese punto de vista. Regresar para el Bachiller era retroceder;

ya él tenía trazada una carrera distinta, parecida pero no igual a la del maestro, la parasitología. El doctor Santos Dominici poseía conocimientos muy sólidos en esa rama de la medicina; estar con él era como estar con el doctor Hernández, quien lo quería como a un hermano menor. Recuerde que el doctor Hernández había elogiado al Bachiller en conversación con el doctor Dominici; sin egoísmos ni celos profesionales, aunque sin mucho énfasis, porque tenía por costumbre no presionar a nadie sobre ideas o pareceres personales, y porque, le repito, nada de este mundo le era particularmente importante. Sé que usted conoce el pasaje, ¿lo recuerda?: le dijo al doctor Dominici que le pidiera al Bachiller las láminas de tejido nervioso que había preparado, para que viera la gran calidad técnica que había adquirido, tan buenas como las de Ramón y Cajal, ¿entonces?... Usted ha rebuscado con acuciosidad en esta maraña: si sabe lo del inventario, debe saber también que cuando el doctor Hernández se fue a la cartuja, no se despidió de sus hermanos porque no se sentía con la fortaleza sentimental para hacerlo, ¿por qué no pensar que la respuesta al bachiller Rangel no fue fría sino la evasión de la despedida?

--En conclusión, doctor Rísquez, para usted nada de eso tuvo importancia para el bachiller Rangel, nada de eso lo lastimó...

--Nada. El problema no fue ese. Lo afirmo con la

más absoluta seguridad. Si usted quiere, para no parecerle intransigente, digamos que muy poca importancia; no más de la que pueden tener para cualquier persona los muchos tropiezos que todos los días encuentra, porque tenga en cuenta usted que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, que toda relación humana es difícil. Darle importancia a eso no es disminuir la extraordinaria personalidad del doctor Hernández, excepcional en todos los órdenes, ya se lo dije, sino dar a entender que el bachiller Rangel padecía una exagerada sensibilidad neurótica o tenía rasgos paranoides, y eso también sería falso, e injusto para alguien que se mantuvo alejado de tonterías de esa naturaleza, para dedicarse a trabajar a tiempo completo por su país.

--Quiere decir entonces que para usted las relaciones entre el doctor Hernández y el bachiller Rangel nunca fueron tensas.

--No lo fueron. Ni tensas ni demasiado amistosas. No podían serlo porque eran relaciones de maestro a discípulo; no de camaradas. Incluso, y eso nunca ha sido destacado, el doctor Hernández acogió al bachiller Rangel, lo alojó en su laboratorio y lo inció en la investigación científica a sabiendas de que el Bachiller era un descreído; mayor tolerancia, imposible... Con el mayor respeto le advierto que estas son observaciones estrictamente personales, y me ubico en el aspecto material, porque para

el doctor Hernández las diferencias entre los hombres no existían a los ojos de Dios. Como le dije, cuando el bachiller Rangel llegó a Caracas, ya el doctor Hernández tenía ganado un gran prestigio como científico, era muy querido de la gente del pueblo por su desprendimiento y su abnegación como médico, y admirado de todos por su rectitud, que bordeaba la santidad. En ese momento el bachiller Rangel era un pobre muchacho desconocido, no sabía mayor cosa, no poseía ningún título, no podía haber tensión en la relación circunstancial de dos personas así. Resulta estúpido pensarlo. Esos hechos, si es que realmente se dieron con las intensidades que algunos arbitrariamente quisieron atribuirles, ocurrieron siete u ocho años antes del suicidio; acomodarlos para dar a entender que oprimieron mortalmente el alma del Bachiller, es, a mi juicio, un propósito malintencionado.

--Ya usted sabe que he buscado en todos los rincones. Si todo eso sucedió de la manera como usted la cuenta, ¿por qué usted dijo, poco después del suicidio, que la ingratitud había vencido a Rangel? Eso apareció en el Boletín de los Hospitales, en la página 202, y usted nunca lo desmintió. ¿La ingratitud de quién?

--Realmente me admira su acuciosidad, y su modo de dosificarla. ¿De quién la ingratitud? Del medio, por supuesto; no pensará usted que aludí al doctor Hernández, porque él no tenía nada qué agradecerle al bachiller

Rangel, al contrario. Y como usted ha escudriñado con mucha voluntad, seguramente también leyó que Ascanio Rodríguez, interno del hospital, amigo del Bachiller, se refirió a lo mismo, que el bachiller Rangel era una víctima de la ingratitud de sus conciudadanos. Y Razetti, testigo de excepción, igualmente culpó a la época, y al medio, “lleno de sinsabores y amarguras”, dijo, “con más espinas que flores, con más desengaños que recompensas”. Eso también lo leyó usted, estoy seguro.

--Ascanio Rodríguez afirmó lo que usted dice, pero además de eso se refirió a la envidia de algunos, que en vez de estimularlo, “sembraron con manos ocultas mucho abrojo en su camino para detenerlo”. Recuerde que la famosa revista *El Cojo Ilustrado*, al comentar el suicidio, culpó al medio poco propicio e indiferente que rodeaba a Rangel. Esa envidia no podía venir de los vendedores del mercado principal, ni de los monaguillos la indiferencia.

--Pero tampoco del doctor Hernández, si es lo que usted insinúa. He intentado ser lo más transparente posible con usted, como me lo pidió el doctor Hernández. Es verdad, el bachiller Rangel se quedó íngrimo, pero él se empeñó en eso, ya se lo dije, se aisló. En aquellos días, Rómulo Gallegos, que se iniciaba en la literatura, escribió del bachiller Rangel que “Son los hombres que consagran su vida al estudio robusteciendo la ciencia o exaltando las artes, los verdaderos acreedores a la gratitud del pueblo”.

Pienso que Gallegos se refería a los que, con intención política, hicieron críticas malsanas a la actuación del bachiller Rangel durante la epidemia de peste bubónica. Pero al doctor Hernández hay que sacarlo de ese grupo, porque, repito, estaba en la cartuja, a miles de kilómetros, y porque nunca entró al juego político; en ese aspecto era químicamente puro.

--Conozco ese artículo de Gallegos. Lo escribió con una ironía muy dolorosa. “El desprecio a Rangel --se quejó--, fue porque a su humildad nunca la prestigió el oro de un dormán galoneado”, y eso apuntaba a los generales adulados por las altas personalidades, entre ellas algunos médicos, y porque para los engreídos por el poder y la riqueza mal habida, acentuó Gallegos, muy poco valía aquella pobre vida de estudiante neurasténico.

--¡Exacto! Me contenta que lo haya leído. El bachiller Rangel no encontró solidaridad en su momento más difícil, eso es verdad. Por eso hablé de ingratitud. ¿De quién? preguntó usted. Quiero ser más preciso: de los que representaban en ese momento al país, que no valoraron los servicios que Rangel había prestado a la nación, aunque Castro lo condecoró, que a la larga le hizo más mal que bien. Fíjese que el profesor Gallegos asomó una debilidad nerviosa en el Bachiller, al calificarlo de pobre estudiante neurasténico.

--También yo quiero ser preciso: no encontró

solidaridad sino desprecio; es lo que Gallegos destaca. Esto es importante, porque la falta de solidaridad entristece un poco, pero el desprecio ofende. Yo veo una jauría con mal de rabia acosando a Rangel y lamiéndole las botas al general Gómez. Una estampa despreciable... Y después le negaron la beca por negro... ¿Influyó eso en el suicidio?

--No era negro auténtico, ya se lo comenté; se lo recalco porque pienso que el problema no era cómo lo veían quienes no lo querían, sino cómo se veía él... Sí influyó, no solamente en el suicidio, sino en el comportamiento social del Bachiller. Es muy difícil para una persona escapar de su origen. Era muy tímido: a pesar de su extraordinario talento, siempre se mantuvo orillado, en un segundo plano... Le advierto que esto lo veo ahora, cuando al saber que usted venía, me puse a pensar con detenimiento en aquellos sucesos... Los trabajos de investigación del Bachiller fueron presentados en la Academia por Razetti, porque tenían una importancia fundamental para el país; esos trabajos, los primeros de su tipo en Venezuela, revelaban un gran talento, pero Rangel no tenía ningún título. El doctor Razetti, que lo admiraba con lástima, una extraña dualidad de sentimientos, asumió esa responsabilidad. Las tesis brillantes que muchos de los graduandos de entonces presentaron, fue el Bachiller quien las hizo, sin pedir nada a cambio; desprendimiento admirable en un hombre no religioso, ¿o sería porque lo había sido?... Pero nuestra sorpresa mayor fue lo de su relación concubinaria

con Ana Luisa Romero, una muchacha simpática, muy modesta, una sombra, con quien tuvo dos hijos; no se casó con ella y nunca la presentó como su compañera; supe eso en el velorio. Siempre en un segundo plano, caminando a la orilla, tímidamente, en penumbras, como con miedo de mostrarse. Le cuento de esto, porque pienso que de haber tenido él otro temperamento, hubiera podido meterse en los círculos sociales de aquella época, que eran muy cerrados, es verdad, pero no absolutamente impermeables, en particular para la política. Su vinculación fue más estrecha con los estudiantes que iban a su laboratorio no tanto a buscar luces, sino a resolver el requisito de la tesis de grado, pero no llevó esa relación hasta la amistad, mucho menos a la intimidad o la fiesta. Por esos y otros aspectos que me sirven de apoyo, creo que su distorsionada conciencia de ser negro nutrió esa timidez, que lo redujo a un segundo plano social, pero al mismo tiempo, y para beneficio de la ciencia en Venezuela, lo empujó al estudio y la investigación científica. La ciencia es una esposa muy exigente... Al comentar eso, el doctor Hernández me dijo, con la iluminación que le daban las satisfacciones espirituales: “Jesús Rafael, los designios de Dios son inescrutables; Rangel parecía alejado de la fe, pero las apariencias son externas, y no somos nadie para juzgarlo, al contrario, debemos alegrarnos y agradecer que Dios, en su infinita bondad, lo haya elegido para un destino histórico, un destino envidiable, en el mejor sentido de la

palabra, a pesar del final trágico, que tampoco debemos juzgar, pues como siempre me ha oído usted, no estamos en el mundo para eso; un final que me ha atormentado en todos estos años. Créame que Rangel me duele por su alma y por lo que pudo ser. En aquellos días me visitó un joven brillante, a quien auguro un futuro excepcional, el bachiller Mario Briceño Iragorry (no olvide ese nombre). Vino con otro paisano andino, un sacerdote santo a quien admiro y quiero muchísimo, el padre Enrique María Dubuc, quien fue mi compañero de estudios en el Colegio Pío-Latino en Roma en el año 13. El muchacho me maravilló por su manera de expresarse, y también con su alegría, que como agua de manantial brotaba fresca de su conversación, extrañamente madura para su edad. Recordé al Rangel inteligente que vino a buscarme para que lo ayudara, aunque en sus rasgos y sus ideas me resultó la antítesis de aquel discípulo trágico. El suicidio de Rangel era entonces tema obligado para los trujillanos que hablaban conmigo; al bachiller Briceño Iragorry le dije lo que también a otros sinceramente apesadumbrados por esa muerte: Aunque lo persiguieron por negro, en tiempo no lejano su gloria será recogida por la blancura del mármol?... Creo que eso responde su pregunta.

--Sí... En la libreta todavía me quedan algunas, pero podemos terminar aquí.

--No, no. Usted vino a preguntar y yo estoy

aquí para responder, eso fue lo que me pidió el doctor Hernández; no se preocupe.

--Muchas gracias doctor Rísquez... ¿Por qué cree usted que el doctor Hernández, ilustre profesor, aceptó inmediatamente sustituir al bachiller Rangel en el laboratorio del Hospital Vargas después del suicidio?

--Le agradezco esa pregunta. Aceptó porque era un hombre de alma pura. Sustituir a un bachiller no lo rebajaba, nada lo rebajaba, él estaba por encima de las tonterías de la soberbia; además, Rangel no era un bachiller cualquiera, era un sabio, y tal vez fue por eso, para ratificar el prestigio de Rangel; recuerde que aceptó por un tiempo limitado, el necesario para salvar en la crisis la obra del Bachiller, para preservar aquel extraordinario legado. Eso nadie lo vio, porque no hay más ciego que quien no quiere ver.

--Esta otra pregunta se la hago con toda la consideración que usted merece; si le parece irrespetuosa, que no es mi intención, no la responda, me doy por satisfecho y me marchó.

--Pregunte, por favor.

--Usted fue alumno del doctor Hernández, tal vez el más cercano; y fue su asistente, y ahora su sucesor, un privilegio muy grande, pienso por eso que usted conoce casi todo de la vida de él. He visto retratos del Doctor: era muy atractivo físicamente. Por las relaciones sociales que tenía, con toda seguridad conoció jóvenes virtuosas e igualmente atractivas. ¿Por qué no se casó?

--Su pregunta se sale del tema que convinimos conversar, pero voy a tratar de responderla, aunque de antemano le digo que lo ignoro, solamente puedo ofrecerle conjeturas. No sé si usted ha leído la Biblia; si es así, recordará el consejo de San Pablo: “Antes de quemarte, cástate”. El doctor Hernández era asiduo lector de las Santas Escrituras, conocía esa licencia, pero nunca estuvo en la cercanía de quemarse; esa pudiera ser una razón para su celibato. La abstinencia no es posible para los espíritus mundanales, impedidos por sí mismos para yugular los llamados imperativos de la carne, pero sí en personalidades hieráticas que hacen de la decantación de las debilidades del alma un ejercicio de vida. Otro, fanatizado contra el pecado, hubiera dicho impurezas del alma, yo digo debilidades; tampoco hablo de búsqueda de la santidad, que molesta a muchos, sino de ejercicio de vida, una manera de enfrentarla. El doctor Hernández quedó huérfano de madre en la niñez; la recordaba a diario, y para él era una figura sagrada: la veneraba con el mismo fervor que ponía en la adoración de María Santísima y de Santa Teresa. Pienso que para él era muy difícil; mejor dicho, imposible, la sustitución de esos afectos trascendentes. Todos sabemos que siendo él un hombre de invariable respeto para los demás, lo extremaba cuando se trataba de una mujer. Esa también puede ser una razón valedera, porque en la relación carnal hay algo de agresividad. Hay otras. Como ya le dije, él era el cabeza

de familia; todo el grupo familiar giraba en torno de su persona; asumió esa responsabilidad desde muy joven, y la mantuvo hasta la hora de su muerte; casarse hubiera sido para él desprenderse cómodamente de esa obligación; los deberes matrimoniales son muy absorbentes, con frecuencia desvinculan de la familia materna, y limitan grandemente las acciones de un hombre que tenga por norte dos actividades tan exigentes como las religiosas y las científicas. Pienso que era muy difícil para él renunciar al estudio, con lo que no hacía daño a nadie, o abandonar su entrega a la asistencia médica de los pobres, de la que hizo un auténtico apostolado, a tiempo completo. Tampoco podía alejarse de la activa devoción religiosa que lo llevó a la cartuja, el seminario de Caracas y el Colegio Pío-Latino de Roma, porque era vital para su espíritu. Todas esas inclinaciones son vocacionales, y en caso del doctor Hernández, obligantes. No le concedían tiempo para los triviales asuntos terrenos, que no se compadecían con lo que quería para su existencia, no para los demás... Nunca predicó... Ni siquiera pidió a Rangel el regreso a la fe... Creo que estas razones son suficientes para explicar su celibato, sin embargo no fue un hecho excepcional en su familia; debe usted estar enterado que don Benigno Hernández se casó dos veces; en el primer matrimonio procreó siete hijos: la primera murió a los siete meses de nacida, y de los seis restantes, tres, incluyendo al doctor Hernández, se quedaron solteros; del segundo matrimonio nacieron

seis, de los cuales cuatro no se casaron. Y él no fue el único que buscó la entrega religiosa, una de sus hermanas fue monja... Estoy seguro de que el doctor Hernández era un ser especial; para comprenderlo a plenitud, tenemos que deslastrarnos de las pequeñeces que nos hacen hombres del común; ahí está la dificultad...

--¿Cree usted que era un santo?

--Sí.

--¿Que imitaba a Cristo?

--Sé por qué me hace esta pregunta. Me sorprende usted otra vez. Si mi conjetura no es vana, usted está aludiendo a Kempis.

--Ciertamente. Antes de venir a hablar con usted leí a Kempis. Me parece que varias de las frases suyas en esta conversación salieron de ese libro. ¿Era Kempis lectura de cabecera del doctor Hernández?

--*La Imitación de Cristo* es lectura obligada de quienes somos verdaderamente cristianos...

--¿Canonizaría usted al doctor Hernández?

--No me toca canonizarlo, sino a la posteridad, cuando todos estemos más allá de nuestras miserias, pero desde ahora lo afirmo: era un santo. No tengo ninguna duda al decir eso. El doctor José Gregorio Hernández fue un alma purísima; los jóvenes que tuvimos la fortuna de formarnos bajo sus enseñanzas de prosélito de la ciencia y con su ejemplo de convencido de la religión, siempre

lo consideramos un apóstol. Quienes lo trataron de cerca afirman lo mismo; era una presencia que irradiaba bondad, dulzura, pureza y confianza. Entiendo que mi testimonio adolece del mucho afecto y respeto que yo le profesaba, sin embargo no es distinto del de Razetti, que fue su compañero de estudio, de la Universidad y de la Academia, pero ateo militante en el materialismo... No le dije todo lo que ocurrió en la Academia cuando se discutió el tema del Creacionismo y el Evolucionismo.

Hablar de eso era entonces casi una herejía, pero el doctor Hernández aceptó el reto de Razetti, defensor del darwinismo, y terminó su disertación con un acto de fe, como le conté: “Yo soy creacionista”. También tengo una libreta. Para Razetti, el doctor Hernández perdió, y quizás fue así en aquel campo académico, pero un día, al volver sobre el asunto, el doctor Hernández me dijo, palabras más, palabras menos, lo siguiente: “Yo he pensado mucho en todo esto, Jesús Rafael, y siempre llego a la misma conclusión: cuando consumimos el campo de los fenómenos comprobables, pasamos al razonamiento puro, a la metafísica; lo que preocupa no es ya la causalidad o la modalidad de los fenómenos, sino su esencia, pero esto igualmente tiene su frontera, y fíjese bien en lo que digo: para el pensamiento, que a todos nos parece infinito, también hay un límite: el misterio del ser, que solamente puede encontrar respuesta en la

religión; por eso considero, sin querer ofender a nadie, que el positivismo, hoy tan de moda al ofrecer a la ciencia una extraordinaria fuerza doctrinaria, se enfriará con el tiempo, porque el ser humano que piensa en sí mismo, no puede quedarse en el cómo, en la simplicidad de los hechos; no seríamos lo que en el progreso social hemos logrado ser, si no le hubiéramos dado importancia también al qué, el por qué y, sobre todo, el para qué”. Pero Razetti, con generosidad poco frecuente en los ateos, reconoció la alta espiritualidad del doctor Hernández. Escribió: “Lo más admirable del doctor Hernández no fueron sus vastos conocimientos científicos, su calidad de profesor universitario ni su abnegada dedicación a sus enfermos y su familia, sino su fe religiosa, la pureza y la fuerza invulnerable de esa fe, tanta fuerza que la realidad positiva de la ciencia no la quebrantó, y tan pura como lo fueron todos los actos de su vida en el mundo y en el comercio de los hombres; para un hombre que como yo solamente cree lo que me dice la lógica y el pensamiento positivo --concluyó--, Hernández es un maravilloso milagro de fe, bondad y pureza, y por todo eso el más respetable de los hombres que he conocido”.

--¿Quiere usted decirme que también para Razetti, que en todas partes proclamaba su ateísmo, el doctor Hernández era un santo?

--Sí. Por supuesto, dentro de la óptica del doctor

Razetti. No la santidad por entrega a Dios, sino por entrega incondicional a lo más puro de la vida. Y esto es totalmente aceptable.

--Espero que me comprenda, doctor Rísquez, estoy tratando de desentrañar la confusa situación del suicidio de Rangel, que roza lamentablemente al doctor Hernández; en cierto modo yo aquí, en este momento, actúo como abogado del diablo. Mi insistencia en este punto de la santidad del doctor Hernández no es terquedad, sino exigencia de la necesidad de estar claro en relación con él, para intentar armar el rompecabezas que plantea ese suicidio, del que se dijeron tantas cosas... Usted, pues, exonera de todo pecado, de hecho, intención y pensamiento al doctor Hernández.

--Tanto como exonerar, no. Sería soberbia de mi parte asumir esa potestad, que no me ha sido dada. Para eso ni siquiera me ubico en el plano teológico o eclesiástico. Repito un lugar común al decir que la santidad no es un don sino un triunfo de espíritus superiores sobre las debilidades humanas. La santidad es un logro, y nada fácil, porque exige la superación de las miserias del corazón; elevarse del barro del que estamos hechos, deshacerse de la mala levadura que fermenta el alma y entregarse a todo riesgo a las exigencias de Dios, que en estos aspectos me parece bastante intransigente. Santo no

es quien nació para santo, sino quien a diario se vence a sí mismo en el campo de los pecados. La oración ayuda en esa tarea heroica, porque nutre el alma y le insufla espiritualidad, también los sacrificios, porque fraguan la voluntad. La fe del doctor Hernández fue el resultado de la convicción destilada de un hombre inteligente, informado de lo mundano y formado para la ciencia, a la que sometió a una severa reflexión para abrazarse a ella no con la invidencia del fanatismo, porque también la ciencia tiene sus fanáticos, sino con la extrema luminosidad de la certeza revelada...

--¿Conoció usted al doctor Leopoldo Baptista?

--Solamente de nombre.

--¿Y al padre Carlos Borges?

--Ni de nombre. Si lo oí alguna vez, lo olvidé.

--Le agradezco muchísimo, doctor Rísquez, esta conversación. Ha sido usted muy amable, y muy tolerante. Será, entonces, hasta una nueva oportunidad. Muchas gracias...

--No he terminado todavía. Quiero volver al tema de por qué el doctor Hernández se quedó soltero... Más bien, en castidad. Repito: lo ignoro. Pero la respuesta que le di no me satisface... La religión en los grandes espíritus, la religiosidad, mejor dicho, el pensamiento en elevación trascendente, absorbe la totalidad del ser, lo enajena de lo inmediato, de los sentidos, de lo deleznable. Los grandes

maestros de la espiritualidad casi siempre han sido seres solitarios; digamos que egoístas supremos, pero un egoísmo luminoso, no en desmedro de los demás, sino por y para los demás. Para trascender e iluminar con luz propia, usted tiene que asumirse totalmente; es riesgo y sacrificio, y por ejemplaridad se convierte en convocatoria a la imitación, no en imposición, ni en doctrina. Cristo es el ejemplo supremo de esa posición existencial; apenas responde: “Sígueme”.

Lo que dijo al joven rico: “Abandona tus riquezas y sígueme”. Las riquezas, debe usted saberlo, no son únicamente las posesiones materiales, de las que se deslustra cualquier convencido, también lo son los apetitos de la carne, el engreimiento, la soberbia... ¿Hasta dónde pedía Cristo que lo siguieran? Hasta la cruz, que no es la muerte, sino la vida plena, porque es el camino de la resurrección. No sé si usted puede entender eso. Sin esa cruz las enseñanzas profundamente humanas de Cristo carecen de sentido. Y eso no fue fácil para él. Fue una renuncia. En Getsemaní dice: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como Tú”. En ese momento supremo, comienzo de su agonía, Jesús sabe que será arrestado y llevado a la muerte; eso lo apesadumbra, como a cualquier ser humano, y no puede dormir, cae en insomnio, pero supera su temor para asumir su responsabilidad. El doctor Hernández asumió la suya.

--¿No es esa entrega un suicidio, como el de Sócrates en su celda, cuando rechaza la invitación a huir y acepta la cicuta?

--¡No!... Sócrates no era santo, y en el momento de su condena es un anciano que ha consumido su vida en una de las más grandes reflexiones filosóficas de todos los tiempos, pero también en los peores excesos de los sentidos. No hay comparación. Por lo menos, no la hay para mí. Sócrates ofrece un razonamiento lógico: Tenía 61 años, ¿huir a dónde, y a qué? Jesús, al contrario, era joven, y como ser humano tenía mucho camino por andar. Sócrates, por eso, duerme profundamente la noche anterior a su muerte, no por paz espiritual, sino por aceptación racional de su circunstancia; aunque con poca soberbia. Jesús, por lo contrario, duda, lucha consigo mismo, con su debilidad humana, solo, sin comprometer a nadie; sabe que será arrestado y crucificado, pero no huye porque sería negar lo que predicaba. Así lo entiendo. Creo que así lo entendía el doctor Hernández. Con esposa, hijos y compromisos terrenales inmediatos, el planteamiento es distinto. La castidad del doctor Hernández fue, como la de todos los grandes hombres del espíritu, una renuncia a los instintos, y un inmenso respeto por los demás.

--¿Conoció usted a monseñor Nicolás Navarro?

--Sí. Fue vicario general y rector del Seminario de Caracas, cuando estuvo allí el doctor Hernández, al que

trató muy de cerca. Un gran prelado. Cuando el doctor Hernández murió, monseñor Navarro le dedicó uno de los más bellos elogios que entonces se publicaron. Entre otras verdades dijo que fue una gloria de la Iglesia Católica, porque ejerció en grado heroico las virtudes cristianas, con una práctica asidua, modesta y silenciosa de una elevada piedad. Una opinión de mucho peso, por la alta jerarquía de monseñor Navarro.

--Usted se fue de este mundo en diciembre de 1947. Ignora que tres meses después comenzó un emocionado movimiento en pro de la beatificación del doctor Hernández, que se concretó el 15 de junio de 1949 con un decreto firmado por monseñor Lucas Guillermo Castillo, arzobispo de Caracas. Como todos estos asuntos de la Iglesia Católica, ese proceso fue muy lento desde el principio, y cayó en el olvido en 1955, al morir monseñor Castillo, situación un tanto inexplicable, por lo menos para quienes miramos desde afuera, porque entonces el doctor Hernández era tenido como santo por la inmensa mayoría de los católicos venezolanos, que ya le rendía culto. Lamento decirle que uno de los causantes del enfriamiento fue ese monseñor Navarro, que usted ha calificado de gran prelado. Puso una traba muy grande al proceso de beatificación del doctor Hernández: por intermedio del Nuncio envió a la Congregación de Ritos del Vaticano su minucioso diario *Efemérides*, donde dejaba

sus reflexiones y observaciones, en el que había escrito que el doctor Hernández no tenía importancia científica ni sobrenatural suficiente para ser declarado santo de la Iglesia... No quería llegar a esto, doctor Rísquez, pero fue usted quien prolongó la conversación. Menciono el hecho, y me disculpa si lo ofendo, porque me parece que no siempre dentro de la Iglesia se mueven con claridad las cosas. Se comentó que monseñor Navarro se disgustó porque a él no lo nombraron arzobispo de Caracas al morir monseñor Castillo, sino a monseñor Rafael Arias Blanco, rencor que lo llevó a tratar de abortar el proceso de beatificación del doctor Hernández, cuando monseñor Arias Blanco lo reabrió.

--Me gustaría que probara eso.

--Con mucho gusto... Guillermo, por favor, dile a monseñor Pellín que entre... Aquí está. Usted lo conoce, monseñor Jesús Pellín, archidiácono de la catedral metropolitana y director del diario *La Religión*... Él le va a explicar lo que pasó:

--Me da mucho dolor todo esto, Jesús Rafael, pero por la verdad murió Nuestro Señor. La Iglesia me nombró para que hiciera un perfil psicológico de monseñor Navarro. Estudié el caso con mucho cuidado, pregunté, oí, reflexioné y en cumplimiento de ese mandato informé que monseñor Navarro era un prelado de singular talento, aunque de carácter amargo, y que tenía dos defectos:

creía que no se equivocaba jamás y no veía bien lo que hacían los demás si él no había sido el iniciador o primer colaborador. Concluí que no siempre había sido justo al juzgar a la gente...

El doctor Rísquez apretó los labios, como su maestro en momentos de tensión, y permaneció en silencio unos minutos. Luego, volviendo en sí, dijo con voz apenas audible:

--Que Dios lo perdone. --Y dirigiéndose a mí--: Y a ti también.

## 6.- *Viaje al propio encuentro*

--Viene usted a alborotar fantasmas, a recordarme una época de la que no guardo recuerdos gratos, una época que frustró mi vida. El suicidio de Rangel fue apenas un lunar para la pobre Venezuela de aquellos días, pero más allá de las paredes del Hospital Vargas, del círculo de sus amigos y enemigos, no tuvo mayor repercusión, no más que la esperada por el suicidio de cualquier persona, así no la hayamos conocido. Y todos sabemos que los suicidios dejan grandes dudas y sentimientos de culpa.

--¿Qué sintió usted cuando supo la noticia?

--Estupor. Y cierta complicidad.

--¿Que usted en cierto modo era también culpable de esa muerte?

--Que yo en cierto modo lo acompañaba en esa muerte. Mi exilio voluntario fue en su momento como un suicidio, porque renuncié violentamente a lo que yo había escogido para mi vida y para lo que me había preparado. Tenía 30 años de edad cuando fui nombrado rector de la universidad, y no por influencia de mi padre, como algunos resentidos comentaron: Aníbal Dominici, quien también

había sido rector no metió la mano por mí. Tampoco influyó mi apellido que, apartando la modestia, pesaba bastante en aquella sociedad: me dieron esa posición porque yo regresaba de Europa con muchos conocimientos nuevos y con una visión distinta de lo que debía hacerse en la educación universitaria, y con deseos de hacerlo, que era lo más importante. Yo seguía las enseñanzas del gran Claude Bernard: dejar atrás el curanderismo y asumir la medicina como un delicado proceso de constatación y observación exhaustiva de los hechos fenomenológicos, para someterlos a reflexión, ensayo, tanteo, comparación y combinación, hasta dar con las condiciones experimentales adecuadas que permitan, con el menor margen de error, aproximarse a una verdad; un proceso influido por el positivismo, que marcó hondamente el pensamiento de mi generación. Además, la tecnología médica comenzaba a adquirir importancia. Recuerde que en 1895 Röntgen en Alemania había descubierto los rayos X, un hallazgo que introdujo un fantástico medio de diagnóstico para las enfermedades internas, y una nueva filosofía médica: se dejaba de adivinar porque podía verse el interior de los pacientes. Ya no éramos aprendices de brujo... No sé si recuerda la narración de Goethe sobre el tema, y la musicalización de Paul Dukas... Época maravillosa, extraordinaria; una explosión de la inteligencia. Freud, los impresionistas, Debussy, Proust, Picasso, Diaghileff, los Curie... Nuestra Teresa Carreño... Lo que quiero darle

a entender es que a mi regreso de Europa, cargado de conocimientos y experiencias increíbles, se abría para mí un futuro que muy pocos jóvenes llegan a tener... Por favor, no me interprete mal; siento en este momento una imperiosa necesidad de ser sincero; hay tantas cosas que quisiera borrar de mi vida; muchas, usted no se imagina... En aquel momento yo hablaba con fluidez cinco idiomas y venía de ser ayudante de uno de los científicos franceses más importantes, de Nicolás Gilbert, a quien usted habrá encontrado en la patología hepática en alguno de sus libros. Al dejarme arrastrar por lo telúrico, para calificarlo de alguna manera, me embarqué en esa aventura del general Matos para echar del poder a los andinos, y el echado fui yo. Tuve que irme. Me suicidé. Renuncié a mi destino. Un exilio de treinta años. Precio exagerado para un disparate de juventud. Cuando regresé tenía muy poco qué buscar en esta vida. Me llenaron de honores, es verdad, pero eso no sirve para nada.

--La renuncia como suicidio.

--Muy buena interpretación... Sí. Los suicidas renuncian a la lucha, que les resulta más tormentosa que la muerte...

--Salmerón Olivares, a quien usted tal vez conoció en las aulas universitarias de aquellos días, dijo que Rangel no era un suicida sino una víctima; en otras palabras, que la muerte de Rangel había que ubicarla en la categoría de

crimen: ¿Exageró Salmerón Olivares o comparte usted ese criterio?

--Bueno, cuando se habla de crimen se alude una culpabilidad. Categorizar ese suicidio como crimen para buscar un culpable, me parece demasiado, y se siente en el fondo de la acusación un aire de resentimiento. Claro, hablo a setenta años del suceso... En toda muerte de alguien muere parte de otro; si algo de alguien muere en la muerte de otro, es porque algo del otro vive en la vida de ese alguien. Parece un galimatías, pero es así. Salmerón era amigo de Rangel, aunque no íntimo, porque Rangel, a quien conocí bastante bien, sin tampoco entrar en su intimidad, no tuvo amigos de esa clase. Salmerón era su alumno, de modo que con esa muerte tal vez algo de Rangel murió en él, y eso siempre resulta doloroso; en los momentos de esas tragedias se dicen cosas que se explican por la emoción, pero casi siempre muy alejadas de la realidad.

--Para usted, entonces, que según Salmerón fue uno de los pocos amigos de Rangel, y quizás su único maestro, ese suicidio fue un lamentable incidente, no el final de una tragedia en la que Rangel fue la víctima.

--Bueno, es difícil decir en un caso como ese, hasta dónde lo personal y hasta dónde lo colectivo. Veo como tragedia el suicidio de Rangel, porque cortó abruptamente la trayectoria de un hombre joven con mucho talento, que ha podido dar más de lo que dio a un país que necesitaba con urgencia hombres de ciencia auténticos; pero en

sentido estricto la tragedia no fue para él, porque quien muere ya no tiene problemas, por lo menos en esta vida, la tragedia fue para Venezuela, que seguía viva, con una posibilidad menos de salir adelante en una época muy difícil; una posibilidad menos de conseguirse a sí misma; han pasado setenta años y Venezuela sigue sin conocerse, y es ahora cuando comienza a salir de esa confusión.

--Usted también fue una posibilidad menos.

--Nosotros fuimos para la medicina venezolana una generación tan brillante como la de la Independencia en la política; creo necesario destacar eso porque la soberanía de un país no sólo se construye con armas. Lo afirmo porque es la verdad; además, no estoy en este mundo, no necesito sacar provecho de mentiras; nosotros, y al decir nosotros hablo de José Gregorio, Luis Razetti, Rafael Rangel, Pablo Acosta Ortiz, Guillermo Morales, iniciamos una revolución mucho más significativa que la de José María Vargas, a quien no podemos negarle el título de Padre de la Medicina en Venezuela, pero Vargas, como Bolívar, aró en el mar. No dejaron hijos espirituales; como le escuché a alguien, murieron huérfanos de hijos. Nosotros sí, porque fuimos maestros. El suicidio de Rangel fue una pérdida significativa para la ciencia venezolana, pero él era apenas uno de los primeros violines, no el concertino, mucho menos la orquesta. Al analizar esa muerte no debemos dejarnos arrastrar por el sentimentalismo, hay que tratar de darle su dimensión exacta... Tenga cuidado...

No hay que empeñarse en misiones que no llevan a ninguna parte...

Me pareció que estaba molesto. Pequeño, calvo, rojizo, soplando aires de suficiencia intelectual, pero molesto. Lucía una camisa y unos pantalones blancos muy frescos, propios para el trópico, deportivamente: con una Kodak y un sombrero de colorines hubiera parecido un turista norteamericano disfrutando su jubilación. ¿Presentía que alguna de mis preguntas podía ponerlo en aprietos? ¿Era su tensa altanería un modo de mantenerme a raya? En el padre Carlos Borges encontré una desfachatez confianzuda, aguardentosa, sazonada con vulgaridades de lupanar. Al contrario, el doctor Jesús Rafael Rísquez asumió una compostura acartonada, profesoral, con un hosco respeto para mí y los personajes de su historia; lo sentí moverse cuidadosamente entre sus palabras, con tacto de cirujano oculista, para no tropezar los frágiles objetos de su cristalería. Y ahora este Santos Dominici, que había sido exiliado del presidente Castro, y embajador y espía del general Gómez hasta la fracasada invasión del Falke con la que se comprometió, me respondía con una contenida altanería que yo no esperaba. Dejé de escucharlo por un rato, entretenido en los detalles: las arañitas vasculares bajo la transparencia rojiza del cutis, consecuencia, tal vez, de muchos buenos vinos; el pañuelo perfumado con que recogía la saliva que se le acumulaba en las comisuras

de los labios, y en los ojos, de una acuosidad desagradable en los párpados caídos, anillando los iris, la orla de nácar de la vejez, exagerada por los quevedos de oro. Y pensar que esta sombra --me dije con tristeza--, fue en su dorada juventud de niño bien un personaje de novela.

--¿Debo interpretar estos conceptos suyos, doctor Dominici, en el sentido de que el suicidio de Rangel no fue el epílogo de un hombre acorralado por la envidia de brillos falsos que lo rodeaban en el ambiente científico y por los problemas generados por la epidemia de peste en La Guaira, cuando lo convirtieron en chivo expiatorio de una situación política en la que no tenía arte ni parte?

--No creo que haya sido así. Por lo menos, me parece que no hubo esa intención. El general Gómez, en aquel momento, quería hacer bien las cosas; después torció el rumbo, y por eso me alejé de él, pero ese es otro capítulo de la historia lamentable de este país. Acepto que Rangel fue objeto de críticas demasiado duras e injustas, pero no para que se suicidara, sería exageración plantear esa atrocidad. La ciencia es discusión de ideas. Precisamente, fue lo primero que intentamos introducir en la universidad al regresar de Europa, pero Rangel quizás no estaba preparado para entender eso. La otra conjetura es que si la negación de su trabajo en La Guaira lo afectó hasta los extremos del suicidio, habría que atribuirle una personalidad psicopática; en esas situaciones, nada

excepcionales, un ser común responde con violencia o se hace el indiferente, o el sordo, no sale a tragarse una pastilla de cianuro ni a darse un pistoletazo; le da tiempo al tiempo; espera que pase la tormenta. No es mi opinión, sino lo que he recogido de amigos respetables por sus conocimientos y su seriedad. Las personalidades suicidas son muy vulnerables, cualquier golpe las derrumba; un simple empujón.

--¿Quién dio ese empujón a Rangel?

--El problema no es quién da el empujón, sino de quién lo siente el suicida... Quiero ser sincero con usted: estoy obligado a ello por lo que acabo de recordarle: hacía mucho tiempo que estaba en mi tumba, usted me sacó de ella... Admiré mucho a Rangel y traté de trabajar con él de la mejor manera posible, pero cuando me llegó la noticia del suicidio y lo que se comentaba, pensé que la defensa que se le hacía no buscaba reivindicarlo, sino comprometer a José Gregorio; mejor dicho, a lo que él representaba: una ciencia con fe cristiana. Introdujo la ciencia experimental en Venezuela, pero no era positivista; para mí, querían hacerlo de alguna manera responsable o corresponsable de aquella muerte absurda para disminuirle el fervor popular que había ganado con su fe religiosa, su rectitud moral y su abnegado ejercicio médico en favor de los pobres, conducta ejemplar que de un lado molestaba a los enemigos de la Iglesia, y del otro servía de apoyo a quienes

criticaban el nuevo cientificismo de la universidad. Si José Gregorio hubiera tenido algo que ver con esa muerte, no lo hubiera perdonado el vitriólico Pío Gil.

--Luis Razetti ayudó a Rangel, adversó en la Academia al doctor Hernández y se inclinaba al general Castro, y lo afirmo porque conozco el telegrama adulatorio que le envió al dictador en los días de La Aclamación, al Castro que lo sacó a usted del país. Entre los que rechazaban la radiación espiritual del doctor José Gregorio Hernández, ¿incluye usted a Razetti?

--No quiero caer en maledicencias. No conozco ese telegrama de Razetti; si de verdad lo envió, pienso que fue uno más; no hay que andar rebuscando en los basureros de los comportamientos humanos para apedrear a los hacedores de bien; Razetti fue un médico con una excelente formación académica y cultural, muy creativo, trabajador incansable; Venezuela le debe mucho, no podemos olvidar sin injusticia lo que hizo por modernizar la medicina en este país... Él se oponía a José Gregorio en las ideas religiosas, pero sin ofenderlo; al contrario, cuando en uno de sus artículos periodísticos tocó ese punto, escribió que respetaba la sumisión de José Gregorio a la Iglesia de Roma, porque sacrificaba todo ante el altar de su ideal religioso, y que lo comprendía plenamente cuando afirmaba que sus verdades científicas pasaban primero por el tamiz del dogma. Lo definió con inusitada ternura: “El doctor Hernández era un sabio casi

niño, con energías de joven y corrección de viejo”.

--Veo que su admiración por el doctor Hernández sigue viva, como en los días en que se carteaban, ¿lo considera un santo?

--¿Qué es la santidad?... José Gregorio se sostuvo sin transigencia en esa sumisión a la Iglesia que refiere Razetti, y en aparente derrota, hasta el final de sus días, calladamente, sin adoctrinar en la cátedra ni en la calle, sin buscar correligionarios, en total soledad, en puro ejemplo, como los santos verdaderos... Quiero decirle algo más: el desaforado positivismo militante de nuestra juventud pasó de moda, como todo, como el charleston o las leontinas, y es hoy, en cierto modo, una reliquia histórica, aunque haya transmutado a positivismo lógico; en estos tiempos el materialismo trata de avanzar por otros atajos, pero al margen de eso, la fe y la razón no son absolutamente contradictorias sino en las mentalidades obtusas. José Gregorio rezaba mucho, pero fue el primero que trabajó seriamente con el microscopio en nuestro país. El doctor Guillermo Morales había traído uno, muy rudimentario, aunque algo se veía a través de él, y fui yo de los primeros en trabajar con ese aparato, pero fue José Gregorio, poco después, quien realmente lo usó de manera sistemática y enseñó su técnica; entre muchos, a Rangel... Pienso que el microscopio le ratificó que lo que existe no siempre se ve; que el ver es asunto de posición y de instrumento. De la luna vemos una sola cara, pero la otra, la oscura, que no

vemos, existe. Tendemos a ser tajantes, y antes de pensar tomamos partido para después acomodar el pensar al partido; hay mucho de ideología en eso: o blanco o negro, sin reconocer que entre esos dos tonos de la realidad, tan simples y determinantes, hay una infinita variedad de matices; si así no fuera, las radiografías no servirían para nada, ni el psicoanálisis, ni el arte moderno; en el matiz, o el detalle, si usted quiere, está el disfrute espiritual de la vida...

--Y el carnal también.

--Pasaré por alto ese comentario, no me interesa...

Con la serenidad que imponen los años, lo afirmo convencido, terminamos entendiendo que la verdad es un asunto de matices, por eso nadie, excepto los maniqueos, y los idiotas, son dueños de ella. Cuando uno aparta prejuicios, tonterías y rigideces dogmáticas, concluye que la fe y la razón no se contraponen: al afirmar que la ciencia sólo cree en lo que ve, se está proponiendo un dogma, tan discutible como el de la fe, que según algunos cree en lo que no ve, o en contra de lo que ve, porque piensan que solamente se ve con los ojos. El microscopio reveló cosas en las que no se podía creer porque no se veían, de tan pequeñas que eran. También las muy grandes pueden resultar invisibles. Si usted, a solas con los latidos de su corazón, nunca se ha preguntado qué hay más allá de lo que vemos del infinito, no ha pasado de la categoría de reptil. No se trata de ser poeta, sino de abrir las puertas de la percepción total... Déjeme decirle algo más. En 1901 yo

apenas conocía de vista a Rangel; fue José Gregorio quien llamó mi atención hacia él, mostrándomelo como un joven de talento excepcional. Recuerdo que me dijo: “Rangel está preparando, con muy buena técnica, láminas de tejido nervioso que no tienen nada que envidiarle a las de Cajal, pídele que te las muestre”. Por eso, cuando se comenta por allí que Rangel me consideraba su padre espiritual, no lo niego ni lo afirmo, pero en cuanto a influencias, José Gregorio está antes y en plano muy superior, porque cuando Rangel fue a trabajar en mi laboratorio, ya había sido formado por él.

--¿No se disgustó el doctor Hernández porque usted le quitó a Rangel?

--¿Qué insinúa?

--Insinúo que la amistad íntima suele ser celosa, y usted fue el único amigo íntimo que tuvo él...

--José Gregorio y yo fuimos como hermanos...

--Justamente; por eso lo digo...

--José Gregorio estaba dedicado a la bacteriología, una ciencia que estaba en su apogeo; Rangel tomó el camino de la parasitología, que comenzaba. Mi laboratorio le ofreció una oportunidad más amplia para trabajar en eso.

--Hace unos minutos, doctor Dominici, cuando usted dijo que hay misiones que no llevan a ninguna parte, pensé en la inutilidad de mi esfuerzo, pero ahora, cuando menciona eso que yo ya conocía, que Rangel dijo que usted había sido su padre espiritual, se abre una nueva

ventana para mi interés, porque se trata de comprender para comprendernos, y muchas veces, cuando algo nos interesa, es porque en cierto modo roza con molestia llagas propias, o ilumina rincones de nuestra personalidad que desconocíamos.

Cuando el bachiller Rangel lo llamo a usted padre espiritual no fue poca cosa, entre otras razones porque él, que había sido seminarista en su adolescencia, era un descreído, para no decir ateo, que a mi juicio implica otros conceptos. Lo lógico hubiera sido que llamara padre espiritual al doctor Hernández, un hombre que había hecho del cultivo del espíritu su razón de ser. Reprócheme, si lo considera pertinente, que elucubro fantasías, pero no puedo sustraerme de la idea de que Rangel, que había reconocido al doctor Hernández como su maestro en las técnicas fundamentales de laboratorio, al llamarlo a usted padre espiritual lo ponía por encima del otro padre, el material, el doctor Hernández, dejando muy atrás, en plano muy inferior, al padre carnal, a don Eusebio Rangel. Si eso lo llevamos a terrenos psicológicos, aunque ni usted ni yo seamos especialistas en esa materia, sino como simple tema de conversación, podemos concluir que don Eusebio Rangel le dio el ser, el doctor Hernández el hacer y usted el trascender; es decir, siguiendo a Karen Horney, aquellos le dieron carne y leche, y usted miel, y cuando usted ya no estaba, transfirió del general Castro

esas influencias, pero este no podía darle miel sino hiel... Me parece que esas frases sueltas en momentos de exacerbaciones emocionales críticas, reflejan de Rangel una gran confusión, y justamente usted, doctor Dominici, allí, en medio de los dos, fue el precario apoyo que impidió una precipitación al vacío... ¿Agata Christie?... La acepto, no me ofende... Sigo, y me disculpa. Usted se alejó de ellos en 1902. Creo que la ausencia de usted les produjo a ambos un brusco estremecimiento emocional: el doctor Hernández, desasistido de ese apoyo, profundizó al máximo en su vocación religiosa. Fíjese que en 1905 se produjo la polémica con Razetti sobre creacionismo y evolucionismo, es decir, sobre fe y razón, y en 1906 solicitó de la Universidad su jubilación, a los 42 años de edad, lo que hoy hubiera sido escandaloso. No es en ese momento, a mi manera de ver, el doctor Hernández de las cartas terrenas que a usted le escribió en 1888... El doctor Hernández era otro muy distinto que renunció y se aisló, con un fervor religioso y una voluntad de hierro innegables, pero ya usted aceptó que la renuncia es un suicidio. Rangel igual: entre 1904 y 1909 se metió de lleno en el laboratorio del Hospital Vargas, donde creció hasta convertirse en Padre de la Parasitología en Venezuela. En ese momento el dictador Cipriano Castro era su protector, o él así lo imaginó; su padrastro, si le asignamos un perfil psicopático. Cuando Castro fue despedido por Gómez y tuvo que desterrarse, la orfandad que siempre revoloteó

sobre Rangel lo envolvió definitivamente y lo llevó a la depresión y el suicidio... ¿Hércules Poirot? ¿Sherlock Holmes?... También los acepto.

--¿Piensa que les hice daño?

--Pienso que usted fue para ellos una fuerza casi mágica...

--Diga lo que quiera. No me interesa. No soy hombre de fantasías, y por este camino no llegaremos a ninguna parte...

--¿Quiere que me vaya? Usted dijo que la ciencia lo enseñó a discutir.

--No sé; ya estoy viejo, profundamente disgustado conmigo mismo. Fracagé en todo... No logré nada en la ciencia ni la política, y lo que es peor, desilusioné las esperanzas que en mí puso José Gregorio... Revolvió usted escombros muy dolorosos; me rozó fibras muy sensibles, casi me ha sacado de quicio...

La dura arcilla rojiza de su rostro del principio, le rodaba derretida en arrugas, un barro lento, mortecino, derrotado. Me dio lástima.

--Soy amigo de periodistas, y eso se pega; el periodismo es una enfermedad contagiosa. Es táctica periodística tratar de sacar de quicio a la gente, porque al perder el control dice cosas que de otra manera hubiera reprimido. Voy a poner mis cartas sobre la mesa para que sepa a qué atenerse. Para conversar con usted traje tres

aspectos muy personales de su biografía, y por lo tanto bastante delicados: un diario perdido, las cartas de 1888 y la dedicatoria para usted que el doctor Hernández escribió en el primer ejemplar de su libro de 1912, *Elementos de Filosofía*, que le envió a París. En la primera página él le dice: “He escrito este libro pensando en ti”... ¿Seguimos?

--Empecemos.

--¿Empecemos?

--Sí, porque también debo yo poner mis cartas sobre la mesa. Nos debemos un juego limpio. Temía este encuentro con usted por el pasado. Intenté controlar la situación... Ya no me importa.

--Se lo agradezco. Por favor, hágame un retrato hablado del doctor Hernández.

--Está bien... Me hace usted un gran favor... Pero primero lo de la dedicatoria en los *Elementos de Filosofía*... ¿Por qué pensando en mí escribió José Gregorio ese libro? Porque en la adolescencia sellamos el compromiso de ser los mejores en la ciencia y la espiritualidad de nuestra generación, anhelo platónico que no pude sostener: escribió eso para un hermano menor perdido, para una oveja descarriada, con la esperanza de regresarla al redil, que no era otro que la fe de nuestra juventud, afincada en nuestra superioridad intelectual. Habíamos decidido formarnos para cambiar la educación universitaria de este país, entonces de muy bajo nivel. Pero yo era un ambicioso,

y José Gregorio un alma extremadamente pura. En París lo vi enternecido hasta las lágrimas, cuando pasó en su landó la desgraciada reina de España, Isabel Segunda, quien le contestó su saludo de impecable caballerosidad, sin embargo yo allí, en esa pérfida ciudad donde el vicio acaba con el juicio, con otros amigos libertinos conspiré para entregarlo a una prostituta, a la que después, sentada a su lado con inesperado recato, encontramos llorando, arrepentida.

--¿Por qué hicieron eso?

--Por muérganos... Perdóneme la palabra...

Y porque la castidad de José Gregorio nos resultaba intolerable; nos disminuía; nos hacía sentir vulgares... No fui digno de su amistad, no estuve a la altura magnífica de ese santo, que solía repetir de Cruveilhier que escribir una obra científica es entonar un canto de alabanza a la gloria infinita de Dios.

--¿Sigue creyendo en Dios?

--Nunca dejé de creer en Él, aunque fui un gran pecador.

--Nadie es perfecto.

--Ahora el retrato. En su época José Gregorio pudo ser visto como de buena estatura, discretamente inclinado hacia delante, quizás por su costumbre de la oración y por caminar siempre mirando al suelo, enfrascado en sus muchas preocupaciones morales, como él las llamaba, sin aclarar a qué se refería. Fue eso, precisamente, el caminar

sin percatarse mucho de lo que a su alrededor sucedía, lo que a mi parecer originó el lamentable accidente automovilístico en el que perdió la vida; un hecho absurdo, si pensamos que en esa época no eran muchos los automóviles que transitaban por las calles de Caracas, y que además hacían mucho ruido. Por su delgadez y maneras pausadas, la primera impresión que se ganaba de él era la de un ser frágil, sin embargo era fuerte, no se cansaba con facilidad y era de carácter firme, y valiente cuando las circunstancias se lo exigían.

Cautivaba por lo bien parecido y le gustaba vestir a la moda, y en una época se la dio de dandy, como en un gesto de rebeldía contra él mismo. En esa época, un flux de tela inglesa, casimir o lino, era muy costoso; para resolver ese problema aprendió a cortar y coser y él mismo se hacía sus trajes. Lo enseñó un sastre en cuya casa fue inquilino, el señor Germán Puyou, dueño de la Camisería Francesa, famosa entre los elegantes ricos de Caracas. Poseía una gran destreza manual y extraordinaria sensibilidad artística: tocaba bastante bien el piano, el armonio, el violín y la flauta; cantaba con buena voz y mucho afinamiento; escribía con excelente castellano y algunas veces con mucho sentimiento poético, además, dibujaba y pintaba con facilidad; dejó algunos retratos de santos. Al contrario de lo que pueda pensarse, era muy sociable, bailaba con soltura y hacía amigos con facilidad,

aunque nunca íntimos, en eso yo fui la excepción, creo ser uno de los pocos a los que tuteó, si no el único. Le gustaba conversar y lo hacía profusamente cuando se encontraba en grupos de cultura elevada, o con oyentes despiertos. Pero en honor a la verdad, no era alegre; nunca lo oí reír a carcajadas, y su sonrisa era más bien triste. Estoy hablando del José Gregorio joven; después cambió, fue otro, aunque no vi ese cambio porque, como sabe, yo vivía en el exilio. Yo, que lo traté íntimamente por varios años, puedo asegurar que a pesar de la facilidad para hacer amigos que acabo de referirle, José Gregorio, que ya entonces poseía una formidable cultura, era muy exigente en ese aspecto, además era tímido, bastante retraído, por eso, pienso yo, se apegó tanto a mí.

--Muchas gracias, doctor Dominici...

--Espere... La unión espiritual entre dos hombres no es fácil de explicar, y hay mucho interés en cuestionarla. José Gregorio y yo fuimos como hermanos, o más que hermanos. Tuvimos la suerte de formarnos en un ambiente intelectual y espiritual muy elevado. Digo suerte por significar una conjunción propicia de factores no previstos, porque en el desarrollo de una persona no basta su condición básica, su inteligencia o su sensibilidad, es necesario que al mismo tiempo esté dotada para el esfuerzo y la perseverancia, y que todo eso coincida con buenos maestros, tutores, un ambiente estimulante y

compañeros excepcionales. Eso, gracias a Dios, se dio para nosotros, y esa fue nuestra aristocracia, la superioridad de la excelencia, tan del disgusto de la mediocridad, que prefiere el igualitarismo por lo bajo.

--Para eso se necesita una posición social muy alta, que no todos los inteligentes, sensibles y perseverantes logran.

--Es cierto, y lamentable, pero también es cierto que lo que Natura no da, la oligarquía no lo presta. Lo digo ubicándome en aquella época, porque era el calificativo que recibíamos.

--¿Y la democracia?

--¡Tampoco! La democracia se basa en la mayoría, y la mayoría es mediocre. Esa es también la pata coja del comunismo, muy atractivo en la teoría, pero contranatura. Digamos, para ubicarme ahora en el tiempo de usted, que la democracia da más facilidades que otros sistemas, siempre y cuando se entienda y ejercite como igualdad de oportunidades, pero nadie puede ir más allá de sus potencialidades.

--El doctor Hernández y usted gozaban de una buena posición social.

--Que nos permitió una magnífica educación. Desde temprano, José Gregorio mostró mucha capacidad de introspección y reflexión; se inclinaba muy poco al bullicio natural de los niños y no se distraía con las travesuras infantiles corrientes. Pienso, por lo que

me contó de su niñez, que en eso contribuyó el nivel económico relativamente alto de su familia en medio de la pobreza de Isnotú, pero también la corrección de su hogar, en el que la religión impregnaba todas las acciones y donde el catecismo y el Carreño eran obligadas lecturas de todos los días. Mi casa fue más ancha y más elástica, y también más alta. Debo decirlo, porque se convirtió en el lugar más frecuentado por él en sus días universitarios; mi padre, que lo admiraba, era el rector de la universidad, y a mi casa iban con frecuencia las figuras más prominentes de la inteligencia, la política y la sociedad de Caracas. En Isnotú recibió José Gregorio lecciones de un excelente maestro vocacional, don Pedro Celestino Sánchez, quien al advertir su sobrado talento, recomendó a don Benigno que lo enviara a estudiar a Caracas en un buen colegio. Y hacia allá se fue a los once años, prácticamente solo, en compañía de un general de montoneras retirado, un hombre sin muchas luces y endurecido por la vida, que en ese accidentado trayecto de varios días, le dictó un curso intensivo de hombría y de historia viva de Venezuela. A los 11 años de edad somos todavía niños; a usted, que le gusta tanto la psicología, ese viaje pudiera parecerle la orfandad total, un desarraigo terrible; un exilio emocional y físico. Se inscribió en el famoso Colegio Villegas, el mejor de Caracas en aquellos días. Algo parecido sucedió conmigo, aunque no con esa intensidad. A mí me mandaron a estudiar a Puerto España, en un colegio británico, donde antes de los

18 adquirí el dominio del inglés como mi tercer idioma, y aprendí bastante bien el francés. Al retornar de allá para estudiar medicina, conocí a José Gregorio en los corredores de la universidad, que iba dos años delante; éramos brillantes pero solitarios, él más que yo, y comenzamos a construir esa amistad de la que tanto se ha hablado, que en su basamento tuvo desde el principio las piedras vivas del espíritu y la inteligencia en armonioso equilibrio. La gente no entiende eso, porque piensa que ocurre solamente en las novelas. Ya entonces era yo un adicto al estudio y a todas las manifestaciones del arte, que se me facilitaban en la biblioteca profesoral de mi padre.

José Gregorio igual. Mi casa era un ateneo; hablábamos allí de cosas bellas, y también de la política y las tonterías sociales, porque no nos negábamos a ningún tema ni a ninguna persona, pero en un nivel de cultura muy alto; éramos unos *dilettanti*, y eso, tal vez, nos ganó la animadversión de los mediocres de la universidad, incapaces de levantar vuelo de sus vulgares limitaciones, una animadversión que se prolongó más allá de los años estudiantiles, porque la superioridad de los demás ofende. Esa comunión de inquietudes, pareceres y conductas, explica que José Gregorio y yo nos convirtiéramos en inseparables, en siameses de sentimiento y pensamiento. Lo tenía por mi hermano mayor. Puedo decir, y ya me tiene sin cuidado de qué manera la mediocridad me interprete,

que nacimos el uno para el otro, con un camino común posible hacia un destino superior, pero al separarnos, la parte oscura de mi temperamento me desvió de ese camino, me dejé tentar de la mundanidad, la figuración y el poder; de la soberbia, por eso escribió sus *Elementos de Filosofía* pensando en mí, que ya tenía 43 años, porque siempre tuvo la esperanza de que yo regresara a la senda de santidad que él creyó posible para los dos; no fue así para mí, pero al regresar a la memoria de aquellos días jubilosos, me reconforta pensar que de algún modo yo fui un instrumento para la santidad de él, por la hermandad del principio y el abandono después... La diferencia de edad entre nosotros era muy poca, pero la madurez de José Gregorio era tan grande y tan depurada, que me resultaba intemporal; ahora pienso que fui su hijo espiritual, como también lo fue su hermano Benjamín. ¿Ve cómo cambian las cosas? Cuando acepté esta conversación, sentí miedo de mí mismo, pero ahora le agradezco que me haya dado usted la oportunidad de conciliarme con mi pasado, que ha sido mi tormento durante todos estos años; creo que ahora podré terminar de morir tranquilo, y merecer el olvido al que todos tenemos derecho cuando carecemos de gloria... Usted me preguntó sobre la santidad de José Gregorio. El temor hizo que mi respuesta fuera mezquina, de evasivas. La santidad no tiene nada que ver con el cielo, más bien con la tierra; mejor dicho, es una intermediación excepcional entre lo terreno y lo celestial. La santidad es

la belleza del espíritu, la belleza suprema, y trasciende las otras, la música, la poesía, la verdad y el amor... El amor... Tenía mucho miedo de esta palabra... La música es la exquisita belleza de la sensibilidad sensorial, con ella concede Dios al humano la máxima aproximación a su esencia. La poesía lo es de la palabra, el don preciado de Dios para la exaltación del intelecto. Con la poesía, el humano recrea el mundo, se lo adueña y lo interpreta. La verdad es desnudarse a la relación humana, quitarse la máscara y la opalanda de las apariencias y revelarse tal cual se es. El amor es la iluminación de la parte más oscura de la condición humana. La santidad es la belleza del espíritu y trasciende las otras, porque es la sensibilidad elevada a las alturas de la divinidad, purificada en renuncia, oración y alabanza, contestada por una inteligencia superior que ve más allá de la realidad de los sentidos, para darse en verdad absoluta y amor abnegado y puro. Para mí, hoy, aquí con usted, en la santidad de José Gregorio no cabe duda, y me siento justificado en mi existencia banal y torpe, por haber sido su amigo y su instrumento. Me siento tranquilo.

--¿Pudo haber sido distinto el destino de Rangel y la vida del doctor Hernández, si usted se hubiera quedado en Caracas?

--En otra época y en otras circunstancias, tal vez entre los tres hubiéramos cambiado de manera

más que significativa la educación universitaria, que es determinante en el progreso de un país, pero la situación no favorecía un proyecto de esa naturaleza. Tampoco hubiera sido yo el mismo. He reflexionado mucho sobre todo lo que ocurrió en Venezuela durante el gobierno del general Castro y tengo unas conclusiones. En las épocas de crisis, se establece una sintonía muy particular entre el cuerpo social y el cuerpo personal, entre la sociedad y el individuo. En aquellos días tan difíciles, la cabeza del poder creaba y sostenía una atmósfera muy inestable, de agresividad permanente, de miedo.

Todos estábamos nerviosos e intranquilos, y a eso se agregaba la transición del siglo, paso que desde la Edad Media sembraba dudas y temores. Al comienzo del castrismo, todos pensábamos que se producirían cambios inevitables, y necesarios, pero que el sosiego volvería una vez estabilizado el nuevo gobierno, sin embargo no fue así, al contrario, desde el mismo momento en que llegó al Capitolio, el general Castro, que parecía una necesidad, comenzó a hacer de las suyas, a cometer barrabasadas, y esa situación se prolongó por nueve años, cronificó la inestabilidad y enfermó al país entero; estableció un creciente malestar general que mantenía a todo el mundo al borde de la desesperación. Castro hablaba demasiado y no medía sus palabras, era muy vulgar; peleó con la gente decente, con las potencias extranjeras, con la Iglesia, con los

banqueros. El suicidio de Rangel, un hombre hipersensible e inteligente, fue una fatal consecuencia de todo eso, por lo que acabo de decirle, que en las crisis sociales el individuo también entra en crisis, porque sus problemas personales se exacerban. Fue un suicidio escandaloso en los círculos universitarios, pero no el único, porque suicidarse no es solamente quitarse la vida, lo es también subordinar los ideales a un impostor, no luchar por lo que es de nuestro mayor interés, refugiarse en la soledad o tomar el camino del exilio. Cuando llegaron los andinos, la sociedad caraqueña, a la que José Gregorio y yo pertenecíamos, satisfecha de sus miserias, vio unos bárbaros que venían de la montaña a vulnerarle sus privilegios, no entendió que esas hordas levantadas por la historia, traían una noción de grupo, muy tosca pero clara, una noción de prójimo, de región, y una intuición de país. Ofendido por la plebeyez en funciones de gobierno, me uní al general Matos, sin percatarme de la profundidad del proceso, y los enfrenté, y como perdí tomé el camino de un exilio cómodo, y conmigo los organizadores del levantamiento. De los notables que se quedaron, unos se fueron entregando poco a poco a la vorágine, con el disimulo que siempre fue de su conveniencia, otros se dieron a una lenta labor de topos, y la mayoría se contrajo a sus asuntos privados, tragando grueso y dejando al tiempo la solución del desastre. José Gregorio, que era ciencia y espíritu, se retiró de la universidad y se fue a la cartuja, como en una

expiación por el colectivo, que no pudo resistir más de nueve meses; regresó para ultimar asuntos de la familia y en ese momento Gómez tumbó a Castro, doloroso final de una época políticamente confusa.

--Usted fue espía de Gómez en el extranjero.

--Una venganza estúpida contra Castro. La parte oscura que le dije. Un error del que me arrepiento.

--Usted merece mi sinceridad, y en cierto modo mi admiración, doctor Dominici. Le revelé que para conversar con usted traje unas preguntas delicadas, y las cartas y un diario del doctor Hernández. Recibo su confesión, sin absolverlo ni condenarlo. Las cartas y el diario, tratan casi de lo mismo. Al leerlos conjeturé muchas cosas, pero después de oírlo mi criterio es otro. Usted se ubicó muy alto al permitir que otros leyeran esas cartas, pero considero correcta esa decisión, digna de quien dedicó buena parte de su vida a la ciencia. No me pregunte cómo conseguí el diario; aquí está, se lo dejo, porque también fue escrito para usted, léalo y sepúltelo en su tumba. En cuanto a las preguntas, tengo una última. En carta del doctor Hernández para usted, fechada 7 de octubre de 1912, hay un párrafo conmovedor. Él le escribe: “Yo he perdido casi la esperanza de volverte a ver en este mundo. A mi paso por París no tuve valor de darte el adiós eterno. Tu permanencia en Berlín, creo que será larga. Pero si nuestra amistad no la reanudamos en la Tierra

para eso tenemos el Cielo”. Mi pregunta final es: ¿Espera usted encontrarse alguna vez con él en el Cielo?

--No, ese privilegio de santos no está reservado para mí. Yo ya no pertenezco a este mundo, no lo olvide; usted me ha desenterrado en esta biblioteca, pero no tengo vuelo para ir más allá.

# ADDENDA

DIARIO DE JOSE GREGORIO HERNANDEZ

---

Anotaciones de un viaje a la montaña.

De J. G. H. para S.A.D.

**Querido S:**

Nuestra separación es solamente física y temporal, porque en la memoria el tiempo y la distancia no existen. Aunque nací en los Andes, regreso a esas montañas como un forastero, empujado por un vago compromiso conmigo mismo, pero también atraído por una voz que me llama desde una infinita lejanía. ¿La voz de mi madre que tan tempranamente me dejó? ¿La de Santa Teresa, que tú sabes cuánto influyó también en mí formación espiritual? ¿La de Tomás de Kempis, que igualmente me acompaña desde mi niñez? Voy cargado de emociones extrañas, contradictorias, y con pálpitos de novicio. Porque no estás a mi lado para conversar, abro este diario para dejar en sus hojas los proyectos, logros, tropiezos, fracasos y reflexiones de los días por

venir. También dibujos de las cosas que me inspiren. Será mi confidente en mis horas de soledad.

### **Puerto Cabello.**

Agosto, lunes 20 de 1888

Mañana salimos para Curazao. Me dolió mucho dejar a S. Desde La Guaira hasta aquí, no pude apartarlo de mi pensamiento. Después de la muerte de mi madre, ha sido el día más triste de mi vida. Ayer domingo fui a misa y le pedí al Cielo que nos ayude a conservar el inmenso cariño que ha hecho de nuestras almas una sola. Oí una homilía sin elevación ni substancia. En la noche qué falta me hacía estar con él en nuestra plaza. Poco me faltó para llorar.

-----

Hoy dí una vuelta por la ciudad, que es muy sucia; si no fuera por el mar sería prescindible. Todas las muchachas que he visto son feas y anémicas.

Contrastes: el viento marino con olores de algas, de sal, de vida que se levanta; desde algunas casonas fragancias de albahaca, alhucema, hierbabuena, orégano. Tengo un olfato muy sensible, y puedo ir con él a lugares muy escondidos en la memoria.

### **Curazao.**

Agosto, martes 21

Llegamos con azules muy limpios a esta ínsula obligada; el cielo sin pájaros y el mar sin espuma,

serenísimo. El susto quedó atrás. El barco bailaba sobre las olas, aunque iba muy pesado de plátanos, cambures y naranjas. Recordé los barcos de papel de mi niñez, a la deriva en los ríos de la lluvia, hasta el naufragio. Temía la zozobra, pero la seguridad del capitán, a pesar de su ordinariez, me tranquilizaba. Aparté las sombras de la muerte para ver el bello espectáculo de la vida. A veces saltaba del mar el rayo plateado de un pez volador, o nos seguían delfines en un baile de caireles espumosos. Al tender atrás los ojos empañados por la tristeza, vi la menguante tierra firme, la línea quebrada de los arrecifes coralinos, las manchas verdosas de los manglares, y la silueta tenebrosa del castillo.

-----

Willemstad me ha impresionado agradablemente. Una ciudad fortificada. Casas de dos pisos pintadas al aceite. El hotel abierto al mar es una delicia para la mirada y la imaginación: un bullicio de viajeros, marineros de dorados lujosos, holandeses altísimos, negros prósperos siempre riendo y personajes extraños que no dudo sean conspiradores. En los mejores rincones se revela la tenacidad holandesa para convertir en jardines la dureza de la roca, a pesar de la sequía recalcitrante; a veces traen el agua desde las costas venezolanas, con miramientos a niña de mis ojos, porque se les hace exótica, como los licores finos, que aquí corren con generosidad, pero sin las grescas sangrientas de nuestra Venezuela, donde el

aguardiente desata los demonios ocultos. Todo en esta isla es mar, comercio y alegría. Me dijeron que Curazao es un mal negocio para Holanda, aunque muy bueno para los judíos, que aquí también son los dueños del dinero.

Agosto, miércoles 22 de 1888

Me mostraron un bonito hospital, muy limpio, servido por Hermanas de la Caridad, una de ellas con serenidad y pureza como las de la Virgen; le besé el borde del hábito como si estuviera beatificada, perfumada por la santidad. Olía a rosas blancas. Pensé en mi madre.

Visité un colegio insuperable, con disciplina holandesa, donde educan a las niñas para desarrollarles la mente, el cuerpo y la relación social.

Fui de compras a unas tiendas maravillosas; sin darme cuenta gasté todo lo que llevaba, pero un señor que conocí en Macuto me facilitó veinte pesos y me sacó del apuro. Debo ser más prudente, no voy en viaje de placer sino a acopiar recursos para el viaje con S., si Dios y la Virgen nos lo permiten.

Agosto, jueves 23

Volví al colegio a llevarle una carta a María. Fui solo para tratar de hablar con ella, pero no permiten visitarla sin una autorización escrita. Me pareció raro, porque no ha sido enviada a retiro. En el hotel una señora me contó que la había visto de lejos, y llevaba un aro liso.

Está comprometida. ¡Ese es el misterio!

-----

Mañana salgo para Maracaibo. Va en camino mi primera carta para S. ¿Le haré falta como él a mí? ¿Ha habido en otra parte, en otro tiempo, dos amigos tan el uno para el otro como él y yo?

**Maracaibo.**

Agosto, lunes 27

Mucho calor, y mucha luz, demasiada claridad. Sudo como un bendito, y no me dan abasto los pañuelos que compré en la isla. Tengo previsto pasar siete días aquí, a fuego lento. El lago es una maravilla, un mar de agua dulce; una bendición de Dios. Ayer domingo salí con Manuel Ángel, empeñado en mostrarme todo en un solo día. Es incansable. Asistimos a misa de diez, a la que van las niñas y los dandys a lucirse y darse ojos. Me presentó varios de sus amigos, escogidos con mucho tino, decentes, y agradables.

El calor es aquí el primer tema de cualquier conversación, la excusa para cualquier imprevisto, y el sol no encuentra nubes que le hagan sombra. Plomo derretido. Un calor espeso, pegajoso; cuesta respirar, y anda uno encandilado, con la desagradable sensación de estar sucio. Todo tiene aquí una luminosidad exagerada.

Agosto, martes 28

Salí de nuevo con Manuel Ángel. Me presentó a un muchacho Salinas, creo que de Valera, encantador, de muy buena fisonomía. “Cuanto más pienses en el calor, más lo sentirás; olvídalo”, me aconsejó. (Valera es una de las ciudades que llevo en mente para establecerme; vamos a ver. No será por mucho tiempo, porque S. no se acostumbraría en estos lugares; lo conozco. Y tenemos pendiente el viaje a Europa. )

Visité varias iglesias, bonitas sin exageración, profusamente iluminadas por una devoción inobjetable, pero el calor no me dejó entregarme en profundidad a mis oraciones. El acre olor de los cirios me afixiaba. Me sentí en baño de María. Recé sin el fervor debido, farisaicamente, en pecado abominable. Pero en honor de Salinas no hablaré más del calor.

Nos reunimos con un grupo musical que está ensayando, con bastante adelanto, para las parrandas decembrinas, en obsequio de la Chinita, como llaman a la Virgen. Interpretaron gaitas, un ritmo muy movido y picaresco que nada tiene que ver con el sonido de la cornamusa gallega. Después, sin el furro, un tambor con una varilla en el centro del tímpano, típico de la gaita, tocaron contradanzas. Uno de ellos me explicó que la contradanza no es aquí un baile sino un ritmo, y piensa que es una castellanización de “*country-dance*”. Yo la creía francesa. No sé.

Manuel Ángel me dijo que tenía para mí una sorpresa y salió. Me aterroricé por la posibilidad de una travesura. Lo conozco muy bien, es un atrevido inventor de chascarrillos, charadas y cuchufletas. Al poco rato volvió con un personaje de novela. Me lo presentó: José Antonio Negrette.

(Con dos tes, me advirtió al notar que escribía su nombre). Un solemne caballero de mediana edad, bastante alto y de elegancia a la moda: chaleco, corbata, sombrero de camarita, bastón y lentes de oro. Lo interesante del personaje es su vocabulario, y famoso por eso. Llamó a Bolívar el Osiris del cielo americano; a Maracaibo, Odalisca del Lago, y al mercado, La Meca de la religión del estómago... Dicho todo con seriedad de académico, como si de Baralt se tratara... “Mi bisoño Galeno, en nuestra odalisca de las ondas cerúleas, el padre Febo nos acaricia con la ruda inclemencia de sus dardos, o nos viste Eolo con sus tolvaderas marabinas; no se amilane --me aconsejó--, acuda a una tramoya de impacencias, vaya hasta cualquier tarantín de La Meca de la religión del estómago y alíviese con la linfa cristalina de las cisternas domésticas, con el jugo de los cañamelares ribereños o con una policroma tisana de nuestras muchas peladillas vegetales... Ya me informaron que será usted asomado por el Galeno mayor, mi amigo Dagnino, al oasis obligado de la miseria, donde se atienden los destemples orgánicos de

los casos fortuitos, para evitar que la Parca se los lleve en la última carroza. Le cederé mi caso, que allí fue alarma de los herederos de Hipócrates”.

Esa conversación me pareció lo mejor de la velada, y así lo confesé agradecido a Manuel Ángel, cuando para S. reconstruimos hasta donde nos fue posible el extrañísimo lenguaje del señor Negrette. Después, como siempre ocurre cuando alguien conversa con un médico, me contó su peor momento de salud, en el que había estado muy cerca de una peritonitis, al borde de “ofrecerse a las injurias de las hojillas de Albacete de los cirujanos”. Le oí sin poder contener mi risa. “Apropíncuese y entronícese bien en el esquife --me ordenó--, para que oiga sin desperdicio este caso clínico que nunca encontrará usted en las gruesas y sabias alforjas de su biblioteca. Soy de poco yantar; para el introito matutino apenas alguna hogaza de tahona, un adarme de líquido perlino de la consorte del toro solidificado y un pocillo de infusión del néctar de Arabia o de socomusco. Pero ese día infausto transgredí las normas y, a lo que hago memoria, ingerí al alba dos posturas de aves domésticas, asesoradas por un disco de maíz cándido, y dos tazas de socomusco. Al meridiano, una artesa de la parte encefálica de un cuadrúpedo rumiante, en compañía de dos frutos de bananero en sazón, algunos pisolabis de sartén, sendas alcaparras de porcino y un triángulo de crema solidificada. Al Ángelus el raquis de un

agipán doméstico, media docena de confites de barbacoa, unas lonchas de torcaces lacustres y mi inmancable jícara de socomusco. ¡Mejor me hubiera sido aliviar la fames canina en cualquiera distribuidora de indigestiones a domicilio! Cuando las estrellas prendían joyeles al terciopelo nocturno, fue me imposible retornar del flato con un limpiador orgánico. Me vi, reitero, muy cerca de las hojillas toledanas de los matasanos. Prescribiome el sabio galeno una nueva pócima y al día siguiente me encontraba de nuevo, en plena hora de canícula, soliloqueando en uno de los esquifes que navegan en el parque fronterizo, pero mis amigos ya tenían listo el fúnebre para condolerse de mi deceso”.

Agosto, jueves 30

Manuel Ángel vino en la tarde de ayer con Salinas y salimos a pasear en coche, que es aquí lujo de personas muy pudientes. Estoy esperándolos para un nuevo recorrido. En la mañana el doctor Dagnino me llevó a ver el hospital y a visitar algunos enfermos. El hospital es bastante moderno, limpio, y aireado, pero el anfiteatro es incómodo, como hecho a la carrera. Quiere levantar una maternidad. Al día siguiente me invitó a presenciar el examen de un bachiller en medicina: la pobreza intelectual de examinadores y examinando me pareció lamentable, pero creo que no son conscientes de su escaso nivel, porque los noté muy satisfechos, casi engreídos; es imperativo empezar a

cambiar esto para dar a la universidad la excelencia que tiene en los países adelantados. Si el papá de S. hubiera estado presente, pienso que le hubiese dado un soponcio.

### **Betijoque.**

Septiembre, domingo 2

Ya estoy en tierra trujillana. La travesía del Lago durante 20 horas en el barco semanal, fue muy interesante; no mareé como en las primeras horas a Curazao; las recomendaciones de S. resultaron acertadas. Cuando nos instalemos en París iremos a Interlaken.

El piloto, un caribe de barba rala y piernas arqueadas, me dijo: “En el lago pasan cosas”. Lo miré alarmado. Sin quitarse el tabaco, me tranquilizó: “No se preocupe, no son peligrosas”, pero con otras palabras, muy gruesas. Al notar mi interés, me contó que sobre aquellas aguas había visto llover peces, flotar por horas nubes de mosquitos que oscurecían el sol y violentas tempestades de granizo en las candelas del mediodía. Al anochecer, se instalaron en el cielo despejado unos temblorosos fogonazos lejanos. “Es el faro de Maracaibo--me dijo--, el famoso relámpago del Catatumbo; nunca se para”. ¿Por qué no lo vi diez años atrás, en mi viaje de ida? Porque fue diurno, y yo iba muy asustado.

No dormí durante la travesía; la cabeza dándome vueltas y el corazón en un puño. Miré al sur, hacia las montañas, dadas por la noche a la imaginación entristecida.

El relámpago revelaba con su tembloroso parpadeo, sombras de nubes que parecían de lluvia. Recordé unos versos de Santa Teresa:

*“Es una oliva preciosa  
La santa cruz,  
Que con su aceite nos unta  
Y nos da luz.  
Alma mía, toma la cruz  
Con gran consuelo,  
Que ella sola es el camino  
Para el cielo”*

Llegamos a La Ceiba a la hora del desayuno. Qué ofensa a los sentidos: excrementos por todas partes, de humanos y bestias; peces muertos al sol, pudriéndose; el olor penetrante de las salazones y los negros; los sudores encostrados de los arrieros; perros sarnosos, moscas, zancudos y caleteros arbolarios y con la boca tan sucia, que merecían un enjuague de cardenillo. Los demás desayunaron, espantando las moscas y el calor, ya insoportable a esa hora, con sombreros, abanicos y pañuelos perfumados. Yo no probé bocado: sentía náuseas y mucho disgusto. Pensé en S., allá en Caracas, en el limpio frescor de la casa de su padre, y me senté a apurar las hieles de mi sacrificio.

-----

Sin Manuel Ángel y sin Salinas, soy dueño de mi tiempo en este pueblo de gente tranquila.

La pluma se me va sola.

Maracaibo me dejó una buena impresión, solamente eso, y más que todo por Manuel Ángel, Salinas, el doctor Dagnino y el insólito señor Negrette. Sus atardeceres dan una visión impresionante: el sol esplendoroso, en un divino derroche de belleza, pincelando sobre el horizonte lacustre fulgurantes acuarelas de vibraciones musicales, pero la belleza no compartida carece de trascendencia; por sentirme solo, nada de aquello podía embrujarme. “Aquí se dice que el sol es el amante esplendoroso de todas las cosas”, comentó Salinas, al verme extasiado frente a aquel cuadro de colores increíbles. En el mercado, Dios derrama la cornucopia de sus inconmensurables bondades: carnes de tierra, aire y agua dulce y salada; rums de frutas y verduras que festejan la vista y el olfato; aromas de viandas que harían agua la boca al mismísimo cocinero del rey; hierbas perfumadas, de cocina y sahumero; cortezas balsámicas. La agitación de la compra-venta es ensordecedora; hablan a gritos, con refranes y modales vulgares, pero son buena gente. Grupos de goajiros recelosos les hacen la segunda. Para ellos, los andinos somos demasiado conservadores. (Nos dicen gochos). Con chaleco, sombrero y corbata debí parecerles un ser de otro mundo.

El doctor Dagnino me presentó un poeta que desea estudiar medicina. Se llama Udón Pérez. ¡Tiene apenas diecisiete años! Polimnia lo mima. Al hablarme de su lago gentil, el poeta-niño abrió para mi deslumbramiento un cofre de palabras: alígeras gaviotas; ondas cerúleas; niveos tules de espuma. Fijé dos versos que me tocaron hondamente: “*millón de astros y millón de huellas/iluminan la senda en que divago*”. ¡Qué belleza! La poesía, como la música, como el arte todo, es un don de Dios.

-----

Los betijoqueños son grandes conversadores. Cuatro mil almas se reúnen aquí. Tiene un comercio más o menos importante para la empobrecida región, porque es paso obligado entre Maracaibo y Trujillo y Mérida, hacia Colombia, al Reino, como se decía en tiempos de la Colonia. Sin embargo, pienso que viven el final de esa modesta prosperidad, que les permite algunos lujos menores y escupir por el colmillo de oro, porque el ferrocarril que están construyendo los dejará a un lado. El caballo de hierro, lo vitupera el reconcomio de los dueños de recuas. (Se me pegó lo del señor Negrette). La prosperidad de los negocios se refleja en todo, y aquí también, dentro de lo que cabe: casas presentables, gente mejor vestida, un enchape de cultura. Tienen un buen colegio, el San Agustín, regentado por el doctor Raúl Cuenca y el bachiller Fernando Guerrero. Al recordar mi Colegio Villegas, lo que fue en Caracas para los jóvenes de

mi generación, pienso que de este Colegio San Agustín (¡y con ese nombre!) saldrán inteligencias y voluntades para el bien de la Patria. Supe que el doctor Pablo Acosta Ortiz, ahora en Francia, fue profesor de este instituto durante el breve tiempo que ejerció en Betijoque su apostolado; esto confirma su calidad.

-----

Los betijoqueños están muy preocupados por el ferrocarril. Lo empezaron en 1884 para unir La Ceiba con Valera, pasando por Betijoque. Como es la misma ruta de los arrieros, estos se sienten amenazados en sus intereses, lo mismo que los posaderos del camino. Responden con una guerra no declarada: desmontan los rieles y convierten en leña los durmientes; además, meten en la cabeza de los ingenuos, que la maquinaria tiene origen infernal, de modo que yo, que desde niño me he entregado a la devoción de Dios y de la Virgen, he viajado de La Ceiba a Sabana de Mendoza no en las entrañas del caballo de hierro, sino de Satanás. Pero les asiste alguna razón, porque el año pasado llegó por esa vía a estas regiones, una de las más terribles epidemias de fiebre amarilla que por aquí se han padecido, tan espantosa que no daba tiempo para enterrar a los muertos, que tenían que ser quemados en piras levantadas en las calles, y fue tanto el terror, que los pobladores, gobernados y gobernantes, abandonaron sus hogares y huyeron a las zonas más altas dejando solos sus pueblos, a merced de los ladrones, que nunca faltan,

porque los médicos, rebasados por el flagelo, solamente atinaban a recomendar que se salvaran como pudieran. En Trujillo, la capital, apenas quedaron cincuenta vecinos, y en Valera, a donde se fueron las autoridades, fue necesario construir de urgencia un nuevo cementerio, el de la peste, en la sabana de Morón. Me lo contó don Antonio Salinas Uzcátegui. El acucioso señor Salinas me dio a leer algunas cosas del doctor Diego Bustillos, testigo y actor de varias epidemias. Irse a dormir era entregarse al ángel de la muerte, porque la enfermedad atacaba de noche; la llamaban fiebre de aclimatación y fiebre de extranjeros, porque se asociaba con la llegada de forasteros; algunas muertes eran fulminantes; otras después de algunas pocas horas de agonía: cefalea enloquecedora, con ojos que se querían salir de las órbitas; raquialgia horrible, rostro vultuoso, fiebre que carbonizaba, ansiedad epigástrica, ictericia, el vómito negro y sangramiento por todas partes.

El ferrocarril seguirá a Motatán, no pueden detenerlo. El primer tramo entre La Ceiba y Santa Apolonia fue terminado en 1885. El florecimiento de las terminales fue inmediato. En 1886 se concluyó el segundo, entre Santa Apolonia y Sabana de Mendoza, pero aquí el asunto cambió, porque intereses malévolos de la ciudad de Trujillo, me cuentan, que ven con ojeriza el crecimiento de Valera (aunque para mí lo de fondo es político), pusieron todo el empeño imaginable en impedir la conexión Sabana de Mendoza-Betijoque-Valera para, con una curva inmensa,

desviar la vía hacia Motatán y detenerla allí. Estas son las noticias que encuentro, que, por supuesto, no me animan.

-----

La sala donde me recibieron tiene una ventana a la calle, con poyos y balaustres. Mucha gente vino a saludarme; se presentaban como amigos de mi familia. De tanto sonreír como un tonto, la boca se me tetanizó con un trismo repugnante, y cada cosa que me regalaban me enrojecía de vergüenza. Un conjunto de muchachas anodinas y lastimosamente provincianas, con bandolinas, tiples y guitarras, me brindaron un desafinado concierto de valsés y canciones de compositores locales, bastante cursis. En la ventana pugnaban por asomarse los curiosos no invitados, casi todos niños. Me sentí mono de circo. Cuando lo creí a tiempo, dije al oído de la anfitriona, una señora Olmos muy decente, que deseaba ir a orar a la iglesia. Así pude zafarme.

### **Isnotú.**

Septiembre, lunes 3

¡Por fin en el terruño donde nací! Gracias a Dios y a la Santísima Virgen. Dos semanas de viaje por mar, lago, ferrocarril y mula y he llegado sano y salvo. Gran alegría por el reencuentro con la familia, y vivencias que creía olvidadas para siempre, me asaltan y llenan de una emoción jamás sentida. Pero este es el pueblo más feo del mundo; un montoncito de casas de mala calidad y chozas

al borde del camino real. Cuando entré se me frunció el alma. Trato de mirarlo con ojos de piedad.

-----

Espero que S. me escriba por todos los vapores, y que me cuente todo.

Septiembre, martes 4

Hoy fui a misa muy temprano. Una iglesia muy pobre, pero me dio una sorpresa agradable: la imagen de Nuestra Señora del Santísimo Rosario seguía en el mismo sitio donde la miraban los ojos de mi niñez. Pensé en mi madre y derramé lágrimas; qué santa era, qué pérdida tan inmensa. Sé que me mira desde el Cielo, y vela por mí, y por S. Y también la tía Ana Josefa, hermana de mi padre, que tomó el velo de religiosa dominica en Trujillo después de enviudar. Cuando por orden del francmasón Guzmán Blanco cerraron el Monasterio Regina Angelorum, tuvo que salir de allí, pero mi padre construyó en el solar de esta casa un lugar santo para ella, y para la otra hermana religiosa, Sor María de Jesús, del Monasterio de las Clarisas de Mérida, pero murió de tristeza tres días antes del cumplimiento del decreto infernal del Autócrata.

-----

Soy el personaje más importante del pueblo. Descanso sin cuidarme del reloj. Todos me obsequian. Una sola preocupación: el asma de papá. Ha envejecido mucho.

-----

Que la Virgen ponga la pluma en la mano de S. cada vez que pueda para que me escriba. Pienso que el deseo de estar juntos es mutuo, si no es así, esta aventura carecería de significación. Esta cruz. Ya está en el quinto año de la carrera; no tengo ninguna duda de que hará por mí y a mi nombre lo que le escribí desde Maracaibo.

Septiembre, miércoles 5 de 1888

¡Ya basta! No he venido de tan lejos a no hacer nada. Decidí empezar hoy a probarme en la profesión. En esta primera jornada me han sobrado pacientes, empezando por los miembros de la familia. He rogado mucho a Dios y la Santísima Virgen que me iluminen, porque aquí no hay profesores que me saquen el pie del barro si me equivoco.

Septiembre, sábado 8 de 1888

Empecé hoy a sacar cuentas. La meta es reunir tres mil pesos para el viaje a París. Mi padre afirma que haré más. Que pase un ángel y diga ¡Amén! Lo dudo. En este pueblo hay muchos enfermos, pero la gente es demasiado pobre, y los que tienen algo son amigos de mi familia, a quienes me da pena cobrarles. Si no logro una entrada suficiente me iré de aquí pronto... Y aunque la logre; lo decido en este instante. Lo siento por papá y sus amigos, que sueñan verme envejecer aquí con ellos, sentado por la tarde en el quicio de la puerta, conversando de nada para nada. De sólo imaginar eso siento escalofríos.

-----

Esto es de órdago, como dicen los españoles, pero al revés. Para muestra, no un botón, sino un bouquet: aquí la gente no padece de tuberculosis, asma, disentería o reumatismo, sino de daños, mal de ojo o malas influencias de gallinas o vacas negras, y cuando no es el brujo o el curioso el que cura, lo es el boticario, que tiene el tupé de decir “nosotros los médicos”, cuando conversa conmigo.

Septiembre, lunes 10

Ayer, después de la misa, salí con unos lugareños a pasear a caballo. Ellos quieren de mí un imposible: que este pueblo me parezca menos feo de lo que es. Toda la gente que se me acerca me resulta antipática. ¿Con quién puedo conversar aquí de cosas interesantes? Distinto sería si S. estuviera conmigo. Una pena compartida es más liviana, y mucho más reconfortante la alegría, que es lo único que se multiplica cuando se reparte.

Supe de la muerte del vice-rector; lástima que no se hubiera ido antes de este mundo. Una oportunidad magnífica para Urbano si sabe aprovecharla.

Septiembre, sábado 22

Las cosas no marchan como yo esperaba. La próxima semana iré a Valera a explorar el terreno; si lo encuentro propicio, me instalaré allí.

-----

Carta para S., la cuarta. Solamente he recibido una. ¿Comienza la distancia a desleir la amistad que yo soñé eterna? ¡Que Dios no lo permita!

-----

Septiembre, domingo 23

Buscando entre mis papeles viejos, encontré un pensamiento de Samuel Johnson que me alivia: *“True happiness consists not in the multitude of friends, but in their worth and choice. Friendship, like love, is destroyed by long absence, though it may be increased by short intermissions”*.

**Valera.**

Septiembre, domingo 30

Estoy en el infierno. Cinco horas a caballo, descendiendo a una hondonada que es un horno. Tal vez algunos encuentren cierto atractivo a la meseta, con su fondo de montañas verdes y azules y tres ríos de buena corriente que la anillan, pero no está mi espíritu para paisajes. Todo me parece sombrío, desagradable, injurioso para mi sensibilidad.

Octubre, lunes 1º

Este pueblo es muy caluroso, de mal aspecto, vulgar, lleno de pulperías y botillerías, alborotado. Como en los puertos, aquí nada sorprende. Hay aventureros de toda laya, me confían, desde asesinos a sueldo hasta tahúres

profesionales; me cuentan que en mesas de juego se han perdido fortunas importantes, fincas, casas familiares, concubinas y almas. Sé que exageran para impresionarme, pero la exageración es una medida de la realidad. Aquí se apuesta cualquier cosa, menos el revólver; a ese riesgo nunca se llega. La política es el plato para todas las horas, desayuno, almuerzo, merienda, cena y postre, lo que me enfada, porque la experiencia enseña que de la política y los políticos no podemos esperar sino calamidades. En todo político hay un criminal en potencia, aunque actúe por ideales; eso no va conmigo. Hay dos médicos, con buena posición, uno de ellos, el doctor Lugo, con estudios en Europa, inteligente y afable, pero poseído por el cubilete. El otro se llama Rodolfo Pérez, graduado en Caracas, casi tan joven como yo.

-----

En su última carta, del 30 de agosto (¡más de un mes!), S. me informa que ha estado enfermo. Tengo el alma en vilo, pero Dios es muy grande y lo sanará totalmente... ¿Por qué no me ha escrito nuevamente?

### **Isnotú**

Octubre, domingo 7

Ayer regresé de Valera, pero volveré a echarle otro vistazo.

-----

Segunda carta de S. Mi alegría es grande, por lo que para mí significa toda noticia suya, pero no es mucho

de su parte. En el mismo lapso le he escrito cinco, y muy largas. La mejor de todas las noticias que me envía, fuera de lo personal, ha sido la de la construcción de un hospital moderno para Caracas, ¡Dios ha oído mis plegarias! Si lo hacen, entonces que oiga mis ruegos completos: que lo organicen creando clínicas y que al frente de ellas pongan hombres competentes y serios.

Luis Razetti pasó por aquí, pero no pude hablar con él.

Eduardo Dagnino también anda por estos andurriales. Quiere casarse con María Salinas, la niña de quien hablaba Eduardo Andrade. Según me informan, su padre ya la pidió en matrimonio.

-----  
Papá decidió enviar a mis hermanos a New York a estudiar comercio. Apruebo la decisión porque el comercio es lo único que da para vivir decentemente.

-----  
Varios días sin afeitarme; parezco un monstruo.

Octubre, jueves 11

Carta de S. del 11 de septiembre. ¡Con sello de Nueva York! Eso explica la tardanza, gracias a Dios. Segunda alegría verdadera en el tiempo que ha transcurrido de nuestra separación en La Guaira.

Debo contestarla inmediatamente, pero no será hoy porque para cartas íntimas no confío mucho en el

señor Pablo Antonio Salas, que lleva mi correspondencia de esta semana a Caracas.

Octubre, viernes 12

Echando números, la marcha de la profesión no va tan mal. A pesar de ser una época sana, calculo que me producirá de ciento cuarenta a ciento cincuenta pesos. No me cuento entre los que aspiran a más de lo que merecen, pero tampoco menos. No puedo renunciar a nada, por mi viaje a París con S.

**Valera**

Octubre, martes 23

Otra vez en el infierno, para el segundo vistazo. Mucho comercio, porque es un cruce de caminos, obligado para quienes con productos y semovientes van a las tierras altas o vienen de allá. Un hormiguero de unos cuatro mil habitantes dispuestos a lo que sea, y entre ellos muchos italianos garibaldinos, que tienen en sus manos los mejores negocios; por su origen, más que por la topografía, llaman a Valera Ciudad de las Siete Colinas, para recordar a Roma. La gente fina y decente es poca, pero sabe muy bien ocupar su puesto y hacer respetar su nivel social. Los demás honrados son gente muy pobre que se mantiene criando cerdos o desempeñando oficios menores. Muchos pordioseros, y tipos de mal vivir. Aquí nadie da puntada sin dedal.

Octubre, miércoles 24

Vamos a ver qué hará por este país el presidente Juan Pablo Rojas Paúl, aunque en dos años, que es lo que otorga constitucionalmente la pesadilla masónica de Guzmán, prácticamente no se puede hacer nada, y es eso lo que interesa al Autócrata, que no hagan nada y que le devuelvan su coroto lo más rápidamente posible. En grado 33 me han confiado que el propósito de Rojas Paúl es barrer la basura que dejó el guzmancismo, y ya era hora que alguien se atreviera, porque el presente es el yunque del porvenir, como trata de sembrar con muy buena intención, aunque con pocas probabilidades de éxito, el poeta Tomás Ignacio Potentini, pero lo que más deseo del nuevo presidente, y lo pido a Dios con fervor, es que deje en el rectorado de la universidad al doctor Dominici, por el bien de Venezuela.

-----

Me contaron una anécdota graciosísima: que al irse de nuevo a Europa, y quiera Dios que sea para siempre, Guzmán le dijo a su esposa: “Vámonos de este bochinche, Ana Teresa, porque las gallinas empiezan a cantar como gallos”. Me la contó don Antonio Salinas Uzcátegui, y agregó: “Pero no fue por eso, sino que el gallo que cantó durante veinte años se volvió pavo real”.

Un miserable “*parvenu*”.

Octubre, miércoles 24

Las niñas de Valera son simpáticas y agradables; bailan muy bien. Quizás exagero, porque bailé con pocas, pero si no es así, merecen esa calificación por María Reimi, prima de la novia de Eduardo Dagnino.

-----

Dos meses separado de S. ¡Dos siglos! Pero he logrado espantar los malos pensamientos. Me consuela y anima la certeza que tengo de que contra nuestra amistad nada puede el tiempo ni la distancia.

-----

Ayer vi desde lejos a Maya, el estudiante de Derecho; me puse triste porque pensé en Caracas.

Octubre, viernes 26

Hoy cumplí 24 años. Se me ocurrió este pensamiento: La soledad no es estar solo, sino sentirse solo, pero nadie está solo si no tiene miedo de sí mismo.

-----

Desde hoy numeraré mis cartas, como sabiamente me recomienda S., para saber con exactitud cuál se extravía. Entre una y otra no podrá haber menos de diez días, porque los vapores de Maracaibo a Curazao tienen ese intervalo.

-----

Apenas salí de Caracas, me informa S., el doctor Morales puso en mi lugar una persona execrable. Me

siento ofendido. No le arriendo la ganancia: no se arrepentirá lo suficiente, como todo el que por desgracia trata a ese repulsivo espécimen, de cuyo nombre no quiero acordarme. Morales tendrá que pagar su error.

Noviembre, domingo 4.

Carta de S., la sexta. Se queja por no haber recibido nuevas mías, aunque le he enviado cuatro desde entonces. Esa queja me llena de felicidad. Pienso que las fiestas por el centenario de Maracaibo han entorpecido el correo.

-----

He decidido explorar el martes a Boconó. Si las condiciones son buenas me estableceré allí. Por lo menos tiene mejor clima que Valera. Y es de mis ancestros.

-----

El cargo de Rector no fue para el doctor Dominici sino para Sanavria. Esta noticia me ha caído como un balde de agua fría. La falsedad humana no tiene límites, pero más que felonía es una torpeza imperdonable. Lo lamento por los pobres muchachos que estudian y tienen un peñón encima.

-----

He perdido peso, y mucho ánimo. Todo lo veo negro, en parte porque es realmente así, pero fundamentalmente por la ausencia de S., que me vivifica cuando está a mi lado.

-----

El último enfermo que asistí en esta comarca, en uno de los caseríos vecinos y a medianoche, no lo olvidaré jamás, porque estuve a punto de morir por un mal caballo y una peor tempestad. Vino a buscarme un hombre de mal talante en magnífica cabalgadura, que no tuvo la gentileza de cedérmela. Ocho horas de camino, bajo centellas y truenos, por pasadizos de jabón. Él delante y yo detrás, y agua por todos lados. Estoy vivo por mal enterrado, como se dice por aquí, pero nadie muere la víspera.

### **Boconó.**

Noviembre, jueves 15.

Boconó es una ciudad muy bonita. En su topografía de colores cambiantes y su clima bastante amable se parece a Caracas. Verdes de remolacha y papa, de zanahoria y lechuga; el oro undívago de los trigales, como hubiera dicho Udón Pérez, convirtiendo en mar las faldas de la montaña, y al fondo la platería bruñida de los yagrumos. Un pequeño paraíso terrenal. Moras silvestres en los caminos que llevan a las cumbres, y una frutilla dulcísima, el jumangué. Tierras muy fértiles, con dos ríos. Me bañé en las aguas heladas del Burate, el menos caudaloso, porque el otro iba crecido. Como buen montañés no sé nadar; hubiera sido este el lugar ideal para que S. me enseñara ese arte, como tantas otras cosas que me ha enseñado.

Es más lo que miro que lo que veo, y mucho más lo que huelo. Olores maravillosos por todas partes; un

paisaje de aromas. Me siento alegre y poseído por un hedonismo raro. Poco estudio. Sin S. los textos no me llaman la atención.

-----

Hay en las partes más altas de estos cerros una hierba mágica, me aseguran, que prolonga la juventud. La mientan dicitamo real, pero a la auténtica no es fácil distinguirla. Según los paisanos enterados del secreto, que sólo ceden a los muy amigos, debe ser recogida en ciertas noches de plenilunio, cuando se hace fosforescente, o en tardes de soles cansados, cuando pasan venados blancos.

-----

Noviembre, domingo 25

Boconó me gusta. Pero hay aquí dos médicos que pueden hacerme la guerra, dos reyezuelos que nunca han permitido que nadie pise sus fueros. La información que me dan es que no saben nada, pero son los jefes políticos del partido dominante en la región, y eso es sumamente peligroso en estas latitudes, donde la vida vale la carga de un revólver.

Las enfermedades respiratorias son aquí el pan nuestro de cada día, en particular la tuberculosis; en todas las casas hay dos o tres tísicos. Temperan en Niquitao, un pueblo bellissimo, a cinco leguas de aquí a lomo de buena mula, a tres mil metros de altura, donde las piedras se cubren de escarcha. No creo que a los tuberculosos les

vaya bien allí; si mejoran algo debe de ser por el mucho ejercicio que deben practicar para no congelarse.

### **Betijoque.**

Diciembre, sábado 8.

Llegué ayer de Boconó. Tres cartas de S. Esperaba encontrar cuatro, pero me conformo. Me preocupa su amistad con Ck., un necio inventor de basuras, un inmoral. Las amistades son para que produzcan beneficios, no para crearse dolores de cabeza. La cirugía enseña que es necesario cortar por lo sano, Ck. está del lado enfermo. Esta mala noticia me obliga a considerar mi regreso a Caracas lo más pronto posible. No me guío por suposiciones o presentimientos, pero hay situaciones en que dudar es fatal. Son tantos los caminos de la perdición, que nunca serán suficientes las advertencias para no entrar a ellos, porque devolverse no es fácil. No es la posibilidad de perder a S. lo que más me mortifica, sino el miedo de que él se pierda. Perder a S. sería catastrófico para mí, lo sé y me asusto, pero Dios, en su infinita misericordia, me aliviaría de alguna manera; Él sabe que no es el egoísmo lo que me perturba en esta hora de dudas, sino imaginar extraviada en las turbulencias de la vida, esa alma nacida para dones muy altos.

### **Isnotú.**

Diciembre, domingo 16.

Desde hace un mes no recibo carta de S. ¿Qué pasa, Dios mío?

He vuelto a la iglesia de mi niñez, a la misma hora, con el mismo desamparo. He pensado mucho en mi madre en estos días de extraños agobios. Recé, toda la mañana, después de la santa misa, frente a Nuestra Señora del Santísimo Rosario. Puse toda mi devoción en mis ruegos, con la esperanza de que me oiga. Mi desolación es inmensa.

-----

Han aparecido nuevamente las fastidiosas granulaciones en la garganta, y con mucha fiebre. Anoche casi no podía respirar. ¿Seré, algún día, asmático como mi padre?

Diciembre, martes 18.

Nuestra Señora del Santísimo Rosario oyó mis ruegos. Recibí tres cartas de S.: 10, 11 y 12. Las he leído varias veces, con la angustiada repetición de quien creyéndose perdido en las aguas oscuras de un mar proceloso, logra salir a flote y sobrevivir.

Festejo la rectificación del doctor Morales al nombrar a S. su ayudante, porque se lo merece y porque esto favorece nuestros proyectos.

Sigo pensando en regresar a Caracas: no es mucho lo que por aquí pueda ganar, no aprendo nada y puedo olvidar lo muy poco que sé. ¡Quiebra total!

-----

Revisando mis atestados baúles encontré el primer tomo de Leandro Fernández de Moratín, ¡con la inolvidable fecha de 1830! En el mezquino prólogo se nota la mano tiránica de Fernando VII. Me puse a leerlo y me olvidé de todo; cuando lo concluí era de madrugada. ¡Un manjar del idioma! Y una lección magistral para la corrección y decoro de las costumbres privadas y públicas.

En la medida que abandono la lectura médica me inclino a la literatura. Vivo un cambio: sentía una aversión casi maniática por las obras de teatro; hoy es lo contrario, devoro cuanto encuentro. De Lope de Vega tengo dos comedias que me sé de memoria. Mi flecha apunta a Shakespeare; ¡Hamlet!

-----

7 pm. ¡Qué no daría yo por estar esta noche con S. paseando por La Candelaria!

.....

9pm. Pido a Dios y a la Virgen por la salud del doctor Dominici. Es una mentalidad superior para afectarse por los papeluchos infames de Bigotte: bocas como las de esta asquerosa alimaña, no son bastante limpias para ser oídas cuando tratan de manchar a personas que, como el Doctor, se han ganado la admiración y el respeto de la sociedad.

### **Colón.**

Enero, domingo 14 de 1889.

Fui a misa temprano, y con mucha tristeza.

Me arropa con un grueso fardo una visión sombría del mundo, de la gente. Lo del doctor Dominici me dolió hasta el llanto. La sabiduría irrespetada; la bondad y la inteligencia ofendida por homúnculos cuya dignidad no llega más arriba de sus zapatos, aunque la espuma de sus babas fétidas se levante soplada por los poderosos dueños del poder. Para el nombramiento de un Rector nunca se ha tenido en cuenta las aptitudes intelectuales y sociales del escogido, la altura de su formación o la calidad de sus ideas, sino el compadrazgo, la sumisión o la conveniencia, el color político, porque no se quiere para esa altísima responsabilidad hombres ilustrados y probos, sino cómplices, por eso ser Rector no era nada hasta que lo designaron a él. Lustró el cargo, pero Crespo lo destituyó por no perdonarle su oposición a convalidar el falso título de médico que una universidad sin lustre de los Estados Unidos había vendido al curioso Telmo Romero, ¡su protegido brujo personal! Sin embargo, esa recta posición de defensa de lo que debe ser misión de la Universidad, no encontró el apoyo obligado de la comunidad de profesores, porque a la hora de las decisiones heroicas, puede más el clamor de los pequeños intereses personales que los dictados de la hombría de bien y de la dignidad. Los estudiantes sí estuvieron esa vez a la altura de las circunstancias, porque eran los destinatarios del sacrificio de aquel hombre magnífico. Ridiculizaron a Guzmán en 1885, verdadero gobernante detrás de

Crespo, al coronar con lauros líricos la cabeza atolondrada del poeta loco Francisco Delpino, El Chirulí del Guaire, quien con atrevimiento guzmancista, decían los revoltosos, confundía la poesía con la fabricación de malos sombreros, una protesta que no fue disminuida ni siquiera por el concierto de la genial pianista Teresa Carreño, descendiente de Bolívar, quien regresaba a la Patria con todas las famas y mimos del mundo de la cultura superior. Después quemaron “El Bien General”, un libro de locuras médicas escrito por Telmo Romero, el brujo de Crespo. Y ahora los estudiantes, que en todas partes son vanguardia de la nobleza del espíritu, han reivindicado al Doctor, y eso los acredita, porque desde el eminente Vargas no se había tenido un Rector de su dignidad, pero ha quedado una fea cicatriz en lo más hondo del Alma Mater.

-----

El 24 de diciembre, sin esperar la Nochebuena, salí muy temprano hacia Valera para venir hasta Colón, en Táchira, casi en la frontera, casi en lo último, en un postrer intento de asentarme por un tiempo en estos lugares. No es posible. He recibido aquí tantas muestras mal disimuladas de agresivo rechazo político, que resigné todas mis esperanzas. Los jirones de la Guerra Federal siguen aquí vivos, sangrantes, como la cabeza de los condenados que en la Colonia ponían como escarmiento a la entrada de los pueblos. Comprendo a mi padre cuando al escribir a mi hermano César, le recomienda que no pierda más tiempo

y se vaya, porque no hay en estos horizontes esperanzas para el porvenir, y menos para la juventud.

Pensé pasar calladamente por Valera y seguir hacia La Puerta, pero me atraparon los Salinas. Y otra vez la parranda y mi debilidad, el baile. Estuvimos bailando toda la noche, hasta las cuatro de la madrugada, cuando con el cuerpo que no me valía un comino, magullado como si hubiera recibido una paliza de mil demonios, salí hacia Timotes, a donde llegué bien entrada la tarde.

En Mérida estuve cinco días, primero porque era necesario descansar las bestias y porque mi sirviente tenía que hacer algunas diligencias allí, y segundo porque me invitaron a una fiesta en la noche de Año Nuevo, ofrecida por el Presidente del Estado. Mérida es otro mundo, la gente está educada a la antigua y hace de la gentileza y las buenas costumbres un punto de honor. Todos conocen el Carreño, creo que aprenden a leer en él. Una ciudad de campanarios y sosiego, de pesebres que muestran una esmerada creatividad de anime, de algodón, de musgo; el Santo de Asís la hubiera hecho suya.

### **Isnotú.**

Febrero, martes 20 de 1889.

Nadie es perfecto. La perfección no es humana, y por no serlo resultaría monstruosa. Debemos aspirar a ella, pero sin olvidar que sus caminos son difíciles y

que somos una suma de debilidades. Es la impresión que ofrecen los héroes homéricos, seres imposibles por sus muchas virtudes, tocados en sus triunfos y derrotas por la caprichosa voluntad de los dioses, pero seguramente Homero los describió así, no por creer que así realmente eran, sino para que por exageración perduraran en la memoria de los tiempos por venir.

Pienso esto cuando me entero que el respetado y admirado doctor Rísquez, propone penas correccionales para disciplinar a los estudiantes universitarios que no cumplen con su deber. Trato de entenderlo en su buena fe, en su sano deseo de obligarlos a asumir la calificación de universitario, la más honrosa de todas, con la responsabilidad que impone, pero estoy en desacuerdo con él porque a esa altura la responsabilidad no puede ser la sumisión al temor de las represalias, sino la convicción de que se es superior intelectualmente, y de que eso no es privilegio sino el compromiso de construir una Patria mejor, distinta de esto que hoy niega el sacrificio de nuestros inmortales. Corresponde a los catedráticos responsables y convencidos de esos principios, sembrar y regar con sus mejores ejemplos esa hermosa verdad en la conciencia de sus discípulos, no otra cosa es ser maestro. ¡Es lo que siempre he querido para S.!

Me sentí muy triste en la Universidad de Mérida, pues su calidad es pésima y no se tiene allí un claro concepto moderno de lo que debe ser la formación universitaria:

le falta muchísimo, y no veo que pueda mejorar a corto plazo. ¿Cómo ir de lo personal a lo colectivo? Con el ejemplo permanente. No veo otro camino.

-----

Marzo, domingo 11.

Regresé de Colón hace un mes. No soy el mismo. Soy otro, aunque no sé quién soy. La ingritud del páramo me cambió. O me reveló. Un mes de meditación, de íntimas confesiones conmigo mismo, con las dudas y el fervor de San Agustín. Al atravesar otra vez la aterida soledad del páramo hacia Timotes, crisálida bajo la ruana y abrazándome para un poco de calor, cambié. No exagero si digo que fue para mí un inesperado camino de Damasco, con perdón de Saulo de Tarso...

Un mes sin escribir nada. Me pesaba la mano, y me dolía el corazón, estremecido por turbulencias extrañas, oscuras, como un pájaro en medio de una inesperada y larga tempestad...

Vuelvo con el recuerdo y la reflexión a la montaña, al páramo, de regreso. Un paisaje desolado, sombrío, de lenta desenvoltura en las horas, con un sol que alumbraba menos que las lunas estivales de las tierras bajas; un yermo paraje donde el único habitante es el estoico frailejón, victorioso siempre contra la ventisca, un arbusto de tallo grueso, corto y muy firme, tenazmente apegado a la tierra, con una corona de hojas cubiertas de un suave vellón plateado, dispuestas en verticilos concéntricos, de las que

se levantan con un largo pecíolo unas luminosas flores amarillas. Pero nada de animales visibles, ni en el aire ni en la tierra, aunque a veces los silbidos incesantes del viento pulen la osamenta de alguna bestia que pagó con su vida el desafío a la intemperie. Y en el fondo de las abras difuminadas por los malabares de la neblina, el sereno rumor de los ríos que nacen de las piedras escarchadas. Mi alma no podía encontrar más contrito lugar para sus tribulaciones.

Subir, subir, subir... lentamente, pesadamente, en la ceguedad de la niebla, hacia una altura que no se veía, desde una superficie que no se dejaba ver, sabiendo que bordeaba precipicios mortales, que cualquier paso en falso podía ser un vuelo al abismo, pero con la certidumbre avisada del guía, de que ese era el camino, que no había otro, que desviarse o devolverse era darse a la caída. En medio de esa soledad tensa, enmarcada por el rumor lejano del río creciente, que sin saberlo va hacia el mar, y el duro casco de la cabalgadura en la roca desnuda, sentí la voz de Dios. Aunque nada veía que no fueran las orejas alertas de la bestia buena, me sentí interrogado. ¿Qué buscas? ¿Es tu objetivo un lugar o tú mismo? Para poder ver hacia delante miré hacia atrás, en la memoria dolorida. El aire allí, en aquellas alturas, duro y helado, es difícil, siente uno que no le satisface, que de la grande bocanada que aspira es muy poco lo que llega a la profundidad del cuerpo; nos embarga una sensación de ahogo, de muerte próxima. En

ese instante pasaron por mi mente las imágenes tristes de la muerte de mi madre y de mi tía de las Clarisas, y de la otra, la dominica desterrada de su fe en el mudo solar de mis juegos; el luto riguroso de la casa, un cilicio de sombras en penumbras, gestos oblicuos, rezos sobre las cuentas del rosario y velas temblorosas, el ensimismamiento de mi padre ahogado por el asma, los libros sagrados. Todo en un relámpago. Y después una visión contrita del mundo, de lo que nos rodea, el sufrimiento; la ceguera frente al dolor del prójimo.

He decidido cerrar este Diario hoy. Han pasado siete meses desde mi salida de Caracas a la montaña, pero los he sentido en mi espíritu y en mi existencia con el peso de siete milenios. Hasta agosto del año pasado tenía yo de la vida un criterio apolíneo, rodeado como estaba de amigos de elevada y densa erudición, que desbordaban mi orgullo en aquellos ambientes de refinada elegancia donde el respeto, la dignidad y las buenas maneras se daban la mano con el arte en todas sus manifestaciones. Imaginaba yo, pobre mortal, que esas casas de cuidadosa urbanidad, donde se cenaba con lentitud, sobre finos manteles impolutos y con cubiertos de impecable platería, para luego pasar a la biblioteca a la lectura de los clásicos, o al salón a oír música o recitaciones, eran sagrarios invulnerables a la vulgaridad del entorno dictada por el desbocado poder, templos incontaminados de ambiciones materiales, pasiones denigrantes y del peor de los defectos

humanos, la envidia. Ignoraba yo que el crecimiento espiritual valedero está reservado a seres excepcionales, a individuos tocados por la gracia de Dios, pero no para el deleite en solitario, inaccesible a los no elegidos, sino para abrir caminos de redención a la mayoría del común, que víctima de la ignorancia, la miseria y la injusticia, se degrada por las demandas urgentes de la sobrevivencia, y sin poder ir mucho más allá de sus instintos y de las exigencias esclavizantes de los sentidos, entrega su alma al mejor postor, cuando no al Enemigo.

Salí de la Universidad recomfortado espiritualmente, colmado de sueños, creyéndome dueño de mí mismo, pero de estos muy duros siete meses de mi estada en la montaña, y de las decisivas siete horas de mi ascenso al páramo, iluminado por la Luz divina, recojo otra visión de los hombres, con sus desgracias, su estrechez mental, su aplanada y confusa espiritualidad y sus muchas desviaciones, producto de sus tinieblas y de herencias nefastas. Siento que de esa triste realidad que no veía, emerjo ahora transfigurado, herido mortalmente por ella, dispuesto a echarme sobre los hombros la cruz nada liviana de entregar mi vida a su redención por la mía propia, dispuesto a desnudarme de la mortaja de la mundanidad y el egoísmo, que nos hace muertos entre muertos, para ir hacia Dios hasta donde me alcancen las fuerzas del cuerpo y del espíritu.

Cuando subí a ese páramo en la ida, venía yo de

una larga noche de fiesta en Valera, donde la alegría trivial hizo gala. Al regreso dejaba atrás las miserias de lo secular. Mi guía fue un baqueano, un hombre tan silencioso como de piedra (de piedra milenaria, pienso ahora), que por no trascender su oficio no era, realmente, compañía para mí. Me sentí solo y vacío. Mientras entrábamos a la fría niebla de las alturas, me entregué, sobre la bestia, confundido con ella, a mis pensamientos, lo que había sido mi vida hasta ese momento, es decir, a la memoria, y lo que podía ser, también para mí, el futuro. Solamente para mí. Y no por egoísmo, porque con un terrible cansancio espiritual ya no pensaba en disfrutes, sino porque súbitamente lo vislumbré tan difícil, como la estrechez del sendero entre precipicios por el que pasaba en esas horas sonorosamente silenciosas, en cuyo riesgo no podía comprometer a nadie más. Hay en esto un cambio, como una metamorfosis, cuya significación no mensuré en aquel momento sino ahora, cuando, con las valijas ahí, estoy listo para el encuentro con ese otro que siento ser. Nutre la fuerza del espíritu la esencia reposada.

La neblina fue espesándose más y más, hasta borrar no solamente las cosas del estrecho y serpenteante sendero del ascenso, sino las formas de la bestia, y a trechos mi cuerpo mismo. La soledad era total y el silencio casi absoluto, apenas enmarcado por el martilleo de los cascos sobre las piedras, y el rumor lejano de los ríos incipientes,

que cabriteaban en las profundas y estrechas gargantas de los acantilados. Cuando uno está aquí abajo y mira hacia las cumbres, piensa que al subir a ellas podrá ver con más claridad el cielo, pero no siempre es así, o no lo fue para mí en esa segunda parte del viaje; al contrario, al cerrar mi visión, la neblina también hurtó para mí el cielo y me dejó a solas, en aterradora ingritud, en la más terrible de las situaciones que pueda imaginarse, la de estar como lejos de Dios y de los demás hombres, a la intemperie, frente a sí mismo, en solicitud de autodefinición. En esa única y absoluta dimensión, el ser o no ser hamletiano, o de los grandes santos. Se sucedieron entonces, dentro de mí, en mi confuso interior espiritual, varias iluminaciones, como aquellos silenciosos relámpagos lejanos del Catatumbo en la noche del Lago. La primera de ellas fue lo efímero y precario de la vida humana, la extrema vulnerabilidad de la existencia, siempre acechada por la Muerte, que espera con diaria advertencia rescatar lo suyo para reintegrarlo al polvo de la Eternidad. La segunda, la vanidad de todas las pretensiones materiales del hombre, el *Vanitas Vanitatum, et omnia vanitas* del Eclesiastés, pero no la simple frase con su hueca espuma retórica, que llenos de vanidad solemos repetir de los labios para afuera, sino la introyección de la poderosa voz del Misterio, que cuando asume su omnipotencia en nosotros, estremece todo nuestro continente y lo reduce a brizna. La tercera, que el hombre es un ser llamado a la trascendencia, a

superar con el espíritu su condición de barro animado, la materia, condenada a la putrefacción, para despojarse de ella, elevarse al Creador en perenne veneración y sentirse justificado en el accidentado, deleznable y doloroso tránsito de la vida.

Cuando alcanzamos la cumbre y comenzamos a descender me sentí otro, sin saber exactamente quién era. Al disiparse la niebla, en jirones que arrastraba el viento a las hondonadas, el cielo, en azul insólito, limpio y profundo, no se me dio como visión maravillosa a la fortuita mirada a las alturas, sino como la posibilidad cierta de Eternidad, como alcanzable premio a la incondicional entrega a Dios por el estrangulamiento de las pasiones y el servicio a la humanidad; no como sacrificio en el sentido del gozo en el dolor de la carne, sino como purificación del alma para hacerla merecedora de la gracia. Entonces recibí una última iluminación: ¡las alturas son otras! Me sentí llamado a otros caminos por una voz de resonancias inefables, que venía de lo muy alto y resonaba en mi interior, con esplendor de campana catedralicia.

No creo en la predestinación, eso de la marca del hado que todo hombre trae al nacer, tan cara al pensamiento de la Grecia clásica. No puedo inclinarme a esa creencia porque niega lo básico de nuestra religión, el libre albedrío, la oportunidad que Dios concede a los hombres para que elijan libremente su destino. Eso es lo grandioso de nuestra fe, poder aspirar a compartir con Dios su reino desde lo

humano por el crecimiento interior, saber que nos es posible levantarnos de nuestras debilidades y superar los instintos, en gozo de una libertad total, cuya administración se nos concede para ejercerla sin otro límite personal que la caridad y el amor al prójimo. En la intemporalidad de la verdad nos hacemos así prisioneros de esa libertad, que va más allá de lo racional para hacerse trascendente. Una libertad para la sujeción al otro, no para el despilfarro del yo. Nuestra fe, al otorgar trascendencia a la muerte, nos llama a darle sentido a la vida, a no reducirla a lo fisiológico perecedero y el azar. Si somos solamente animales racionales, un trazo de la evolución biológica, qué sentido tendría el altruismo, la moral, la solidaridad; en fin, el bien. ¿Solamente la convivencia social? Es decir, una conveniencia, un negocio con base en la sobrevivencia. Si es así, todo es lícito para el hombre, siempre y cuando con sus acciones no perjudique a otros; si es así, puede el hombre desenfrenarse y galopar sobre sus instintos y sus sentidos, en autosatisfacción plena, no importa si con eso se convierte en el último de su prescindible raza; si es así, bastaría no hacer mal para obrar bien, bastaría no amar si no se odia. Asumir la muerte como un simple ocaso de la vida, como un definitivo corte de cuenta, sin inventario, me resulta espantosamente inaceptable. Creo de manera absoluta que hay algo más en nosotros, que hay en nuestro pensamiento y en nuestra alma, una inscripción de bien inapelable.

Lo extraordinario de Jesús, que como Hijo del Hombre es encarnación del Padre, fue que para la redención de la Humanidad asumió las tentaciones terrenas y el sufrimiento, las dudas y la agonía, y lo más importante a la Verdad Suprema, el riesgo de la muerte. Dios hecho hombre en Jesús, comparte con los demás hombres sus debilidades y esperanzas, eso es lo apabullante del misterio de nuestra fe, y al compartir con Él las vicisitudes de la existencia, sean pequeñas, como convertir el agua en vino para complacer a unos amigos alegres, o de su negación a las terribles tentaciones de Satanás, Príncipe de este Mundo, pide que lo imitemos, y nos dice que podemos hacernos de la fortaleza espiritual necesaria para seguir sus huellas, pero no nos obliga, deja que nosotros, libremente, asumamos esa responsabilidad; una responsabilidad única y personal, intransferible y absoluta. Él es mi apoyo y mi esperanza en esta hora decisiva, me lo recuerda Juan en 15.5: Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto, porque *sine me nihil poestis facere*.

Cuando desapareció la última voluta de niebla y el páramo desnudo se recortó nítido sobre el turquí del cielo de la tarde, donde poco después brillarían los luceros, miré abajo, al valle, a los verdes frescos de los sembradíos y los amarillos del trigo peinados por el viento, y los hombres recogiendo sus enseres y animales para el regreso al descanso, sentí una ternura inexplicable, deseos de llorar

por la misericordia de Dios para mí, que sin decirme: “No busques más en la geografía ni lo circunstancial, porque lo trascendente es el espíritu y los caminos que a Mí llevan”, me abrió los sentidos para el cabal entendimiento de la Verdad. Hacia ella voy ahora. Dios da a todos y cada uno de los hombres, virtudes y aptitudes para que de ellas escojamos las que nos permitan servirlo. Lo demás es superficial y prescindible. Quiero servirlo. Caminar hacia su misericordia. Un camino muy difícil, lo sé, y me asusta. Pero parto hacia Él. Tropezaré y caeré y me arrastraré porque soy humano, inevitablemente humano, pero me levantaré y seguiré y tropezaré y caeré y me arrastraré de nuevo, pero me levantaré y seguiré...

Para cerrar elevo el salmo 27.4 de David: ***Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini ómnibus diebus vitae meae.***

